doble clic
EDITORAS

A su imagen y semejanza

Helena Modzelewski

En forma inesperada, un profesor de inglés novato, por razones profesionales, se ve envuelto en el mundo sórdido y al mismo tiempo fascinante del travestismo. Con su mirada desprejuiciada y casi ingenua, se convierte en receptor y testigo de ese universo, adentrándose en las alegrías y pesares de esos seres ambiguos que se juegan para ser quienes son y encontrar su lugar en la sociedad. Esta novela, basada en personajes y hechos reales, es el producto de decenas de entrevistas que la autora realizó en la ciudad de Montevideo, Uruguay, entre 2002 y 2004. Su objetivo fue hacer una adaptación novelada de los testimonios de los protagonistas y reproducirlos preservando su tono coloquial y conmovedor. El mérito de la autora es haber logrado un sutil equilibrio entre una realidad poco conocida y la buena literatura.

Más de una década después de su lanzamiento, la realidad de los colectivos LGBT en ese país se ha visto transformada positivamente en varios aspectos, lo que convierte a esta novela en una suerte de testimonio histórico, ya sea por el lenguaje utilizado, como por algunas de las circunstancias allí descritas. Sin embargo, las dificultades y la discriminación sufridas por los protagonistas, además de la osadía en la persecución de sus sueños, guardan una indiscutible vigencia. La versión electrónica aspira a trascender fronteras y llegar a lectores de habla hispana que no han podido acceder a este tierno y encarnado relato.

Helena Modzelewski es Doctora en Filosofía y docente e investigadora en el Instituto de Educación de la Universidad de la República, Uruguay. Como escritora, se ha especializado en la narrativa de no ficción, manifiesta no solo en el presente libro, sino en relatos cortos publicados en antologías y prensa uruguayas, así como en su más reciente novela “El refugio de las palabras dormidas” (2015).

Helena Modzelewski

A su imagen y semejanza



Doble clic • Editoras
Tel.: +598 2480 8660
E-mail: doblecli@internet.com.uy

Ilustración de portada:
© 2018, Mina Feirrer
E-mail: mina.feirrer@gmail.com

Diseño de portada:
Mawi Gómez Dagnino

Edición digital:
Emiliano Pereira Modzelewski

1ª edición, agosto de 2006
1ª edición digital, julio de 2018

Montevideo, Uruguay

eISBN 978-9974-747-12-8

“Sólo tú eres. Tú, mi desventura
y mi ventura, inagotable y pura.”
El enamorado, Jorge Luis Borges.

A Gustavo

Mi eterna gratitud
a Gloria Florencia Álvez,
Krisse Cardozo,
Selva Quiroz,
Juan Ramón Rosas,
Esteban La Paz Barbarich,
Félix,
Marcela Hernández,
quienes me regalaron sus vivencias,
y a María Luz Osimani, gracias a quien
tuve el privilegio de conocerles.

Génesis

Nunca había visto a uno de cerca. Cuando volvía a casa cada noche en el 185, los observaba avanzando ostentosamente sobre los autos que doblaban desde Bulevar Artigas, enlenteciendo la marcha para mirarlos, con sus formas sinuosas y sus atuendos escandalosos. Yo viajaba a Paso Molino desde mi trabajo en un instituto de inglés, cerca del Edificio Libertad, y venía tan cansado que los miraba pero no pensaba nada, absolutamente nada. Eran, simplemente, parte del paisaje.

Cuando tenía nueve años, supe de boca de mi primo que esas mujeres –despampanantes, con ese desenvolvimiento, esa altura y esos cuerpos incitantes– eran hombres. Él vivía por Brazo Oriental, me llevaba diez años, y cuando una nochecita lo acompañé al puesto de verduras porque a la tía se le había antojado hacer una ensalada, me quedé mirando a uno de esos seres que se ocultaba a la sombra de una palmera. En la oscuridad, se insinuaban un par de piernas largas y esculturales, unas caderas de ensueño y una cabellera platinada hasta la cintura, como una de las *barbies* de mi hermana. Mi primo se rio de mi ingenuidad y me dijo:

—Che, Gabo, no lo mires mucho que si se calienta te duerme de una piña.

Yo me reí por compromiso, con una risita corta y sin convicción, porque no estaba seguro de que lo que había dicho mi primo fuera una broma. Él debió percatarse de lo que pasaba por mi cabeza, ya que se detuvo para mirarme a la cara y en tono de burla me dijo:

—¿Qué? ¿No sabías que todos esos que paran por estas esquinas son hombres?

Yo no sabía lo que significaba “parar” en una esquina, y no tuve noción alguna de por qué un hombre se disfrazaría de mujer para acechar desde las palmeras del barrio. Pero tampoco pregunté. No por miedo, ni tabú; a esa edad, sencillamente no necesitaba esa respuesta.

Con el paso de los años, el concepto se fue perfilando en mi mente poco a poco, pero nunca con demasiada precisión. En casa, con papá y su tergiversación machista de la realidad, y mamá con sus escrúpulos morales, el tema nunca se había mencionado. Si algún extraordinario programa de televisión acertaba a mostrar a alguno de esos seres ambiguos y enigmáticos, se cambiaba con rapidez de canal, como para prevenir que mi hermana o yo preguntáramos algo. Claro que en la adolescencia, entre varones, había escuchado decir a los que alardeaban de mayor experiencia, que hay cosas que un travesti sabe hacer mejor que cualquier prostituta. Pero a mí, educado por mi madre en su recato y prudencia, nunca se me hubiera cruzado por la cabeza ir con una prostituta, así que poco me importaba lo que un travesti supiera hacer o dejar de hacer.

Ahora, otra vez su presencia se aproxima a mi vida, tan tangible como aquella noche pueril en la que estuve a unos pocos metros de uno de ellos, junto con mi primo.

Sucedió que, por esas vueltas de la vida, tuve que hacer de intérprete a una comisión representante de los travestis del Uruguay. Yo tenía veintiún años, había terminado mi profesorado de inglés en un instituto privado de Montevideo y ya llevaba dos años trabajando como docente en la academia de Leonor, la profesora que me preparó para el *Proficiency*. Había llegado a ella recomendado por un amigo de un amigo, a pesar de que el lugar me quedaba un poco a trasmano, pero fui a conocerla un febrero y quedé tan prendado de su sonrisa y su bonhomía, que no quise averiguar en ninguna otra academia. Allí cursé mi *Proficiency* y desarrollamos una relación preciosa; podía compartir con ella los juegos de palabras que constantemente se me venían a la mente, y ella los entendía y festejaba como nunca nadie lo había hecho antes. Además, yo era su mejor alumno, nadie más que yo obtenía

entre un setenta y un ochenta por ciento en las pruebas trimestrales, por lo que ella me admiraba de una manera que sólo ahora, que también soy profesor, comprendo. No resultó extraño entonces que, ya que en ese momento ella estaba atendiendo a más alumnos de los que su tiempo y su paciencia podían tolerar, me propusiera trabajar en la academia para tomar algunos grupos, siempre y cuando continuara capacitándome como docente. Ese fue mi primer empleo, y como muchos de los primeros trabajos, marcó mi destino laboral, porque yo sólo remotamente había pensado en ser profesor. Es decir, lo que hoy soy profesionalmente se lo debo a Leonor.

Así fue como conocí a Paz. Era el segundo año que trabajaba en la academia y se me había encomendado un curso de primer año de adultos. Comenzaron dos alumnas y finalmente, como suele suceder con los adultos, una desertó y sólo quedó Paz.

Paz era socióloga y tenía cincuenta y tres años cuando decidió volver a estudiar inglés. Tenía alguna idea gracias a los cursos que había hecho intermitentemente a lo largo de su vida, pero necesitaba volver a comenzar para poner sus conocimientos en un lugar correcto y sobre todo accesible dentro de su cabeza. Era una de las personas intelectualmente más ricas que hubiera conocido en mi vida. Las preguntas que hacía en clase eran tan exigentes, que ya me había acostumbrado a tener siempre el diccionario inglés-español sobre el escritorio. Pero sobre todo, me enseñó tantas cosas que llegaba a parecerme extraño que se me pagara por esas clases, cuando yo sentía que era el más beneficiado de nuestros encuentros.

Ella trabajaba para una ONG que se ocupaba de los grupos sociales con prácticas de riesgo de contagio y transmisión de sida. Viajaba constantemente a congresos y era la propulsora de varias iniciativas que el Ministerio de Salud Pública había llevado adelante con esos grupos expuestos, como el suministro gratuito de jeringas descartables entre drogadictos y de preservativos entre las personas a quienes ella llamaba “trabajadores sexuales”. Ese nombre me daba mucha risa. Paz se reía de mi risa porque no la comprendía, y a raíz de esa situación le enseñé algunos eufemismos.

Así fue como un cálido día de principios de febrero, en el que no hacía nada más que estar tirado en la cama leyendo novelas prestadas bajo el ventilador, sonó el teléfono y era Paz, que me ofrecía unas horas como intérprete. Me explicó que venían unas médicas de Estados Unidos que ella había conocido en un congreso. Les interesaba saber sobre la forma de trabajo de la ONG como parte de un futuro intercambio que, entre los factores más importantes, podría llegar a significar dinero para la diezmada organización que siempre tenía que andar mendigando en instituciones del Estado y no siempre era bienvenida.

—¡Plata, Gabriel, plata! Aunque no sea mucha… ¡para nosotros, que nunca tenemos! —me dijo encendida de entusiasmo desde el otro extremo de la línea.

Las médicas iban a entrevistarse con miembros de la ONG, pero también con los grupos destinatarios, entre ellos “trabajadores sexuales” –no pude evitar sonreírme, al menos seguro de que ella no podía verme– y usuarios de drogas inyectables. Muchos de los compañeros de Paz –sociólogos, psicólogos y médicos– sabían inglés muy bien, pero había una tarde en la que ella debía asistir a una entrevista como única representante de la ONG y su inglés era muy incipiente, por lo que había pedido autorización en la organización para destinar un dinero a la contratación de un intérprete. Y quería que ése fuera yo.

—¿Te animás?

Claro que me animaba. No estaba haciendo nada, no tenía un solo peso en el bolsillo al no haber clases en la academia y, sobre todas las cosas, la proposición me hacía sentir importante.

—¿Qué hay que hacer? —le pregunté.

—Tenés que venir a nuestra sede pasado mañana a las cuatro de la tarde y traducir todo lo que se diga, del español al inglés y del inglés al español, entre estas doctoras y el grupo de riesgo en cuestión.

—No hay problema.

—Bueno, eso espero, es que… si no te importa, el grupo de riesgo es el de las travestis — y se quedó callada, como midiendo mi reacción.

Ya dije antes que estas personas no me provocaban juicio alguno, tal vez algún tipo de curiosidad ya que nunca las había visto de cerca. Eso actuó, al contrario de lo que Paz había pensado, en favor de mi aceptación del trabajo.

En casa no expliqué nada. Sabía lo que iba a pensar mamá, a quien no le iba a gustar que me metiera con esa gente; papá podía llegar a reírse y hasta a hacer algún comentario hiriente. Yo no quería ensuciar esta tarea, para mí prometedora, con su irritante conservadurismo. Nadie iba a estropearme el entusiasmo.

Las horas que precedieron a la entrevista fueron para mí de una enorme expectativa. Era la primera vez que trabajaba de intérprete y tenía las inseguridades propias de una actividad desconocida. Me preguntaba si comprendería con facilidad el acento de las médicas americanas, también si encontraría con rapidez las palabras en inglés para interpretar lo que los travestis querrían decirles. Ya me había pasado, en momentos de tensión nerviosa, que me quedaba en blanco con lagunas mentales que no me dejaban recordar lo que había estado diciendo un segundo antes. Si me sucedía esto ahora sería una vergüenza frente a Paz, y ella quedaría a su vez avergonzada ante las médicas, que se preguntarían de dónde habrían sacado a este traductor de cuarta categoría.

Descompuesto, pasé gran parte de la mañana encerrado en el baño, sin pensar en alejarme de casa por miedo a que mis intestinos hicieran una de las suyas. Ante los primeros retorcijones, dejé sobre el escritorio todo lo que estaba haciendo para entregarme a la urgencia de mi vientre, pero cuando vi que iba a estar confinado en el baño varias horas de la mañana, decidí no perder el tiempo y me llevé el material de estudio a mi nueva “oficina”, con las nalgas sobre el inodoro. El material consistía en unos artículos bajados de Internet que Paz me había facilitado, donde se trataban los temas de los que esa tarde se iba a conversar en inglés. Así yo me familiarizaba con términos como “*sexual workers*”, “*transvestites*”, “*injection drug users*”[1], que jamás había tenido la oportunidad de usar y que, llegado el momento de la traducción, quién sabe qué papelón habría llegado a hacer.

A las tres de la tarde, una hora antes del evento, mi intestino se había aliviado. Ya había también logrado memorizar varios términos y expresiones de la jerga por lo que, sintiéndome más seguro, cerré la carpeta y me di una ducha.

A las cuatro en punto toqué el timbre del edificio de la ONG. Nadie contestó por el portero eléctrico; sólo sonó la chicharra para dejarme pasar. El estómago me burbujeaba de expectativa.

La sede está en una casona vieja en una calle céntrica de Montevideo. De esas casas de altos, con una señorial puerta de hierro forjado y vidrio que se abre a una escalera de mármol con uno o dos descansos, para llegar a esos enormes recintos iluminados exageradamente por una claraboya. Las oficinas dan al patio central, contra cuyas paredes se distribuyen sillones venidos a menos a modo de sala de espera, y en los rincones algún empleado aficionado

[1] Terminología inglesa para “trabajadores sexuales”, “travestis” y “usuarios de drogas inyectables”.

mantiene con esmero exuberantes plantas de interior que se estiran hacia el cielo. Los escritorios que podía ver estaban fabricados en variados materiales –desde maderas nobles hasta cármica desencolada– y las computadoras dejaban oír, aquí y allá, el ruido impertinente de las impresoras de aguja.

Paz apareció de inmediato con un color en las mejillas que me alarmó, pero pronto comprendí que no ocurría nada malo: era nada más que maquillaje, extraño en ella que nunca tenía tiempo para nada. La verdad es que estaba preciosa. Nunca la había visto tan arreglada y menos usando un trajecito como ese que llevaba puesto, realzando tanto su figura rellenita que la hacía parecer incluso más alta.

—¡Qué pinta! —me dijo a modo de saludo, pero tal vez era una manera de provocar el consiguiente piropo que yo le diría:

—Lo mismo digo —porque aparte de la delgada corbata azul marino que me había puesto al cuello, yo no llevaba nada especial.

Me tomó por el codo y me condujo hasta una especie de sala de conferencias austera, o mejor dicho humilde, con sillas de plástico –algunas destartaladas–, una larguísima mesa de madera rústica, en el medio, y un pizarrón de tiza contra la pared del fondo.

Cuando entré al salón tuve la impresión de que era una habitación llena de mujeres. ¿Por qué debería haberme impresionado de manera diferente?, la respuesta está en lo que esperaba ver en los travestis. La idea que yo me había hecho de ellos era la de grotescos actores, de notoria masculinidad, recargadamente disfrazados de mujeres. Sin embargo, no vi a ningún actor caricaturesco sentado a la mesa sino varias señoras que me parecieron muy respetables y, al primer golpe de vista, no supe adivinar quién era quién.

Paz, en su inglés elemental, me presentó primero a las doctoras y me hizo una furtiva guiñada de complicidad como si dijera, como a veces hacía en clase, “¿vio, vio, *teacher*, cómo domino?” Eran dos mujeres exquisitas. Austeras en sus blusas de colores pastel y sus pantalones de vestir, con el cabello claro corto, cuidado por una rápida sesión de secador en el baño del hotel, es decir, ni fijadores ni marcados de fiesta, pero sí una elegante dignidad profesional.

Desde el otro lado de la mesa, Paz me señaló con la palma de su mano extendida a la comisión representante de ATRU –la Asociación de Travestis del Uruguay–. Incliné la cabeza en señal de tímido saludo, y las sonrisas que me devolvieron fueron tan frescas y luminosas como las de mi abuela, que siempre estaba contenta y conforme con lo que el mundo le había dado. La misma sonrisa que ahora Aurora y Karin, representantes de ATRU, me regalaban, diría yo que hasta coquetamente. Paz me miraba, otra vez cómplice, por el rabillo del ojo al indicarme sus nombres, tal vez midiendo los movimientos de los músculos de mi rostro, que ella esperaría ver fruncido con sorpresa o desagrado. Yo, según lo pensé en un primer momento, seguí con la impresión de que la habitación estaba llena de mujeres.

Aurora, la presidenta, era una señora de unos cincuenta y pico o sesenta años, maquillada discretamente, con un cabello negro sobre los hombros que se armaba en bucles muy cuidados. Llevaba puesta una blusa oscura como las que usan algunas señoras de edad, y su forma de hablar pausada, delicada, si bien con una voz un poco enronquecida como la de una mujer que ha fumado toda su vida, me dio deseos de enroscarme en su regazo y decirle que estaba muy nervioso, que esa era la primera vez que traducía a yanquis, cara a cara y para una ONG.

Karin rondaría los cuarenta. Si Aurora podría con seguridad caminar por la calle sin llamar la atención de los transeúntes, tal vez el caso de Karin era un poco distinto. Tenía un rostro anguloso, con un mentón y unos pómulos salientes, huesudos, que imaginé con un marco

masculinizado y supe que habría hecho suspirar a cualquier mujer. A Karin sí que la mirarían por la calle como yo ahora, que me costaba sacarle los ojos de encima, por ese extraño encuentro entre ambos sexos que se daba en sus facciones. Pero tenía un cabello rojizo y ondulado que le rebasaba los hombros y un vestido entallado al cuerpo que dejaba al descubierto el comienzo comprimido de la separación entre las redondeces de sus senos, que yo estaba seguro dejaría sin aliento a cualquier hombre. Tenía un humor contagioso, ácido, autorreferente, que reconocí cuando, mientras me daban un minuto para tomar asiento y colocar mis papeles sobre la mesa, Paz le preguntó:

—Karin, ¿cómo anda tu clavícula? ¿Me dijeron que tuviste un accidente en la moto?

Ella asintió con seriedad y respondió:

—Sí, me la quebré, pero ya se soldó, gracias —aunque inmediatamente se le iluminó el rostro por una inesperada sonrisa y agregó—. Por suerte no perdí el embarazo utópico.

Paz lanzó una carcajada que sorprendió a las americanas.

—*It's a joke*[2] —aclaró y me miró como pidiendo auxilio.

A mí me costó un instante entender cuál era la broma, ya que la palabra "embarazo" y el cuerpo y las actitudes femeninas de Karin habían combinado en mi mente perfectamente. Después de permanecer un estúpido segundo mirando a Paz sin entender, reaccioné y les traduje la broma a las médicas. Era mi primera chance de hablarles en inglés. Se rieron. El hielo estaba roto.

En su ambigüedad maravillosa, Karin era la reina de aquel encuentro; hacia la que se dirigían la mayor parte de las miradas cuando no había algo en especial que mirar; la que condimentaba las opiniones de Aurora con anécdotas picantes; la que parafraseaba lo que yo traducía al español, para interpretarlo con una sencillez e inteligencia que hacían asentir con agrado a las americanas.

Aurora, por el contrario, era la imagen misma de la sobriedad, que tal vez sus años le habrían conferido. Era persona de pocas palabras, pero desde la mirada grave de sus ojos negros sopesaba cada frase, cada gesto y reacción.

El tema era un proyecto que ATRU había elaborado con la ayuda de Paz. Consistía en un programa de charlas dictadas por ellas mismas a otras travestis sobre el cuidado de su salud en el momento de las relaciones sexuales, especialmente para protegerse del sida. Ellas mismas, Karin y Aurora, serían las encargadas de dictar los cursos en forma honoraria. Pero necesitaban alquilar una sede, necesitaban cartelería y folletos para difundir los eventos, necesitaban preservativos para repartir entre las participantes de los talleres. Necesitaban muchas cosas más, en definitiva, necesitaban dinero.

Las médicas norteamericanas estuvieron de acuerdo con el proyecto. Lo apadrinarían ante fundaciones que se dedicaban a financiar iniciativas de ese tipo. Hicieron recomendaciones acerca de cómo mejorar la presentación del proyecto para ser mejor comprendido y más fácilmente evaluado en Estados Unidos. Pero debía ser redactado en inglés.

Las tres, Paz, Aurora y Karin, me miraron al unísono. Yo, una vez más, estaba distraído de ulteriores intenciones, pensando solamente en las mejores palabras en ambos idiomas para transmitir los mensajes tal cual se habían pretendido dar. Les devolví la mirada, con mi ceja derecha dibujando un signo de interrogación que se continuaba en mi nariz y terminaba en mi boca, que se había reducido, por la sorpresa, a un punto.

---

[2] "Es una broma".

“Vos, Gabriel, nos podés redactar el proyecto”, dijo Paz, como respondiendo a mi muda pregunta.

Así comenzó un nuevo trabajo para mí. En una época del país en que el empleo escaseaba, yo obtuve dos trabajos sin pensarlo, lo cual me hacía sentir privilegiado. Cuántos traductores de verdad estarían en ese momento enviando su currículum vitae a diferentes empresas y siendo rechazados, mientras yo, cuya única actividad en el último mes había sido acostarme a leer una novela a la hora más sofocante de la tarde, ya me había asegurado una supervivencia más digna durante el verano, sobre todo sin depender de mis padres.

Me citaron en la oficina de la organización para el lunes de la semana siguiente, y allí estuve. La sede provisoria de ATRU es en realidad una diminuta habitación cedida por las integrantes de Amepu –Asociación de Meretrices Profesionales del Uruguay–. Es una casa de altos sobre la calle Fernández Crespo, a la altura de La Paz, y vista por fuera no tiene nada que la identifique. Es, como todos los edificios de por allí, una fascinante casona de principios del siglo XX, con una escalera de mármol flanqueada por frisos y, en la galería principal a la que dan las habitaciones que no tienen ventanas, un enorme ventanal cuadriculado, fuente principal de luz, especialmente para la oficinita de ATRU. Señorial debió de haber sido pero ahora, con las paredes descascaradas y una reja pintada de antióxido y cerrada con candado coronando el zaguán, es una de las tantas edificaciones deterioradas de Cordón Norte.

Las paredes de la oficina están forradas de cartelería anunciando congresos internacionales acerca del sida o desfiles del orgullo *gay* de diferentes años y lugares del mundo, y folletería sobre la prevención de enfermedades venéreas o sobre Derechos Humanos. Su único mobiliario es una mesa de madera con un mantel de hule y tres o cuatro sillas a su alrededor. A esa mesa me senté la primera tarde en que me encontré con Aurora y Karin, para que ellas me mostraran en qué consistía el proyecto y qué era exactamente lo que esperaban de mi traducción.

Aquella tarde, de esas de verano en las que el viento sopla como una bocanada del infierno, las encontré vestidas liviana y holgadamente, cotorreando como dos comadres de barrio. Las dos llevaban batas de seda hindú, que les quedaban muy separadas de las formas del cuerpo, y se habían recogido el pelo en colas de caballo, como amas de casa atareadas. De verdad estaban atareadas; esa era su oficina de trabajo y habían dedicado el comienzo de la tarde, antes de mi llegada, a la organización de las páginas del proyecto, subrayando lo estrictamente necesario y poniendo entre paréntesis lo que podía ser dejado de lado para simplificar su presentación.

Yo había llegado hasta la puerta de calle sobre Fernández Crespo a las tres y media en punto. Es una puerta de esas altísimas, tallada con motivos decorativos y de alguna madera noble invisible bajo varias capas de pintura sintética descascaradas una sobre la otra. Vi que el timbre era sólo un cable saliendo del orificio donde aquél debería haber estado, así que tuve que entrar por el zaguán penumbroso de la escalera de mármol hasta la reja colorada. Allí no me quedó otra forma de llamar que el antiguo batir de palmas que me recordó a mi madre buscando a sus vecinas del barrio en el Cerrito de la Victoria, donde nací, cuando todavía era un niñito rubio que le llegaba a la altura de los muslos. Ella me llevaba con mi manito escondida por completo dentro de su mano gigantesca y, al llegar a un portón de tejido de gallinero, me soltaba para hacer sonar sus palmas y así anunciarse. Entonces salía la vecina, me despeinaba un poco, sonreía, y charlaban un rato de cosas que yo ni escuchaba, ya absorto en el gato que merodeaba detrás de la comadre como vigilándola, o en la carita de algún niño que me miraba desde atrás de un vidrio.

Hice sonar mis palmas, otra vez con esa sensación de pase mágico, de extraña relación causa y efecto entre un sonido y la aparición de una persona. Me detuve un momento, dudando de tener los poderes de mi madre, pero de inmediato el aire se llenó de trinos, como pájaros, que no eran sino ellas que bajaban haciendo pamento sobre mi llegada.

—¡Llegó el niño traductor! —chillaba Aurora, riéndose, su silueta oronda contoneándose escaleras abajo—. Pero, pasá, mi amor, pasá —y me abrió la reja.

Atrás venía Karin, con esa sonrisa que dejaba ver todos los dientes, y dijo:

—¿Niño? ¡Esta Aurora siempre exagerada, que de niño no tiene nada! —y me saludó con un beso y una palmadita en el hombro.

En ese mismo tono de broma y maternal acogimiento me llevaron a la oficina, donde ya me tenían una silla reservada y todo el papelerío esperándome sobre la mesa.

Yo sólo había ido a buscar el material, que me explicaran un poco, y llevármelo a casa para empezar con el trabajo. Sólo eran nueve páginas, pero de acuerdo a mi falta de experiencia y acostumbrada meticulosidad, bien podrían ocuparme dos o tres tardes; no había tiempo que perder. Además, el sentirme a solas con ellas me inquietaba todos los rincones del cuerpo, como un instinto culturalmente adquirido que me urgía a huir de su compañía, de sus voces y rostros inciertos, y de los afiches sobre las paredes con pretendidamente disimuladas pero evidentes imágenes *gay*. Tuvieron que insistir para servirme un café, pero una vez aceptado me quedé dos horas y media. No sé cómo transcurrieron en realidad, pero cuando miré el reloj ya habían dado las seis, y ellas tenían que volar a sus casas a prepararse para la noche de trabajo en sus respectivos puestos en la ciudad.

Primero acepté la invitación a tomar asiento, expectante, atendiendo ansioso a lo que ellas tuvieran que decirme. Después yo mismo empecé a hacerles preguntas sobre las distintas intenciones de cada parte del documento. Por ejemplo, si con "íntimo" querían decir "sexual", y en qué consistían las llamadas "canastas" que se disponían a repartir. Ellas, para explicarme, no usaban monosílabos ni definiciones breves, sino que se explayaban con sus voces de inflexiones exageradamente femeninas y contrastantes registros bajos.

—Lo sexual no sólo implica penetración, sino que abarca otras cositas. Cómo explicarte y que no te ofendas, mi amor, digamos, cuando un cliente pide que le succionemos el pene, se entiende, ¿no?

—Ay, Aurora, acordate, se dice *fellatio*, *fe-lla-tio*, ¿qué va a pensar el muchacho?

—Bueno, es que nunca me acuerdo y para no andar diciendo la ordinariez…

Me explicaron que las canastas con los alimentos básicos eran para las pobres que habían contraído el sida.

—La Federica, por mencionarte una, empezó a bajar de peso y bajar de peso, y no se animaba a hacerse el examen, al final la convencimos y ¡zas!

—¿Estaba infectada? —pregunté.

—Sí, infectada no más, no sabés qué bajón, la pobre Federica. Por lo menos ahora recibe la canasta, que no es gran cosa pero…

Dos horas y media así no son fáciles de justificar, pero tampoco muy difíciles. Me precisaron detalles sobre su trabajo, sobre las dificultades para convencer a algunos clientes de que usaran el preservativo, de los lugares nocturnos que ellas frecuentaban donde habían visto a personajes públicos de la televisión y la política. Yo escuchaba fascinado todo eso que a mi madre la hubiera escandalizado, porque era la descripción pormenorizada del mundo del pecado, pero hice un esfuerzo para despojarme de las voces que surgían de diferentes rincones de mi conciencia y logramos un entendimiento tal que, si el recibimiento que me habían dado

podía ser calificado de afectuoso, al final de la reunión me despidieron con verdadera ternura.

Prometí acercarles la traducción completa, hacia el final de la semana, con detalles para ajustar juntos. Y me fui, aturdido de entusiasmo y de una náusea que subrepticiamente se había instalado en mi estómago, y de ganas de empezar a trabajar.

I

Sabe que muchos, sin decírselo en la cara, piensan de él que es un depravado. Que eligió su condición por regodearse en el desorden, por el placer de ir contra la corriente. Que es un aliado de Satanás. Él y muchas personas que lo quieren bien saben que eso no es verdad. El sueño de su vida ha sido siempre navegar según la corriente, suave, inadvertidamente. Y dedicó innumerables esfuerzos para lograrlo. Los repasa mentalmente con frecuencia y llega, una y otra vez, a la conclusión que, si a esta altura Dios no lo ha corregido, es porque ese es el aspecto que menos le interesa de él.

Que Dios lo quiere así. Su madre no piensa lo mismo. Es decir, eso cree él, porque hace tiempo que ha dejado de emitir opinión, pero sabe que para ella es importante el concepto cristiano de familia, pureza, castidad y todas esas cosas que a él mismo le han inquietado desde la pubertad. A veces se pregunta por qué se entregó a la religión, si representa el mayor conflicto de su vida. No hubo alternativa. Si no fuera por la iglesia, quizá no estaría vivo. Porque hubo un momento de su vida en el que pesaba cuarenta kilos, a pesar de ya medir un metro sesenta y pico; en aquella época la adolescencia lo aguijoneaba con preguntas sobre el sentido de su existencia, y no podía responderle; fue cuando sus amigos se hacían de las primeras noviecitas y a él le obsesionaban los varones; entonces se apartó y se fue quedando sin compañía; salía solo al oscurecer, buscando algo que no sabía bien qué era, y pasaba la noche fuera de casa sentado en el banco de una plaza. Fue en ese momento que su madre, buscando ayudarlo sin saber cómo, encontró la iglesia.

Aurora

Mis encuentros con las travestis de ATRU no quedaron en esa segunda reunión, para pulir la traducción del proyecto. Tenían muchas cosas para escribir en inglés que antes no habían hecho por la simple carencia de alguien que lo realizara, pero ahora que me habían encontrado a mí, decidieron ponerse al día de una vez. Es que yo les cobraba muy barato, por sugerencia de Paz y debido a mi escasa experiencia en traducciones.

Resúmenes de ponencias en congresos para enviar a publicaciones internacionales y cartas solicitando colaboración eran las principales tareas que me encomendaron. De esa manera, las dos tardes que programé verlas se convirtieron en innumerables ya que, cuando el trabajo parecía mermar, ellas volvían a llamarme quince días después porque había surgido "otro trabajito" como dulcemente me decían para convencerme. Yo estaba encantado.

Terminó febrero y comenzaron las clases en la academia y también los cursos en facultad, algunos de los cuales eran a esa altura impostergables puesto que mi licenciatura en lingüística ya había esperado bastante a favor del profesorado de inglés. Entonces se me hizo más dificultoso hacerme de momentos para ir a recolectar el material o trabajarlo con ellas, pero una vez que llegaba no conseguía irme, porque me entreveraban en conversaciones más allá de nuestro propósito, me contaban su vida, sus angustias y alegrías, y yo, que era en ese momento un solitario por definición más que por elección, tenía allí mis reuniones sociales en lugar de hacerlo en un boliche con amigos, como era de esperar.

Yo muy poco les decía acerca de mí mismo. A cada rato ellas insinuaban algo para darme pie a hablarles.

—Y vos, cuántas minitas tendrás…

Pero yo sólo sonreía, bajando la mirada, y como eran bromistas pero a la vez agradablemente discretas, se codeaban como diciendo: mirá, no confía en nosotras, y no insistían más. Me gustaba eso. Me hacía sentir libre.

Aurora, sin embargo, a pesar de mi reserva para con ellas, un día llegó a confesarme que tenía la certeza de que su pareja, un muchacho apenas un par de años mayor que yo, un día iba a abandonarla para ir en pos de una mujer.

—Como corresponde —me dijo.

Yo le respondí que esa era la convicción más triste que había escuchado en mi vida.

—Ah, pero qué corta vida has tenido, mi amor, ya vas a escuchar cosas más tristes —se rio—. Pero sí, tenés razón, la Mari piensa lo mismo, el otro día tuve una conversación con ella, ahí en el parque Rodó, donde paramos, en un momento en que coincidimos las dos sin laburo, y ella trató de hacerme creer lo contrario. Yo le di vueltas y vueltas, y al final le dije a todo que sí, pero no logró convencerme.

Hasta hoy día, cierro los ojos y me parece verla, a Aurora con Mari, en los senderos oscuros del lago, tal como ella me lo contó.

La imagino reflexionando que, en el fondo, lleva toda una vida albergando la idea de que un hombre necesita una mujer. Se da cuenta de que por eso es que, muy adentro, sospecha que alguna vez, no sabe cuándo, él se irá.

Y en ese momento la figuro saliendo de su ensimismamiento, luego del cual se pregunta si sólo pensó o de hecho dijo lo anterior, sobresaltándose por la pregunta que parece confirmarle lo segundo, que le hace su colega, de pie junto a ella en uno de los caminitos del parque: "¿Pero qué es una mujer?".

Hace mucho que no tienen tiempo de charlar tanto. Siempre llega un cliente y se separan antes de sincerarse, pero ese día está un poco más fresco que lo normal a esta altura del otoño, es fin de mes y los únicos que se han acercado con ojos anhelantes son algunos chiquilines preguntando por merca.

"No tengo idea, no consumo, mi amor", les contesta Aurora, y sigue hablándole a Mari de su marido, que a esas horas con seguridad ya está roncando.

Mari la escucha con la mirada fija en los autos que pasan por Herrera y Reissig, ciertamente esperando adivinar la intención de parar en alguna marcha enlentecida. Casi podría decirse que no la oye, sin embargo la asalta con esa pregunta que Aurora no había esperado: "¿Pero qué es una mujer?".

No puede responderle así, sin más. Va a decírselo, cuando la ve correr hacia un auto; Mari inclina sus pechos hacia adentro de la ventanilla y termina abriendo la portezuela, subiéndose, no sin antes hacerle un disimulado gesto circular con la mano, que significa que volverá, otra vez sin mirarla.

Entonces Aurora se queda sola. El viento de esa noche fresca le azota la cara y el cuello, pero tiene tibio el pecho con esa pregunta que, en movimiento frenético ahí dentro, le da el mismo calor que la fricción. Busca respondérsela a sí misma, y sólo la sorprenden recuerdos, sensaciones, más que palabras en que poner una respuesta.

El ventarrón que le revuelve el pelo le recuerda aquella carretera, por la que huyó de su casa la primera vez, que en lugar de llevarla a Montevideo, la hizo terminar en el Consejo del Niño del departamento de Salto. Le temía a su padre, que lo golpeaba –a *él*, el pequeño Walter en aquel entonces–, y a su madrastra, que buscaba todo el tiempo provocarlo. Era el año 1957 y tenía catorce años cuando se largó a pie para Montevideo por la Ruta hacia Paysandú, sin otras pertenencias que el vaquero, la remerita y las chancletas que llevaba puestos, y ese frío que se había apoderado de sus huesos. En el destacamento policial, en el cruce del río Daymán, lo detuvieron y, tras ver en sus ojos el terror de volver a casa, lo llevaron al Consejo del Niño.

Allí eran dieciséis adolescentes varones en un pabellón, con un celador a su cargo. Hacían tareas de todo tipo; trabajaban la tierra y también se les impartían clases. Era una vida sacrificada, de madrugones y rezongos, pero un remanso comparada con el miedo que había sentido en su casa.

Aurora todavía lo recordaba como si lo estuviera viendo, a aquel compañero de ojos oscuros, pelo renegrido y piel cetrina y brillante. Se llamaba Facundo. Verlo a él era como verse a sí mismo en un espejo; se le parecía físicamente y lo atraía con el mismo tipo de carisma con que él, Walter, agradaba a la gente, a la que hacía bromear y divertirse en su presencia. Compartir con Facundo las tareas le ponía música al día, porque lo hacía desternillar de risa con sus gestos, sus picardías, y juntos inventaban escapatorias imaginarias que llenaban de magia la rutina. Decían, por ejemplo, que por la noche podrían cortarle el pelo al Colorado, o robarle al celador cigarrillos y encerrarse a fumar en el baño, o violar la cerradura y salir corriendo a campo traviesa. No hicieron nada de eso, pero prodigioso era el momento de la confección de los para ellos diabólicos planes, y aprendieron a aguantar la risa cuando el celador se acercaba mucho y a fingir concentración en la tarea cuando algún compañero poco digno de confianza los miraba.

Entre tanta complicidad y cariño, la intimidad no tardó en llegar. Una tarde estaban ambos doblando las sábanas recién lavadas y secas de todos los internos cuando, en una momentánea distracción del celador, Facundo sacó una *silvapén* de un bolsillo, que le mostró con esa sonrisa, que llenaba de estrellitas el aire.

—La encontré tirada en el corredor —dijo, y con una guiñada desplegó la esquina de una sábana, escribió “el que duerme en esta cama es marica” y firmó “Raulito”, que era el compañero más pequeño y el mimado del celador por su correcta conducta—. Sea quien sea al que le toque la sábana, lo van a reventar —le dijo aguantando la risa.

Walter, para compartir su regocijo, se le acercó y le dio un abrazo fraternal, muy fuerte, que duró entre silenciosas carcajadas varios instantes. Entonces se dio cuenta de que la piel lisa de sus piernas que asomaba por debajo del pantalón corto se mezclaba en su tibieza con la suya y no pudo otra cosa que deslizar una mano hasta esa piel, que al tocarla pareció estremecerse bajo sus dedos y se hizo más vulnerable, más apetecible. Fue un fugaz contacto interrumpido por la llegada de algunos compañeros, que lo obsesionó por el resto del día. No había palabra que no le recordara el timbre de voz de Facundo, la risa susurrada en su oído; no había superficie que tocara que no comparara con la mayor o menor suavidad de su nocturna piel.

Se hizo la noche; fue cayendo lenta, tortuosamente. Después de cenar, los dieciséis muchachos fueron enviados al dormitorio del pabellón con sus camas alineadas una junto a otra a lo largo de la pieza, como la sala de un hospital en una película de guerra. El celador, que no los abandonaba jamás, dormía con ellos en un extremo de la habitación, junto a la puerta. La cama de Facundo era contigua a la de Walter. Al cabo de veinte minutos comenzaban a oírse las respiraciones de quienes iban cayendo, uno a uno, entre los tentáculos del sueño, agotados después del día de trabajo físico y mental. Walter se quedó alerta, los ojos abiertos pero el cuerpo inmóvil, y a su lado no oía la respiración pausada del amigo, lo que le indicaba que, probablemente, no dormía. El celador, a lo lejos, dejó el libro sobre la mesita de luz y apagó la portátil. El lugar quedó entonces sumido en una penumbra aterciopelada y un silencio que flotaba en el aire, subiendo y bajando como una bruma rítmica con las respiraciones de los muchachos. En ese momento sintió la mano de Facundo que le tanteaba en la oscuridad la manga del pijama y la tironeaba. Sonrió en la sombra y le tomó la mano con la suya. Así permanecieron unos minutos, pero el corazón le saltaba en el pecho como si gritara, y empezó a temblar de ansias. Comenzó a palpar entonces el otro cuerpo por debajo de la cintura en una ciega búsqueda de promesas, y la mano de Facundo hizo lo mismo, acariciándole la cadera y reptando entre las sábanas hasta sus nalgas. Walter encontró el miembro del amigo escondido tras la tela del pijama, que desde dentro clamaba, en su primigenio contacto, por más roces, más caricias. Se miraban en las tinieblas y sólo podía verse el brillo tembloroso de sus ojos embriagados, sin poder creer en este regalo que se les hacía con tan sólo la presencia del otro. El deseo fue más fuerte entonces, y Facundo se incorporó y saltó a la cama de Walter y a éste se le escapó un gemido de sorpresa y placer que el otro ahogó con su mano, que le pareció gigantesca. En ese momento, estaba Facundo en cuatro patas sobre él, tapándole la boca con la mano, cuando se encendió la luz del celador y el hombre se incorporó. Facundo saltó de vuelta a su cama, tan rápido como si nunca hubiera sucedido, pero el celador los miraba desde la suya con un gesto indescifrable por la penumbra y la distancia. No dijo nada, sólo permaneció mirándolos.

Al otro día, a Walter se le ordenó juntar sus pocas pertenencias. No supo el destino del otro, pero él fue a terminar al hospital de Salto, donde se le trató su “enfermedad” con una inyección dolorosísima que lo postró por días y con métodos hipnóticos. Ninguno de esos procedimientos, sin embargo, pudo hacerle olvidar la sonrisa de estrellitas y el vigor que su mano descubrió ese día bajo el pijama, que firmemente se propuso explorar en el futuro.

* * * *

Pasa un auto lentamente; Aurora abandona los recuerdos y se pone en guardia, pero es evidente que no la buscan a ella. Desde adentro, a través de la ventanilla de atrás, unos ojitos redondos la siguen con una expresión de curiosidad en el rostro regordete de una niña. De inmediato le llega al recuerdo otro capítulo de su vida en el que, fuera del Consejo del Niño, pasó de la casa de la tía Meche a la de su amiga Mabel, y luego a vivir con una hermana de Mabel a quien, a cambio de la vivienda y la comida, Walter le cuidaba las nenas. Todo aquello era en Salto, en el barrio Cien Manzanas, donde no podía permanecer en un lugar único porque su padre, habiéndose enterado de sus contactos con hombres, lo andaba buscando para matarlo. Matarlo, literalmente, y no era una exageración, ya que un día lo acorraló en la casa de su tía y colgó de una viga del techo una correa de cortina de enrollar, a cuyo extremo, mientras lo golpeaba e insultaba, había comenzado a atar el cuello de Walter. El destino no quería, eso fue claro, que sus aventuras terminaran allí, porque en esos instantes llegó su hermano a impedirlo. Aurora no lo ve como un acto de locura del padre, no señor, sino totalmente premeditado, pues en su intención de destruir al hijo muchas veces se había apostado a la entrada del barrio, al que sólo se llegaba cruzando el "Puente de los Algarrobos", a esperar su salida. Entonces sus amigas Mabel y Margot lo avistaban desde lejos y le advertían, por lo que Walter pasaba el resto del día escondido en algún lugar insospechado.

En la casa de esta hermana de Mabel, a pesar de todo, Aurora siente que fue feliz. Lo protegía esa calidez de hogar que tenía esta familia: la casa limpia, cuidada; las niñas tomaban la merienda a una hora adecuada y los castigos que recibían no eran más que algún *chas chas* y la prohibición de salir a jugar por un par de horas. Sentía que era un universo tan diferente al que le había ofrecido su padre, que era inmune a su presencia, que allí jamás llegaría. Walter ya tenía dieciséis años y podía realizar tareas que a la señora le eran muy útiles. Acompañaba a las nenas a la escuela, les lavaba la ropa, planchaba, ordenaba sus pertenencias y las vestía por las mañanas o antes de salir. En aquella época se usaban unos visitos de madrás almidonados que, si estaban bien armados, daban forma a los vestiditos y las hacían lucir crocantes como repollos. Les entalcaba los pies, les ponía zapatitos de charol y les adornaba colitas en el pelo con moñas que armaba ilusionado. Era como jugar a las muñecas que nunca tuvo, y ellas disfrutaban las atenciones, porque se miraban al espejo mientras él las acicalaba y le decían "Hoy me parezco a Alicia en el País de las Maravillas", pero Aurora está segura de que quien más encantado estaba con la tarea era él mismo. A lo largo de su vida escuchó a varias mujeres decir que con sus hijas pequeñas habían revivido sus propios juegos de niñas. Ella afortunadamente sabe lo que es, porque también lo vivió. No reprodujo un pasado que no tuvo, pero lo experimentó al menos una vez.

* * * *

Mientras Aurora recuerda, al fin se detiene un auto y, desde lejos, ella ve al hombre que le hace señas para que se acerque. Tiene el pelo rubio y ondulado hasta los hombros, y su mirada casi suplicante le recuerda a Humberto, su primera pareja. Aurora –Walter– tenía diecisiete años y Humberto veintiséis. Walter fue llevado a su casa por una noche, por protección, porque un malandra lo tenía encerrado contra su voluntad para que le brindara todo tipo de servicios, desde la crianza de su nieto hasta sus placeres íntimos. Walter no conocía a nadie; recién llegado como era a Montevideo, nadie lo esperaba ni reclamaba y allí pasó semanas, incapaz

de escapar en su inexperiencia, como un ave encerrada en una jaula de barrotes espaciados más allá del grosor de su cuerpo y que, aun así, no sabe qué hacer ni adónde ir. Pero el hombre tenía enemistades, gente que sabía en lo que andaba, y un vecino con el que Walter cruzó palabra una vez a través de la ventana se ofreció a ayudarlo. Le dijo que no se afligiera, que iría a buscarlo un taxi a una hora acordada para llevarlo a la casa de alguien que se había prestado a recibirlo. Así se fue, con la funda de la almohada llena de su poquísima ropa y sus escasos y flamantes cosméticos: talco para el cuerpo, desodorante, polvo para el rostro, perfume, champú. Le gustaba oler bien para que diera gusto estar a su lado; se bañaba diariamente y se cepillaba el pelo, que ya le llegaba más allá de los hombros.

Humberto lo esperaba en su casa en el Hipódromo. "Acá no tengas miedo", le dijo mientras le sacaba de las manos la funda de almohada y le acercaba una silla.

El hombre desde adentro del auto tiene puesto un buzo escote en V por donde asoma una cadenita como la que llevaba Humberto el día que lo conoció. Aurora está ansiosa por acordar un precio. El auto huele a limpio y a nuevo y las manos de este hombre le traen recuerdos; quiere que la toque, ya quiere que la toque.

Como aquella noche, cuarenta años antes, en que avanzaba la hora y Humberto le dijo: "No tengo más camas, así que no te asustes, pero vas a tener que dormir conmigo".

Se acostó a leer el diario y Walter, despacito, con timidez, se metió bajo las frazadas bien en el bordecito. El otro ni lo miraba, absorto en la página de los deportes, así que se entretuvo observando la habitación, el techo de bovedilla descascarado, los muebles de madera noble pero opacos, rayados, maltratados por el tiempo y por la falta de una mujer en la casa, el piso de hormigón y la estufa a querosén en un rincón. Así se distrajo por un rato, pero lo oía respirar a su lado, resoplando a veces como un caballo joven, y el deseo se le fue encendiendo poco a poco como el inintencionado incendio en un bosque.

—Tengo frío —le dijo.

—Pero tapate más —le contestó Humberto.

—Sigo con frío —volvió a hablarle.

—Bueno, arrimate un poco.

—Hace mucho frío —repitió, y fue allí cuando Humberto lo miró con esos ojos azules que derretían cualquier hielo, dobló el diario, lo dejó sobre la mesa de luz, apagó la portátil y lo tomó en sus brazos.

El resto fue muy fácil, natural, como con este hombre que ahora le acaricia las caderas con una destreza parecida; que ahora le recorre el cuerpo con su cuerpo; que la empuja suave e insistentemente hasta lograr su cometido; que abre todas sus rosas y extrae su rocío.

Había ido por una noche a la casa de Humberto, pero se quedó años. Él fue su primer marido; lo cuidaba, lo mimaba, le enseñaba, y el placer que sus dos cuerpos jóvenes se dieron mutuamente pareció volver a Aurora esta noche, provocado por la mirada azul de este desconocido que en su rítmico éxtasis le recuerda aquel amor.

Antes de abandonar la habitación el hombre abre su billetera. Lo hace con recelo; no quiere que vea cuánto lleva, o tal vez le oculta las fotos carné de entre las cuales Aurora no puede dejar de ver una carita sonriente de bebé. Un bebé como el que ella misma salvó de las aguas en una boca tormenta del parque Rodó, hacia donde ahora están volviendo en el auto del desconocido.

* * * *

Había sido una primavera fría y lluviosa la de 1987, y Aurora –que ya era “ella” por completo– iba a trabajar al parque, como desde hacía años y como aún lo hace. Ese día las nubes negras colgaban peligrosamente sobre el lago, como si un viento fuerte pudiera desenganchar las piolas invisibles y derribar la tormenta que se aguantaba como de milagro. Faltaba poco para oscurecer, y desde un desagüe al borde del lago le llegó el vagido débil de un gato. No supo por qué se acercó; nunca le habían llamado la atención los gatos. Sus ojos en la semioscuridad se habían preparado para encontrarse con dos ojitos amarillos, una boca abierta con puntiagudos colmillos y un cuerpo de pompón. Le sorprendió hallar una tela, y al enfocar sus ojos con más atención vio que era una especie de rebozo calado hecho en telar; pretendía ser blanco, pero el roce contra el hormigón del desagüe y el barro lo habían dejado manchado por partes, pero sólo algunas, como si hiciera poco tiempo que estaba allí. Debajo del rebozo, que parecía inflado por un viento mágico, se sacudía algo. Aurora se inclinó y con las dos manos agarró el bulto, el corazón saltándole en el pecho porque ya sospechaba el precioso contenido. Al contacto con su pecho, el bulto dejó de agitarse. Destapó uno de los extremos y se encontró con la carita rozagante de un bebé, los cachetes gordos, los ojitos negros abiertos, fijos en los suyos, con una mirada de curiosa expectativa que la cautivó como la de un adulto. Llevaba puesto un poncho con capucha y debajo un enterito amarillo patito, y las manos pequeñas ocultas bajo mitones blancos. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue llevarlo a la comisaría. Los milicos de la Seccional 5ª eran buena gente; Aurora los conocía bien de sus idas y venidas con la ley. Paró un taxi y le explicó que no tenía un peso encima, pero que había encontrado un bebé y quería llevarlo a la comisaría. El taxista no necesitó más explicaciones. Mientras se alejaban del parque, una fría tristeza se le metió a Aurora por la nuca, presagiándole que en minutos entregaría a ese bebé y nada más sabría de él, a pesar de que le estaba salvando la vida.

En la seccional, los policías la saludaron embromándola:

—¿Tuviste familia, Aurora?

—Sí —les respondió—, ¡vengo a buscar al padre!

Tal como lo había presentido, allí entregó al bebé y eso fue lo último que supo de él. Al otro día leyó en el diario que tras haber ingresado al Pereira Rossell, se había constatado que tenía dos meses de edad y, para su sorpresa, que no era un bebé, sino una beba. Fue inmediatamente al Hospital para preguntar por ella, y le dijeron que su destino ahora quedaba completamente en manos de la familia que estaba en lista de espera para su adopción. En el diario, como en el fondo del corazón de Aurora, quedó la frase que nunca olvidará y que casi sin pensar dijo en la comisaría: “Me queda la satisfacción de haberla encontrado con vida”.

Con lágrimas en los ojos, Aurora compartió conmigo sus reflexiones acerca de lo curioso de que dos personas puedan cruzarse en el punto más importante de sus respectivas vidas y, sin embargo, no haber sido nadie una para la otra, seguir siendo nadie, un anónimo, y perderse por diferentes caminos del mundo. Me contó que muchas veces después de eso se ha descubierto a sí misma pensando en esa beba, imaginando, si es verano, que la lleva a la playa con baldecito, rastrillo y pala a jugar en la arena; si es invierno, se ve acompañándola a la escuela con la moña azul. Dice que cada año fantasea con su cumpleaños, que debe ser a mediados de julio y, hace poco, cuando cumplió los quince, sacó mentalmente las cuentas para ver si habría tenido posibilidades de hacerle una fiesta. Su recuerdo no la abandonó jamás y ha sido hasta el día de hoy la forma de Aurora, a su manera, de ser madre y ver crecer a una criatura aunque sólo sea en la imaginación. Porque Aurora tiene la certeza –así me lo contó– de que, esté donde esté, esa niña y ella están conectadas por esos hilos extraños del destino.

* * * *

Vuelve de sus recuerdos a la vida real, presente, y se da cuenta de que han regresado al punto de partida en el parque. Antes de que se baje, el hombre rubio le tironea del brazo y le regala un beso en la boca.

—Ojalá mi mujer fuera como vos esta noche —le dice.

Aurora le sonríe, complacida; ya lo sabe, por eso mismo tiene clientes, pero agradece la delicadeza de decirlo.

La Mari ya volvió a la parada. Se alegra de verla acercarse.

—¿Uno nuevo? —le pregunta y Aurora asiente con la cabeza—. Yo no, otra vez ese degenerado que me hace poner los portaligas de la esposa y me refriega las fotos de las hijas por todo el cuerpo. ¡Cada cosa hay que aguantar! Si consiguiera otro laburo, es al primero que mando a la mierda. Pero… ¿qué me estabas diciendo antes de que me fuera? ¿Que Fernando va a dejarte?

—No —le responde Aurora—, no me hagas caso, pavadas mías.

* * * *

En la intimidad de la oficinita de ATRU, me dijo que no había querido discutir con Mari porque la conocía y sabía que era una cabeza dura, que la discusión las habría llevado hasta entrada la madrugada y no andaba de ánimo. Aurora seguía con la convicción de que la relación con su marido, ese hogar que había formado con sensaciones de bizcochuelo y cama tibia, se terminaría tarde o temprano. Y eso fue lo que más me aterró de su soledad que no era tal: la soledad del miedo.

II

La iglesia siempre había estado cerca de él. Desde los tres años de edad, cuando había comenzado a ir a un colegio cristiano de su barrio, el Cerrito de la Victoria. En esa época, los tempranos ochenta, todavía no se acostumbraba a enviar a los niños al colegio hasta edades más avanzadas, así que él fue todo un pionero. Aquella había sido la solución que encontró un psicólogo al que su madre, afligida, lo había llevado –también en esto fue un innovador–. Su padre alcohólico, violento, con normas de convivencia rígidas que reproducían su preparación militar; la madre que le temía, por cierta tensión perpetua que endurecía el aire, como un cristal que fuera a estallar en mil pedazos con el menor impacto… Ese clima enrarecido del hogar, esa atmósfera había terminado por contaminar al chiquito risueño de bucles rubios que podría haber sido. Él no lo recuerda, pero su madre cuenta que, cuando tenía tres años, metía los dedos en todos los enchufes que estuvieran a su alcance. Si había alguna mujer cerca, se tiraba al suelo para mirarle la bombacha, por debajo de la pollera. Y, como si estuviera obsesionado por conseguir un castigo ante semejante maldad, a continuación se golpeaba la cabeza contra las paredes, una y otra vez, hasta que la madre acudía a estrecharle la cabecita rubia, como protegiéndolo de un ataque externo. Como era muy pequeño, el diálogo no podía darse porque únicamente respondía con llanto, risas o alguna frase desconectada como "mamá es mala". Fue por eso que, no sabiendo qué hacer, la madre recurrió a un psicólogo.

Karin

Transcurrió un par de meses en los que, cada quince días aproximadamente, Aurora o Karin me llamaban para componer una pequeña –o a veces extensa– carta. Un día me llamaron porque habían recibido una respuesta. Nunca olvidaré el revuelo que armaron del otro lado del teléfono. Primero me habló Aurora. Tenía la voz entrecortada, como una antigua grabación cuya cinta está por desgajarse. Decía algo que pretendía sonar a broma, porque se reía entre las palabras mientras balbuceaba, repitiendo una frase de sintaxis complicada sobre alguien que nos había tomado en serio. Por el sonido áspero a través de la línea, Karin pareció arrancarle el tubo de las manos, en un acceso de impaciencia, e inmediatamente oí su voz, más grave, más cabal, aunque también riendo, también temblequeando como una flor en el viento.

—Aurora se olvidó de tomar la medicación para los nervios —me dijo jugando.

—¿Qué pasa? —le pregunté intrigado.

—Llegó una carta de Estados Unidos. De ese tal doctor Estirlin, al que le escribimos a principios de mes. No entendemos un pomo, pero estamos emocionadas. ¡Al fin parece que alguien nos toma en serio! ¿No te podés venir ya?

No podía. Estaba saliendo para la academia y después tenía que ir directo a la facultad. La voz de desencanto de Karin, al decirle fuera del tubo a Aurora "no puede venir hasta mañana", hizo que me recorrieran unas ansias colosales de suspender alguno de los compromisos, pero tuve que contenerme. Era ese afán mío por complacer, ese presentimiento de que si no lo hacía, los demás me querrían un poco menos. Algo me hizo sentir, sin embargo, por el trato gratuitamente familiar que ellas me regalaban, que su afecto no encogería. Mi segundo desasosiego era el deseo de saber lo que el doctor Stirling había respondido a nuestro pedido de colaboración. Era la primera respuesta que recibíamos, pero la clase de sociolingüística era más importante. Habría que esperar.

La carta del doctor Stirling actuó esa noche como un anhelado regalo de los Reyes Magos. Me desperté varias veces en el medio de la negrura y encendí la luz para mirar el reloj. Cuando el sol volvió a dibujar líneas que surcaban el rectángulo de la ventana, orientándome, encendí la luz una vez más con la esperanza de que ya fuera una hora apropiada para levantarme, pero no; eran todavía las primeras luces, que aún en otoño siguen madrugando empecinadamente.

Las diez de la mañana me encontraron batiendo las palmas entre los barrotes de la reja de ATRU. Sólo Aurora me esperaba. Karin había, aparentemente, trasnochado de más.

—Si es por trabajo, yo nunca le hago problema —se sonrió Aurora con una mirada pícara que ponía al descubierto lo inusual que ella creía que su trabajo debía parecerme.

Me puse a leer la carta del yanqui traduciendo en voz alta, mientras Aurora cebaba mate del otro lado de la mesa, leyendo torpemente: nunca fui bueno atando frases complejas de un idioma a otro y, paradójicamente, mucho menos al español.

El doctor Stirling se interesaba por ATRU. Quería saber sobre su génesis, el número de sus integrantes, sus edades y extracción social, y pedía también una copia de sus estatutos para presentarlos ante una fundación estadounidense que acogía organizaciones de ese tipo para asesorarlas y apoyarlas económicamente.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Aurora, mirándome con sus ojos iluminados, teñidos de los cristales violetas y amarillos del ventanal que en el corredor filtraba la luz de la mañana—, ¿que nos van a ayudar?

—Capaz que sí —le dije—, pero primero quieren conocernos.

Ella se quedó mirando fijamente la mesa, asintiendo con el mentón, sin soltar la bombilla con la boca, absorta en la perplejidad que le causaba la solidaridad ajena. Al fin dejó de sorber el mate y dijo:

—Mirá vos…

A mí me llevó tres semanas traducir los estatutos. Al hecho de que estaba trabajando y yendo a facultad y no tenía suficiente tiempo, se sumaba que eran varias páginas que ellas habían redactado explicando la conformación y las características actuales del grupo, más el reglamento de la organización que constaba de varios capítulos y términos legales que yo jamás había visto. Lo que resolví fue preparar una lista de palabras que no tenía idea cómo traducir y llevársela a Leonor, que además era traductora pública, para que me asesorara.

La academia de inglés era una casita de dos dormitorios que para nosotros eran salones de clase con seis sillas-pupitre y una pizarra cada uno, decorados con pósteres y carteleras que entre los dos habíamos diseñado. A veces coincidíamos Leonor y yo en la cocina a la hora de la merienda, durante los quince minutos que ambos nos habíamos reservado para tomar un café y despejarnos, charlando en español y de cualquier cosa.

En uno de esos momentos fue que un día la hice partícipe de mi problema respecto a los términos legales. Fue un acierto ya que, tras preguntarme los detalles y el propósito del escrito, me advirtió que si era un documento formal de una organización reconocida estatalmente, como lo era, a ser evaluado por otro organismo reconocido en otro Estado, correspondía que fuera firmado por un traductor público.

—Le da autenticidad, como un escribano —me explicó—. Además de que tiene que tener un formato especial, estándar. ¿Vos cómo lo estás traduciendo? ¿Te estás basando en algún modelo?

Me la quedé mirando desorientado, como si le dijera "¿y ahora?", pero ella, al adivinar mis tribulaciones que debieron reflejarse en mi semblante, se ofreció a darme una fotocopia de un modelo de donde yo podía copiar encabezamientos, estilo y otras formalidades, y a firmar mi traducción, sin cobrarme un solo peso. Yo debía ir llevándole la traducción a medida que avanzara, para que ella la leyera e hiciera las precisiones o correcciones pertinentes. Era algo característico de Leonor; hacía tiempo yo había descifrado que el dinero estaba entre las cosas que menos le interesaban.

Contentísimo de saberme apoyado por la idoneidad de Leonor, poseído por un fervor que casi se me hacía ajeno, me puse a trabajar como un desquiciado. Me quedaba por las noches, hasta que los ojos comenzaban a cerrárseme por su cuenta, y terminé la traducción completa en otros cuatro días. Leonor la corrigió en tres más y me explicó el formato que correspondía darle –número de caracteres por línea, líneas por página, tamaño del papel y demás–.

El trabajo de pasar las traducciones a un formato decente, no me correspondía a mí, según había sido pactado con ATRU desde un comienzo en el monto de mis honorarios. Karin era quien se hacía cargo de ese aspecto, en una computadora que había en la casa de su hermano, que ella podía usar en las horas más tempranas de la tarde, cuando ni el hermano ni la cuñada estaban conectados a Internet, ni los chiquilines se sumergían en video juegos, porque cada uno estaba en sus obligaciones. Eran esas horas precisamente las que Karin tenía libres y podía dedicarse a ATRU.

Así, una semana más tarde Karin tenía el documento de los estatutos traducidos al inglés, pronto para que Leonor lo firmara, y era tal la impaciencia por enviar esa carta, que no esperaron a que yo estuviera libre para hacer de mensajero. Karin me llamó de improviso, un anochecer, para decirme que lo había terminado y para arrancarme, sin opción a protestas, la

dirección de la academia, dispuesta ella misma a llevarlo a firmar a la mañana siguiente.

Traté de disuadirla, usando todos los argumentos que se me venían a la cabeza. Que a ella le quedaba a trasmano, que no tenía un ómnibus directo. Nada de eso le importó. Me ofrecí a salir, en ese mismo momento, hasta su casa en la Unión para retirar los papeles yo mismo. Ella ya salía para el trabajo, pues le gustaba coronar su esquina a la luz del primer farol. En mi frenético intento por convencerla, le sugerí que pasaría por su esquina. Muy raro sería que pudiera encontrarla esa noche, supo decirme, ya que era jueves, y los clientes asiduos consideraban ritualmente ese día como el comienzo del fin de semana.

Más argumentos habrían sonado rayanos en la provocación. Mi mayor reserva era –y no podía decírselo a Karin– Leonor. Me faltaban palabras para presentarlas. Leonor ya sabía qué tipo de personas integraba la ONG para la que yo estaba traduciendo, pero nunca había hecho preguntas, yo ignoraba si debido a su discreción o al hecho de que deplorase sus prácticas y, en el lenguaje de otra gente que yo conocía, "prefería no enterarse". Al no haberle contado nunca sobre la naturaleza de las personas con las que yo trataba día a día, me preguntaba si Leonor sabría que la organización estaba dirigida por travestis, y no por personas comunes y corrientes como yo.

Me imaginaba la presentación. Una frente a la otra, y yo en el medio con una sonrisa estúpida. Si sólo dijera el nombre de Karin ante Leonor, estaría dejando a mi profesora jugar en desventaja, abandonándola a su sorpresa sin haberle permitido elegir las armas apropiadas para enfrentarse a ella, el tipo de mirada, la sonrisa o la palabra; nada. Leonor se quedaría mirando a Karin, con los ojos muy abiertos y la boca bien cerrada, y yo no sabría si en ese momento me estaría odiando o pensando que era un idiota.

Si la prevenía, debería dar explicaciones que irían contra mi fidelidad hacia Karin. Describirla como un capricho del mundo, como un fenómeno del que hay que advertir, sería casi una traición, pero ¿cómo podría referirme a ella, si quería preparar a Leonor para el encuentro, si no era insinuando toda esa infamia?

Supuse que ya encontraría la respuesta en las siguientes dieciséis horas que restaban hasta el momento del encuentro. Por ahora, le recomendé a Karin el horario del almuerzo en el que, al haber terminado el turno matutino de alumnos, Leonor contaba con una hora y media y podría mirar los papeles con detenimiento. No tuve escapatoria.

Al otro día, antes de la primera clase, que empezaba a las nueve, le dije a Leonor que al mediodía vendría una persona con el documento completo para que ella mirara el formato y lo firmara.

Me había levantado muy temprano; el primer benteveo que se posó en mi ventana me había sacado del dulce chapoteo en las viscosidades del sueño. Me incorporé y volví a pensar en lo que le diría a Leonor y, si no dijera nada, en su semblante al recibir a Karin, pero ninguna idea útil vino a mi rescate.

Se hicieron las nueve, yo ya estaba frente a ella con su sonrisa envolvente, diciéndole sobre la firma del escrito y aún sin palabras para referirme a Karin. Pero cuando le dije que *una persona* vendría, mi voz debe de haber sonado con los timbres del titubeo porque ella, antes de ahondar en la hora u objetar el lugar, preguntó, con la naturalidad de quien pregunta si sigue lloviendo:

—La persona que viene es un travesti, ¿verdad?

Su sencillez fue como un vaso de agua mineral, una flor en el cabello, una fruta arrancada del árbol. Quise decirle "gracias", pero mi primer impulso le dejó el lugar a la frase socialmente apropiada:

—Sí, la ONG está integrada en su totalidad por travestis.

—Naturalmente —respondió Leonor, sin un dejo de picardía en el timbre de su voz. Después volvió sus ojos al reloj de pared con su falso péndulo de plástico, sopesando mentalmente los minutos que quedaban antes de la llegada de los primeros alumnos y, ya a punto de distraerse de nuestro tema, con las manos en la libreta de asistencia confirmó:

—Muy bien, Gabriel, a las doce y media, no hay problema.

Karin llegó, y tras ella ese aire que siempre la perseguía con olor a ducha recién tomada, a agua de colonia, a apuro y a risa.

Le abrí la puerta y ella entró sin mirarme, porque sus ojos apuntaban a la vereda de enfrente, y su voz sonó tierna como la de una madre cuando dijo:

—No me había dado cuenta cuando me diste la dirección de que era tan cerca de mi casa. Allá enfrente nací y viví hasta hace más o menos quince años. ¡Qué lindo!

Otra vez vestida de ocasión importante, debajo del tapado traía un trajecito color crema que marcaba las formas extraordinarias de su cuerpo, unos zapatos de taco que la hacían aún más alta, y el pelo laciado, brillante, precioso. Sólo el rostro era de una tosquedad insólita para quien la hubiera seguido con la mirada trepándole por el cuerpo desde los zapatos, las caderas, el busto, hasta llegar allí. Insólito, pero a la vez exótico, y yo no estaba seguro de si esa perplejidad que provocaba iba en su detrimento, o a su favor.

Me saludó con un beso, y allí detrás, en el corredor que venía de la cocina, apareció Leonor con los ojos sonrientes. Las presenté sólo por sus nombres y ellas se saludaron con esas miradas escudriñadoras de las personas que se recuerdan.

—Yo te conozco de algún lado —dijo Karin.

Leonor la miró, incrédula, pero la inclinación de su cabeza no negaba; más bien aguardaba.

—¿Vivís en este barrio, o sólo tenés la academia?

—…

—Porque yo viví toda la vida allá enfrente, en la puerta que da al corredor de los apartamentos, ¿la ves? En uno de esos apartamentos vivía yo.

El rostro de Leonor se encendió de sentido.

—¿Cuál es tu apellido?

—Caraballo…

—Alejandro…

—¡Seguro! Pero ahora, ya me ves, soy Kaaa-rin —dijo, remarcando con cómica entonación femínea las sílabas de su nombre y acompañándolas con un ademán de las manos, como si invitara a un público imaginario a repetir tras ella.

Se habían conocido de niños, jugaban en la misma plaza, sus madres compraban en el mismo almacén.

—Pero vos estás igualita, Leonor, ¡aflojale a la cirugía!

Todos nos reímos. Karin o, para este caso, Alejandro, se acordaba de Leonor como una niña “caída del catre” según dijo, tímida, reconcentrada, con la que nunca pudo trabar amistad.

—Pero tu hermano, ese sí que estaba bueno… Me lo cargué un par de veces, pero no hubo caso…

Otra vez nos reímos. No eran las cosas que decía, era esa inflexión en la voz, de una cadencia exagerada como la de un actor de teatro cómico.

A esa altura ya habíamos tomado asiento en la salita, donde los padres que venían a buscar a sus niños solían esperar a que terminara la clase.

Leonor le habló de su marido. No era del barrio, pero había ido al mismo liceo que Karin.

Pero ella no se acordaba para nada. No se había hecho amiga de varones. Si bien estaba obligada a hacer gimnasia con ellos, a cambiarse junto a ellos en el vestuario, no había compartido nada con ellos.

—Sólo me acuerdo de los nombres de los que me tiré —reímos—. ¡O tu marido era muy difícil, o a mí no me gustó para nada!

Era una conversación inaudita. La sobriedad de Leonor, la perpetua austeridad de sus gestos se había ido a otra parte, como si hubiera regresado al pasado y fuera una niña otra vez, carcajeándose de las picardías de una compinche. Yo no podía creerlo.

—Así que te casaste y todo, ¡quién lo hubiera dicho!, con lo mosquita muerta que eras, me la jugaba a que te quedabas para vestir santos. Mirá qué linda, con alianza y todo la Leonor.

—A vos también te veo alianza.

—¿Ésta? Sí, nunca me la quito. ¿Te acordás de Miguel, el rubio imponente que estaba para comérselo? No me digas que no, Leonor, que jugaba al fútbol en el campito de la casona. Él me la dio, la noche antes de casarse. Sí, no abras así la boca que me parece tener delante a la misma caída del catre de cuando éramos chicos.

* * * *

Ese día Leonor y yo conocimos la historia de Karin. Una de las más hermosas que escuché en mi vida.

Karin miraba atrás en el tiempo con nostalgia. Sobre todo cuando recordaba el barrio donde nació, los amigos que tuvo y las ilusiones que habían llenado su cabeza sobre el futuro, que había visto vasto e interminable, con un mundo por hacer y un poder inmenso corriéndole por las venas que le permitía hacer todo. Todo, verdaderamente todo, porque para ella nada era imposible, aunque a veces los sueños se hicieran rogar y tuviera que esperar un poco más de tiempo para verlos cumplidos.

Cuando su cuerpo despertó a la carnalidad, Karin, en ese entonces Alejandro, todavía vivía en el barrio popularmente llamado de los “Cuernos de Batlle”. Era el segundo de tres hermanos varones y, si bien sus padres los habían criado de la misma manera, Alejandro salió diferente. Siempre le había gustado jugar con las nenas, robarle los visos a la madre y vestirse de princesa. Cuando iba con los hermanos al campito frente a la casona donde hoy está el Edificio Libertad, que en ese entonces era un inmenso conventillo, todos los chiquilines del barrio jugaban al fútbol, pero Alejandro sólo quería hacer de hinchada y mirar desde afuera.

Los amigos de sus hermanos eran pibes bien de barrio, de esos que en las tardes de verano se sientan sin propósito en el murito de un vecino y hablan por horas del clásico del domingo, de un par de jovencitas que acaban de pasar haciendo volar, en su contoneo, el ruedo del vestidito corto, o de lo horrible que les va en una materia en el liceo. Alejandro no se les acercaba, porque se moría de vergüenza, nunca supo bien de qué, pero acaso era ese sentimiento puramente femenino de las adolescentes nuevas, que se sienten vulnerables frente a los varones del clan y nunca se consideran lo suficientemente bellas como para arrimárseles sin ser merecedoras de burlas. Ellos tampoco se le acercaban, porque a pesar del cambio que había comenzado a observarse, sabían que no era la hermana de un amigo, sino el hermano, y los laberintos de los jóvenes cerebros se hacían más intrincados. Posiblemente por eso sus primeros amoríos no fueron con conocidos del barrio, sino con chicos que se cruzaba en algún baile, a quienes seducía con su coqueta sonrisa, los vaqueros ajustados y su pelo crecido. Sólo les ofrecía algunos besos y cuando se les iban las manos los frenaba diciéndoles que quería

llegar virgen al matrimonio. Era una excusa perfecta en aquella época, cuando todavía funcionaba el argumento que muchas madres obstinadamente predicaban y muchas chicas practicaban de corazón. Así, más de uno, cuando el padre de Alejandro los encontraba apretando en el zaguán, se había ligado una buena paliza y había huido despavorido gritando: "¡Yo no sabía que era un varón!"

Miguel, sin embargo, era del barrio y nunca le había dedicado siquiera una mirada. Él fue su primer gran amor. Alejandro iba todas las tardes a la casona a verlo jugar, se cepillaba el pelo, se perfumaba, preparaba su mejor mirada y se sentaba bajo unos árboles con las hermanas de otros muchachos a comentar sobre ellos. Miguel era altísimo, un físico esculpido en mármol, ya maduro, porque lo aventajaba en varios años, y tenía un pelo rubio brillante y unos ojos claros como el cielo mediterráneo. Años de ilusiones se le fueron en esa canchita, y cuando conquistaba a desconocidos, mientras los besaba cerraba los ojos, imaginando que eran Miguel.

Una noche de verano, estaba Alejandro en la vereda cuando lo vio pasar en la motito. Alejandro tenía catorce años, y la sangre le murmuraba desde dentro del cuerpo cosas alegres y cosas audaces. Ese día se había puesto unos bermudas *jean* ajustados en las caderas, un bucito que le dejaba al aire la panza magra de muchacho, y llevaba el pelo atado atrás, en una colita híbrida, ésa que cada día, para ir al liceo, escondía bajo la camisa y disimulaba con un pañuelo o una bufanda. Se había sentado en el murito frente a su edificio a bobear, saludando a vecinos, fumando un cigarrillo y esperando a que apareciera alguna amiga para chusmear. Miguel pasó por la avenida y, casi sin intención, miró hacia él. A Alejandro el corazón se le fue corriendo del cuerpo y por un segundo no pudo respirar, pero el impulso vital de un momento atrás le permitió alzar una mano tímida en señal de saludo. Le pareció que Miguel quedó prendido del saludo, porque volvió el rostro varias veces; media cuadra más allá se detuvo definitivamente, se bajó de la motocicleta, subió a pie a la vereda y fue caminando con su paso perezoso, empujando la motito a través de los canteros permanentemente descuidados de esa cuadra, donde en lugar de césped, como más adelante en la avenida, siempre hubo pedregullo, baldosas quebradas y barro. Una travesía pareció la distancia entre su moto enlentecida y el murito, desde donde Alejandro aguardaba pensando si hoy se habría puesto la ropa correcta, si su pelo estaba limpio, cuidadosamente al descuido como le gustaba fingir, si a él le gustaría la colita o preferiría el pelo suelto; en fin, ya no había tiempo de hacerse mala sangre porque él estaba a unos pocos metros. Entonces sólo se puso su mejor sonrisa, y así comenzaron a hablar de bobadas, de qué calor que hacía, de qué andaban haciendo solos en la calle a esa hora, de qué linda que estaba su moto, de si levantaba mucha velocidad o no, de si sólo era un cacharro viejo.

—Yo ando tomando mi último aire, porque mañana me caso —dijo Miguel.

A Alejandro un espasmo le congeló el pecho, pero siguió con la coqueta expresión cómplice en la cara.

—Con razón nunca me diste bola… ¡Y yo no sabía que tenías novia!

Él festejó el atrevimiento con una risotada que le salió de la boca como una ristra de cascabeles.

—¿Qué tiene que ver mi novia…? No sé… era por tu edad… nunca nos hablamos mucho… a vos nunca te vi jugando un partido…

Todavía le seguía hablando como si fuera un muchacho, pero de pronto, Alejandro se apartó un mechón de pelo de la cara e inclinó el rostro a un lado para verlo mejor a resguardo de un foco de luz que le daba en los ojos. El semblante le cambió, como si un ángel diferente

lo hubiera poseído.

—Además… no quería quemarme con los pibes del barrio…

Fue la primera vez que le habló como a una mujer, insinuando la posibilidad de una relación ilícita. Alejandro bajó la mirada; aquello era más de lo que había soñado. Entonces Miguel siguió hablando.

—Estaba pensando… como no me hicieron despedida de soltero… yo mismo me quiero dar un regalo de casamiento.

—¿Ah, sí? —le preguntó, volviendo a mirarlo con los ojos encendidos—. ¿Qué regalo?

—Vos.

A decir de las chicas del barrio, "se le cayeron las medias", y sin pensarlo se subió a la motito. Miguel lo llevó al "Bella Vista", una casa de citas como las que hay en cada barrio, donde confluyen las fantasías, los mitos y los recelos de los vecinos de todas las edades.

Leonor asentía con una mueca entre recatada y bandida. El "Bella Vista" no necesitaba, pues, de presentaciones. Se rieron –yo no estaba incluido– sobre qué adolescente que viva en los "Cuernos de Batlle" no ha escuchado o inventado leyendas de los aconteceres dentro de esas paredes, no ha corrido la voz sobre rostros conocidos dentro de los autos que allí entran y salen: si era una mujer rubia, seguro era la esposa del almacenero, y si era un auto verde, ya se rumoreaba del dueño del bar de la esquina. Incluso Leonor había conocido a unos chiquilines que vivían enfrente, que al atardecer en vacaciones se apostaban en la ventana y cuando veían entrar un auto gritaban "¡Dooblee!". Nuestras carcajadas debieron oírse desde el mismísimo Bella Vista.

En fin. Por ese portón entró Alejandro, menor de edad y de sexo dudoso, en plena dictadura, pero tenía puesto el casco, y el encargado, por gentileza, nunca miraba a las damas.

Se dieron esa noche un amor pausado, cauteloso, como dos novios púberes con deseo temeroso, con turbación ardiente.

De vuelta en la puerta de la casa de Alejandro, una hora más tarde, Miguel se quitó del dedo el anillo de compromiso.

—Tomá, para que recuerdes esta noche siempre.

No podía aceptárselo; al otro día era la boda, ¿qué le ofrecería a la novia de blanco en el altar?

—No importa —dijo—, algo voy a inventar, pero quiero que lo tengas vos. Y quiero que sepas otra cosa: si hubieras sido hombre, habrías sido común y corriente. Si hubieras sido mujer, serías del montón. Pero así como sos, sos especial, tenés algo que nadie más que yo haya conocido tiene.

Karin se quitó ceremoniosamente la sortija, con orgullo, para que pudiéramos examinarla. Vimos la fecha, 1980 decía, el año de la boda que de cualquier manera se llevó a cabo, pero cuyo emblema guarda Karin. Seguramente la afortunada mujer no sabría jamás que el anillo que su prometido perdió fatalmente el día anterior al casamiento llevaba más de veinte años en la mano de Karin, acariciando pieles de muchos hombres, exactamente lo opuesto a la función para la que se supone que es concebido todo anillo de bodas.

Para Karin, fue el mejor regalo que pudo hacérsele. Nos confesó que cuando algunas veces se miraba al espejo olvidando quién era en realidad –cosa que ocurría con indeseable frecuencia–, tenía el anillo para recordarle las palabras de Miguel. No había estado frente al altar, pero sabía que el gran amor de su vida habría querido casarse con ella.

* * * *

Después de la historia, ya no había mucho para decir. Leonor y yo, e incluso Karin, quedamos reblandecidos, suspirando como amas de casa recluidas mirando el teleteatro de la tarde. Leonor echó un vistazo al documento, lo firmó sin más comentarios, y se despidieron con tierna fraternidad en la puerta de la academia.

Otra vez dentro, Leonor me habló de su perplejidad ante el reencuentro, que se había dado con aquellas características tan familiares, como si nunca hubieran dejado de verse. Sobre todo porque Karin, o para ella Alejandro, no había sido un personaje olvidado, atesorado intacto en el desván de los recuerdos infantiles, sino que era muchas veces protagonista en los diálogos con su marido. De tanto nombrarlo se había alienado, convirtiéndose en su imaginación en un objeto que, ella había conjeturado, le habría costado reconocer como el mismo compañero de juegos si lo llegara a volver a ver. Y sin embargo, Karin había sabido tirar abajo todas las barreras y se había vuelto a ganar el corazón de Leonor así, en escasos minutos de contacto.

Le pregunté cómo era que conversaban de Karin con su marido y por qué hablaban del tema con tanta frecuencia. Leonor se ruborizó y me advirtió que lo que iba a contarme seguramente me parecería deplorable.

El esposo de Leonor había sido compañero de clase de Karin en el liceo –cuando aún era Alejandro–. Por eso cuando Leonor y su esposo se ennoviaron y él comenzó a frecuentar su casa, le preguntó si conocía a un tal Caraballo que vivía en esa misma cuadra siete u ocho años atrás. Leonor no sabía el apellido de Alejandro, como la mayoría de las veces pasa entre amigos que sólo se conocen de encontrarse en la vereda, así que respondió que no.

—Pero sí… Lo tenés que conocer… —dijo el marido—. Un tremendo puto…

Entonces sí Leonor supo a quién se refería. Ya lo había visto en la temprana adolescencia transformarse lentamente, comenzando por sus gestos, la cadencia de la voz, pasando por el cabello largo y teñido, hasta la ropa híbrida que daba para pensar, porque ningún varón realmente masculino se la habría puesto. Después de eso, Alejandro había desaparecido de la vida de Leonor por completo, porque, como todos los adolescentes, ambos dejaron de salir a la vereda, sus amistades se desarrollaron en las inmediaciones del liceo, y además Alejandro se había ido de la casa.

El marido le había dicho que era natural que se hubiera querido ir de su casa, puesto que finalmente se había transformado en travesti.

—¿Travesti…, travesti? —había preguntado incrédula Leonor.

—Sí, travesti, travesti. Yo lo veo siempre, cuando paso en el ómnibus o la bici frente a su esquina; para ahí, en Bulevar y Pagola. Y cuando vamos en el auto de Manuel, no te imaginás las cosas que le gritamos.

—¿Y él los oye?

—A veces sí, porque nos hace gestos… obscenos, por decirlo de alguna manera, pero no creo que sepa quiénes somos en realidad.

Con el tiempo, Leonor había sabido por sus propios oídos lo que le gritaban a "el Caraballo", como le llamaban su marido y Manuel, su amigo íntimo desde la época del liceo. Porque cuando finalmente pudieron cumplir el sueño de Leonor de comprar un auto, Bulevar Artigas se convirtió en una ruta acostumbrada desde la casa de sus suegros hasta donde vivían. Allí ella había visto a Alejandro –"el Caraballo"– en su esquina habitual, con el cabello a veces rubio, a veces castaño siempre enrulado más allá de los hombros, con llamativos tapados de piel que se entreabrían para dejar al descubierto prendas de ropa interior voluptuosísimas, incluyendo corsé y ligas, y –lo más increíble– un cuerpo sólido que Leonor nunca habría

soñado tener, prominente en los lugares exactos donde tenía que serlo, adelgazado y grácil justo donde debía.

Pero lo más singular de esas visiones no era la apariencia del travesti, sino el acompañamiento sonoro con el que contribuía el marido. Se asomaba por la ventanilla del auto y gritaba, lo más potentemente que podía:

—¡Caraballooooo! ¡Si no estuviera con mi mujer te daba con un cañoooooo!

Leonor, avergonzada, las primeras veces había intentado disuadirlo de su vociferación, pero el placer que le daba al marido hacerlo –quien permanecía cuadras más adelante, mientras conducía, carcajeándose, riéndose, sonriendo, semisonriendo hasta llegar a la casa– tenía efectos tan relajantes sobre su humor, que había terminado por acostumbrarse. Así se le había desdibujado Alejandro. Ahora era sólo un objeto en la vitrina de la calle, que cada vez que pasaban por allí debían estar atentos a visualizar –a veces no estaba, naturalmente– y a divertirse a su costa.

Haberlo reencontrado había hecho que Leonor recuperara su recuerdo y volviera a colocarlo en el lugar correcto de sus sentimientos.

—Pobre Alejandro… o Karin, bueno… Si supiera que es mi marido el que siempre le grita, ¡y que yo estoy al lado!

Días después supe más de esta historia. Leonor le contó a su esposo el reencuentro con “el Caraballo”, el diálogo que habían tenido, el relato del anillo, los atisbos de desolación que había vislumbrado entre las hendijas de su efervescencia. Y el mismo remordimiento se apoderó del marido, que siempre había visto a “el Caraballo” a través de los ojos de la turba. Se sintió un monigote de la discriminación preponderante que siempre le había arrastrado a opinar, divertirse y burlarse según lo que la mayoría consideraba correcto.

Leonor me contó un episodio que él le había narrado y que siempre había utilizado como una cómica instancia para relatar hasta el cansancio en reuniones de amigotes, pero que ahora, a la luz del *racconto* de Leonor, se le hacía penoso, con la amargura de la vergüenza.

Fue cuando tenían trece años. La vida cotidiana había comenzado a hacerse difícil para la amaneciente Karin. Los varones lo hostigaban todo el tiempo. Muchos le repetían “puto-puto-puto-puto” cada vez que pasaban cerca de él; los más mansos, si bien no se atrevían a agredirlo, lo evadían por miedo a ser ellos también objeto de provocaciones. Pero hubo un desalmado que lo desafió a “cortar para la salida”, buscando demostrar lo que por ese medio no era demostrable, aunque él a esa edad todavía no podía comprenderlo. Tal vez la voluntad de Alejandro osciló entre el vértigo de entregarse a lo que su indeseable destino de hombre le imponía, jugándose a la oportunidad de que dejaran de molestarlo, y el impulso de huir para refugiarse en los conciliábulos femeninos con sus amigas. Algo hizo que eligiera lo primero, y la hora de la salida lo encontró en la vereda agreste detrás del liceo, enfrentado a un contrincante enardecido por unos deseos absurdos de escarmentar a este joven afeminado que nunca le había dirigido la palabra. Había una pequeña multitud de púberes rodeándolos en una muda atmósfera de expectativa. Entre esos niños que jugaban a ser grandes estaba el marido de Leonor, con su tórax todavía estrecho y lampiño que ocultaba tras camisas de marca y una mirada precozmente recia que más tenía de asombro. Él quería, como sus demás compañeros, que “el Caraballo” fuera escarmentado, humillado, por el simple hecho de que era diferente, de que su ropa y su pelo tenían un olor que, como incipientes machos de especie, no reconocían como propio porque no se veían en él como en los demás, que representaban mutuos espejos en los cuales medirse.

Alejandro había sido criado entre varones; el marido de Leonor conocía también a los

hermanos de haberlos visto en el liceo, a quienes él definía como “salados”. Eran muchachos de altura mayor a la promedial, morochos, con esa virilidad que da el pelo negro, crespo y abundante, y una piel, si bien blanca, oscurecida como si siempre que se la mirara estuviera a la sombra. Esos hermanos le habían enseñado a pelear. Quizás alentados por su padre, que ya habría reconocido hacía tiempo que Alejandro le había salido “raro”. Eso era lo que el marido de Leonor se imaginaba, porque nadie había visto a Alejandro siquiera atinando a tener un gesto agresivo; pero cuando se vio acorralado por miradas cínicas sacó de adentro una fuerza y una habilidad irreconocibles.

Si bien recibió torpes golpes de puño del contrincante y empujones con ambas manos abiertas –y todo lo que pueda esperarse de una pelea de esa talla–, él también aportó su parte y fue disolviendo de a poco la sonrisa burlona en la cara del otro, que se fue aplanando con la frialdad de la desazón. Resultó una pelea pareja. Y los niños que los rodeaban, que ya estaban con decepcionado aburrimiento esperando la excusa para propiciar el final, la encontraron cuando en la contienda, la espalda del saco liceal de Alejandro se rasgó por la costura central. Entonces, los compañeros de clase que estaban más cerca los separaron con ese gesto esperado de hombría –“vamos, vamos, que lo vas a hacer pelota”– y se llevaron al defraudado desafiante. Defraudado, porque su semblante decía que la pelea no había terminado, que quería rematarla y salir verdaderamente vencedor. Los que detuvieron la lucha sabían que eso no se iba a lograr y, tal vez, corrían el riesgo de que su par saliera humillado. El esposo de Leonor recordaba que él mismo se había ido cabizbajo, insatisfecho porque había deseado el definitivo escarnio del Caraballo. Pero todos abandonaron la esquina riéndose del saco roto de Alejandro. Con el tiempo incluso se popularizó la leyenda de que un mediodía al Caraballo “lo habían cascado”. Ahora, tras el relato de Leonor, al marido se le había clavado una espina de remordimiento en el alma. No es que hubiera hecho algo malo; sólo se había acercado a un borbollón de estudiantes y ni siquiera Alejandro recordaba su existencia. Lo que lo avergonzaba era esos sentimientos que tuvo, la fobia a lo distinto. Era el descubrimiento, a través de su mujer, de que Alejandro era alguien que también soñaba y padecía.

Según me contó un tiempo después, Leonor no sufrió más vergüenzas cuando pasaban por Bulevar y Pagola en el auto, ya que su marido dejó de sacar la cabeza por la ventanilla y gritar.

Esos cambios de parecer ajenos hicieron que viera mi relación con los travestis bajo una nueva luz. Dejó de darme ese subrepticio pudor de encontrarme con ellos en la salita de ATRU, entre los afiches ligeramente obscenos. Tal vez porque sentí que todas las voces que dentro de mí gritaban, en nombre de mi madre, de mi padre y de la ciudad entera, habían dejado de vociferar por la ventanilla de un auto omnipresente.

III

Comenzó a asistir a un colegio cristiano cercano a su casa. Era uno de los más chiquitos del jardín de infantes y fue mimado por la maestra, la directora y hasta por los compañeros, que lo invitaban a jugar y lo llevaban de la mano de aquí para allá. Todavía hoy, cuando percibe un olor, generalmente a pintura nueva o a plasticina*, le vienen imágenes de aquel aula donde pasó tantas horas felices. En los cinco años en los que permaneció en ese colegio le enseñaron a orar, a colorear libritos con imágenes del niño Jesús y a cantar alabanzas al Señor. Comenzaron a asistir en familia al servicio los domingos, y hasta el padre los acompañaba ocasionalmente. Desde esa época su madre conserva la costumbre de agradecer el alimento al Señor antes de las comidas. Cuando cumplió ocho años se mudaron al interior del país y, con el cambio de colegio, perdieron contacto con el culto. Sin embargo, su pasado estaba lleno de razones por las que no le pareció algo de otro mundo cuando diez años después, a su rescate una vez más, la madre le propuso que fuera a la iglesia con ella.*

René

Conocí a René una tarde en que fui a ATRU, a buscar una carta para traducir, y él estaba tomando mate con Aurora. Digo "él", porque eso fue lo que me pareció a primera vista: un hombre entrado en años, muy alto y delgado, con el pelo recogido en una colita discreta, rompevientos, vaqueros y championes. Hablaba, si bien de modo afeminado, con una suave voz masculina sin modulaciones enquistadas y conservaba su verdadero nombre, René, con toda la ambigüedad que éste encierra.

Había ido a pagar su cuota mensual. en general, muy pocos mantenían el aporte al día; pero René vivía a unas cuadras de la sede de ATRU, así que mes a mes, concurría a pagar y aprovechaba para quedarse la tarde entera charlando con quien fuera que estuviese, porque en la pensión en la que vivía lo carcomía la soledad.

Más tarde supe por Aurora que René era travesti sólo de noche; ése era su uniforme de trabajo, pero durante el día prefería mimetizarse con la gente común y corriente, y por eso no había cambiado ni siquiera su nombre. Claro que, el destino le había sido generoso dándole un nombre que podía usar en cualquiera de sus roles. No todos los travestis tienen la misma suerte.

Para René, pues, esa tarde mensual que pasaba en ATRU era todo un acontecimiento. Llevaba consigo el mate y todo el tiempo del mundo, y a mí me recibió, si bien con su mirada recelosa ante un desconocido, con la afabilidad de quien arrima una silla ante alguien que se suma al grupo en un boliche.

—Acá está la carta, Gabrielito —me dijo Aurora, que ya me había adoptado, no estaba seguro si como hijo o como nieto—, pero si no andás muy apurado sentate no más, que René me estaba hablando de sus viajes.

Yo lo miré, interrogante, y René asintió con el mentón y como invitación me señaló la silla desvencijada que había a su lado.

—René fue marino mercante pila de años. Más o menos se dio la vuelta al mundo. Como será, que fue en Dinamarca donde empezó a hacer la calle…

René se reía, con un poco de embarazo o timidez, mientras chupaba la bombilla del mate. Cebó otro y se lo pasó a Aurora.

Entonces retomaron la charla que yo había interrumpido al llegar. Aunque Aurora ya sabía la mitad de las cosas, igual lo escuchaba con un entusiasmo virgen. René se detenía por mí en algunas partes del relato, para llenar huecos que entre ellos dos no existían.

Escuchándolo, supe que si bien nunca lo obsesionó, René era consciente de que siempre lo ha acompañado la soledad. Y cuando decía soledad, no quería decir la ausencia de personas con quienes estar, sino la experiencia de vivir dentro de sí mismo sintiéndose bien y, sin embargo, ver que el mundo exterior no le encaja, no obedece a sus pautas ni lo reconoce. Que la expresión de sus sueños íntimos fuera motivo de miradas socarronas o escandalizadas, eso era para René la soledad.

Eso fue así desde pequeño, cuando vivía con sus padres, que como una buena pareja de gallegos lo colmaban de cuidados, vestimenta limpia, comida y educación. René era uno más entre tantos otros niños que había en el barrio, y compartían la plaza, las escondidas y las guerrillas de agua en verano. Pero había una gran diferencia: el día de Reyes, sus amigos y amigas recibían, si no todo, al menos parte de lo que habían pedido en esas cartas que garabateaban con dificultad, con esas letras redonditas y oscilantes de los primeros años de escuela. René no. Para él esos días no tenían el mismo encanto, porque junto al arbolito de

Navidad, sobre sus zapatos, sólo encontraba pelotas y soldaditos, que aprendió a aceptar resignado, como quien acepta un destino. A él le gustaban sus colores, sus texturas y formas; entonces los tomaba entre los dedos y los saboreaba con el tacto y con la vista, y como objetos de arte, pasaban a adornar la repisa del dormitorio, pero nunca lo acompañaban a la vereda, ni se embarraban, ni se empalidecían sus colores por el uso como los juguetes de sus compañeros. Cuando cumplió los nueve años, sin embargo, decidió rebelarse a su destino. Se cansó de pedir un jueguito de té que había visto en la juguetería del Bebe, y que combinaba con la vajilla de su amiga Marita. Lo pidió para el cumpleaños, para Papá Noel y por último, para los Reyes. Cuando abrió el paquete y vio el camión de bomberos, como si los mismos Reyes Magos se hubiesen propuesto apagar el fuego equívoco que de a poco se encendía en él, la desilusión fue tan grande que se puso a llorar a los gritos. Se hundió en una mufa que duró tres días en los que apenas comió y no pronunció palabra, hasta que la madre, compadecida y asustada, fue a la juguetería y se lo compró.

René y Aurora se rieron a las carcajadas, regocijados en la perseverancia del niño incomprendido, imagen con la que todos ellos se identificaban.

El jueguito de té era todo lo que había soñado: cuando se juntaba con Marita, ella servía en sus platitos floreados la comida principal, que ambos hacían con hojitas que cortaban de diferentes formas y tamaños de las plantas de su abuela, y él después la convidaba con té, y así la reunión estaba completa.

René nunca entendió qué podía tener de malo, si charlar con Marita como las señoras era de lo más divertido, ni por qué su padre lo miraba con aquellos ojos tristes, apagados como un jardín en invierno.

Años después, experimentó que en algunos momentos de la vida, la soledad puede ser confundida con la libertad. Cuando a los treinta y nueve años tuvo la oportunidad de embarcarse como ayudante de cocina, en un barco de la marina mercante, no tuvo nada que lo retuviera. René vivía solo y no dejaba a nadie atrás. Sabía de personas con familia que se quejaban de haber tenido que renunciar por la pareja, los hijos o una madre viuda a trabajos o viajes; en fin, opciones de vida que les habría gustado tomar.

René no enfrentó ninguna encrucijada; se entregó a la aventura de lleno, pero afirmaba que la experiencia de ese tipo de libertad daba ciertamente vértigo, y a veces hasta languidez, como cuando uno se va a la cama con la panza vacía.

En ese barco subió y bajó por el Atlántico tocando las orillas del continente. Santos, Río, el Amazonas, Maracaibo. Norte y sur, sur y norte; el trabajo era divertido, se conocían lugares, personas y climas soñados, y la paga era muy buena.

Y fue allí, cuando más lejos se encontraba, que descubrió que tenía un hogar, aquí en Montevideo, en su amigo Ademar. Todo surgió cuando le explicaron el sistema de pago de este nuevo trabajo; era antes del quiebre de “la tablita” del ochenta y el país vivía en una burbuja de jabón, ajeno al mundo. Aquí la gente cobraba y se endeudaba en dólares y la mayoría era económicamente feliz. Aurora sonreía con la mirada perdida en las paredes de la oficina, como si entre las fotos de los afiches que la forraban encontrara alusiones añoradas de lo que René iba contando. El sueldo de un ayudante de cocina de la marina mercante uruguaya en aquel tiempo eran mil dólares mensuales, más el alojamiento y la comida a bordo, y alguna hora extra para la que se les necesitara. Pero, si bien las horas extras se pagaban en la mano y podían usarse para tomar algunos tragos en bares de mala muerte en los puertos y comprar algún *souvenir*, el grueso del sueldo debía ser cobrado en Montevideo. El resto de los compañeros dejaban sin problema poderes a esposas, padres o hijos. Pero René no tenía a

nadie. Fue ahí cuando pensó en Ademar.

Lo había conocido de una manera extraña. Era amigo de un amigo que se hacía llamar Dalila. Cuando no tenía nadie con quien hablar, Ademar venía a matar el tiempo al lugar donde Dalila y René trabajaban, una esquina de la Ciudad Vieja donde diferentes clases de hombres confluían a adquirir encantos andróginos. Así se conocieron; cuando alguien levantaba a Dalila, René quedaba solo y entonces se ponían a conversar. Ademar nunca se había prostituido. Trabajaba en una casa de familia en el Centro, donde lo habían adoptado como a un miembro más del núcleo. Él les cocinaba, hacía las compras y dejaba resplandecientes los pisos y muebles. Comía y dormía en aquella casa y, aparte de ellos, al igual que René, no tenía a nadie. En realidad sí tenía a alguien, lo había tenido durante los últimos quince años: un muchacho al que amaba incondicional pero clandestinamente, porque Ademar no quería comprometer la reputación masculina que el otro cuidaba con celo.

Imaginé que eso fue lo que unió a René y Ademar: la clandestinidad de sus amores. Una vez que reconocieron un brillo mutuo en sus ojos, nunca más dejaron de encontrarse en los ratos libres para hablar de muchas cosas, tantas como la vida misma, que es enorme y siempre ambigua.

Cuando a René le indicaron que debía dejar un poder para que alguien cobrara su sueldo, comprendió que sólo tenía a Ademar en la vida. El entenderlo fue como un regalo, porque durante el viaje, a raíz de la relación jurídica que había surgido, se carteaban, a veces hablaban por teléfono, y en algunos sitios exóticos René le compraba chucherías que pensaba le gustarían, y así, cuando llegaba el correo y a los demás a bordo les brillaban los ojos de alegría, René sentía que también tenía una familia, un hermano.

—Imaginate lo exóticas que eran esas cartas… —dijo Aurora dirigiéndose a mí—. Che, René, ¿no tenés ahí esa que guardaste de amuleto, para mostrarle a Gabrielito?

—Sí, claro, siempre la llevo conmigo.

Abrió la billetera y extrajo de entre sus documentos un rectángulo de papel amarillento que al desplegarlo se convirtió en una carta de cuatro carillas, con los pliegues ajados de tanto abrirla y cerrarla, como si en cualquier momento fueran a quebrarse. Bajo la respetuosa mirada de Aurora, René me contó que cuando Ademar falleció, su patrona le entregó una caja con sus pertenencias, entre las cuales estaban las cartas que le había escrito, que habían sido atesoradas una a una en una bolsa de nailon. Así René volvió a encontrarse con los recuerdos olvidados de aquellos años de viajes. Esa carta en especial con sus relatos, así como los había escrito, había vuelto a fascinarlo. A partir de ese momento, René la llevó en su billetera como recordatorio de que hubo un momento de su vida en el que tuvo juventud, dinero y, lo más importante, alguien a quien escribirle. Llevarla encima es como llevar consigo a Ademar, donde quiera que va.

Sin hacerse rogar, René se puso a leer la carta, bajo mi mirada de curiosidad y la de cariño de Aurora.

Querido Ademar:

Hace tres días llegamos a la fábrica de papel, nuestro destino en el Amazonas, y ya nos estamos yendo. Te voy a contar todo, porque la verdad es que no tiene desperdicio. No te hacés una idea de lo que fue la entrada al río Amazonas. Imaginate el barco avanzando en silencio entre la vegetación de la selva. Parecía el telón de un teatro, espeso, compacto, de color verde oscuro y a mí me hacía pensar en ojos escondidos que nos vigilaban desde ahí atrás. Fue inquietante, te lo aseguro. Y no es porque me falte calle, vos lo sabés bien. Todos

estábamos callados, como respetuosos. ¿Cómo te puedo explicar? Era como cuando entrás a una iglesia y aunque no creas en nada, algo hace que te quedes quietito. Alrededor nuestro, el ruido de los pájaros y los monos era insoportable, pero después de un rato te acostumbrabas y era igual al silencio, todo igual, sin que nada lo alterara. De repente, en un momento dado empezaron a oírse unos gritos diferentes, que te ponían los pelos de punta, como los que se oyen en las películas, esas películas con noches de luna llena y hombres lobo. Sí, porque eran aullidos de lobos. Fueron llegando poco a poco, desde el centro del matorral hasta las orillas. Comenzaron en una margen del río, después en las dos, por detrás y por delante del barco, como si nos fueran cercando. Me asusté un montón.

"¡Son lobos!", grité, aferrado a la baranda de la borda.

"Son indios", me contestó, muerto de risa, un compañero, navegante veterano. "No te preocupes, no son caníbales, sólo nos quieren manguear".

Enseguida comenzaron a surgir sin que yo pudiera ver de dónde habían salido, y no se parecían a la imagen de indio que tuve toda la vida. Venían en lanchitas con motores fuera de borda. ¿Te imaginás, Ademar, qué modernos? No tenían la cara pintada, y estaban vestidos con camisetas y bermudas de jean. *Entre la bulla que metían, señalaban los tanques vacíos de gas oil que el barco llevaba a cuestas, apilados en un rincón de la borda, que sólo ocupaban lugar y no servían para nada. Entre varios, les fuimos tirando al río los recipientes y ellos los recogían con sonrisas de oreja a oreja, y uno a uno volvían a internarse en la enramada de las orillas hasta que desaparecían.*

"¿Para qué los quieren?", le pregunté a mi compañero veterano.

"¿Y yo cómo voy a saber? Guardarán algo, cosas de indios… ", y volvió a reírse; acá están todos para la joda.

Dos días después llegamos a destino, una fábrica de papel en el corazón de la Amazonia. Nosotros traíamos desde Santos unos bloques gigantescos como de corcho y que según me dijeron son el material con el que hacen el papel. Eran tantos y tan grandes, que el barco tuvo que anclar para bajarlos, todo se hizo con cuerdas y a lomo, y eso llevó tres días, imaginate.

La primera noche, como siempre, mis compañeros parecían todos lobos hambrientos.

"¿Garotas?", les preguntaban a los peones de la fábrica que trabajaban en el muelle. No entendíamos nada de lo que decían; hablaban un portugués recontracerrado, pero entre miradas pícaras y gestos exagerados (no te imaginás los ademanes que les hacía el flaco Aguilera, era para morirse) supimos que del otro lado del río estaba el pueblo, con su centro nocturno donde se podía tomar algo y que también tenía un prostíbulo. Allí fuimos, diez en un bote diseñado para ocho, y antes de llegar a la orilla se nos empezó a llenar de agua. Si hubieras estado, Ademar, cómo nos habríamos reído. Algunos se lanzaron a nado en los pocos metros que quedaban, pero el gordo Peláez y yo teníamos un ataque de risa tan grande que no podíamos movernos, y cuando ya teníamos el agua por las rodillas nos acordamos de las pirañas y yo pegué tremendo salto y tuve suerte de caer en el muelle, pero el gordo no fue tan ágil y se dio de cara contra el fondo. Ya casi puedo oír tus carcajadas, sí, yo también me divertí.

Igual, nuestro estado o apariencia no importaba mucho en el centro nocturno de la selva. Es algo como nunca vos o yo vimos antes. Una enorme construcción de madera que parece que se mete en el río sobre pilares y lo primero que ves al llegar es un bar muy agreste, con mesas y sillas rústicas, y más allá un pasillo que da a los cuartos. ¿Te hacés una idea? Tres noches pasó el barco anclado frente a la fábrica; las tres noches volvimos al mismo lugar, a sentarnos al mismo par de mesas arrimadas, a tomar cerveza y reírnos como nunca. Alrededor

de una mesa alejada de nosotros estaban amontonadas las chicas, algunas sentadas en una silla, o sobre la falda de otra o incluso sobre la mesa, todas en exhibición con sus minifaldas de colores chillones y las blusas ajustando el pecho y mostrando parte de las tetas. Mis compañeros hablaban de ellas con toda clase de palabras, en fin, como siempre, y ese era el momento, cuando ya estábamos más entrados en copas, en que yo dejaba de intervenir en la conversación, por razones obvias. Cuando la cerveza estaba por acabarse, ellas se acercaban, juguetonas, y poco a poco las parejas se iban esfumando, en algún momento en el que yo no podía verlos porque andaba flotando en una nube de alcohol y calor (sigo igual, unos cuantos tragos y ya quedo en Babia). Seguramente se habían alejado por el corredor de las piezas, vos sabés cómo, prendidos uno al otro de caricias picantes y miradas de esas a las que no podés decir que no. Entonces yo pedía otra botella y me acordaba de vos para no sentirme tan bicho raro. No creas que me quedé las tres noches ahí sentado, de ninguna manera, pero eso, me lo reservo para contártelo personalmente,¡no vaya a ser que dejes la carta por cualquier lado y tu patrona la encuentre y la lea!

Ahora voy a contarte algo bien de selva, que no vas a poder creer. La primera noche, estaban las muchachas sentadas como siempre me voy a acordar de ellas, alrededor de la mesa, cuando llegó una desde afuera, con un puñal en la mano y acercándose muy calladita por detrás, introdujo el filo en la espalda de otra y le abrió el pellejo todo a lo largo de la columna, como desollando una res. La víctima quedó de momento petrificada, levantó la mirada y se encontró con mis ojos, que no se estaban perdiendo detalle. No sé si alguna vez me podré olvidar del espanto en esos ojos brillantes como vidrios negros. Después se levantó y salió corriendo sin mirar atrás, dejando en el lugar un lío de mujeres aullando y hombres comentando divertidos, como si sólo hubiera sido la escena de una película.

Yo me quedé obsesionado con lo que había visto, y esa noche en mi camarote daba vueltas en la litera sin poder sacarme de la cabeza ese movimiento de la mano que le abrió la espalda, sin temblar, casi saboreándolo, diría yo. Como si no fueran putas comunes, como si la selva convirtiera a todos en animales. Ya sé que Dalila y yo, y cuántas compañeras más, hemos vivido momentos de violencia, pero esa sangre fría, Ademar, yo nunca la había visto.

La noche siguiente, la chica de los ojos negros volvió, con la espalda cocida sin la menor delicadeza, como si fuera un matambre. ¡Se ve que en la selva no hacen cirugía estética! Verla aparecer terminó con las pavadas que se venían diciendo en la mesa, y si no fuera por el samba de los parlantes, se llenó el bar de un silencio de ultratumba. No era para menos, la pobre parecía una aparición. Venía caminando como la momia de Titanes en el Ring (no te rías, que no es chiste), rígida, pálida y seria, igual que una momia recién levantada. En una de las manos, que llevaba pegadas a cada lado del cuerpo, alcanzamos a ver un cuchillo apretado en el puño. Seguramente venía buscando a la que le había hecho el tajo. Menos mal que no la encontró, no sé qué hubiese pasado, aunque mis compañeros, que les encanta cuando se arma quilombo, andaban después riéndose y especulando sobre lo que podría haber ocurrido. Yo lo que sé es que nunca vi algo así, fue como para una película.

Casi me olvido de decirte: estuve a punto de comprarte un souvenir *de la selva, pero creí que podría ser un castigo más que un regalo. Mientras estábamos en el bar, llegaban hasta nuestra mesa niños indios con monitos tití aferrados a sus hombros, encadenados a sus muñecas. Son simpáticos los tití, nunca los había visto tan de cerca y más lindos eran porque eran bebés. Me contaron que se los roban a la madre con botellas donde colocan alimento como si fuera carnada, se lo ofrecen y así logran que se acerque, y cuando la mona mete la mano por el cuello de la botella, una vez que agarra el alimento no vuelve a abrir el puño y*

así se queda, escapando con ese fardo pesadísimo que le impide trepar a los árboles y la convierte en una presa fácil. Después le echan una red para evitar que muerda y le arrancan a los bebés del pecho, donde van siempre prendidos con sus manitos. Sí, ya sé que te da lástima. Pensé en comprarte uno, pero imaginé eso, y además me pareció que tu familia me iba a odiar, así que desistí.

Junto con esta carta te envío unas postales que compré en el centro del pueblo, para que veas con tus propios ojos el río Amazonas y la selva.

Te mando un abrazo muy fuerte.

René

Ademar era íntegro en todo el sentido de la palabra. Cuando René regresó del viaje, dos años y medio después, lo esperaban treinta mil dólares en su cuenta bancaria, donde Ademar había depositado cada vintén del sueldo sin que le temblaran las manos.

Después de eso, siguieron veinte años de amistad férrea. Veinte años de tardes de domingo, que Ademar tenía libres, en las que se reunían en la casa de René a hacerse confidencias durante horas sin ser molestados. A veces jugaban a las cartas; canasta, conga o chorizo eran sus juegos más comunes, a veces por plata, si había, y a veces no, y lo más divertido era cuando llegaban otros amigos, el Oscar, el Negro y el Eduardo, y la tarde estaba completa. Se sentaban alrededor de la mesa de roble del comedor con una *coca-cola*, porque Ademar no tomaba alcohol y a los demás no les gustaba que nadie quedara afuera, y se les iba la tarde cachándolo a Ademar, que la mayoría de las veces perdía y se ponía como una fiera. Ellos ya lo conocían y lo provocaban, haciendo bromas a costa de él. En más de una oportunidad lo vieron ponerse rojo de rabia y partir en dos las barajas, y hubo que hacer una colecta y salir a buscar, muertos de risa, otro mazo.

Un día que estaban solos, Ademar escuchó con paciencia el relato del último romance de René y, cuando éste se hubo callado, dijo tristemente, casi como si no tuviera importancia:

—Juan quiere casarse.

—¿Cómo que quiere casarse? ¿Con quién? —Juan era el amor que Ademar había tenido durante casi veinte años.

—Con la muchacha que te conté. No era un polvo cada tanto, como me había dicho. Iba en serio.

—¿Y vos qué vas a hacer?

—Lo voy a acompañar en todo lo que necesite.

Aurora escuchaba con la mirada clavada en el mantel de hule, como si hubiera recibido un reproche. René sentía que Ademar siempre tuvo asumido, mejor que él mismo, el tema de la soledad. Sabía que, tarde o temprano, un hombre quiere tener su descendencia, y ellos no pueden dársela. En su lugar, René aseguraba que habría peleado con uñas y dientes; incluso habría matado. Pero Ademar lo aventajaba en edad, en sabiduría y, quizás, hasta en intensidad de amar. René confesaba que a él mismo le había llevado mucho tiempo comprenderlo. Si bien aceptar no poder darle hijos a un hombre que se ama parece a primera vista acrecentar la soledad, en realidad es todo lo contrario, es unirse al otro en la comprensión de su deseo, en la culminación del sueño, y de esa manera, hasta poder llegar a compartirlo.

Aurora se sonó la nariz, pero cuando la miré no había lágrimas en sus ojos. Puede ser que estuviera resfriada o que se hubiera apresurado a limpiárselas antes de que la viéramos. Recordé su convicción de que un hombre necesita una mujer. Me aterrorizó la certeza, que ahora llegaba casi a palpar. Pero me admiró esa fuerza para no renegar de su identidad y seguir

adelante, cargando obstinadamente con el peso de su destino.

Ademar había fallecido hacía un par de años y René sabía, como Aurora y yo supimos por el tono de su voz, que su presencia era irreemplazable. Pero le quedaban sus palabras dentro de la cabeza, la serenidad con la que aceptaba su destino y el cariño que le brindó. Y cuando la familia con la cual Ademar trabajó durante cuarenta años lo invitaba a almorzar algún domingo, René ni se acordaba de la soledad.

IV

Cuando comenzó a ir nuevamente a la iglesia, tenía dieciocho años. Ya no metía los dedos en los enchufes ni le interesaba tirarse al suelo para ver bombachas, pero había días en los que la depresión no lo dejaba levantarse de la cama ni comer y otros en los que pasaba la noche fuera de casa deambulando: alguna vez salía para el Centro, bien vestido, recién duchado, ilusionado, buscando encontrar algo, aunque no podía formular qué era, pero terminaba sentado solo en una plaza, llorando a moco tendido protegido de las miradas por la negra sombra de algún árbol, y cuando se hacía muy tarde o ya le había entrado el frío de la madrugada en los huesos, volvía a Paso Molino, caminando, impulsado por el empuje de cada sollozo.

Su madre lo consultó con el padre, pero él sólo respondió: "Si está loco, que lo internen". Entonces, como siempre había hecho, tomó la decisión sola y salió a buscar una iglesia. Y Dios la estaba esperando a la vuelta de la esquina. Porque esa misma mañana en la que decidió hacerlo, agarró sus chismosas y se fue a la feria, y allí encontró al misionero norteamericano repartiendo folletos con un mensaje de fe y esperanza, invitando a una iglesia nueva en Belvedere. Ella lo vio de pie en medio del gentío de la feria, los puesteros gritando las ofertas, el chirrido de las ruedas de los carros de las señoras, el pavimento tapizado de trozos de verduras reventadas. Pero este hombre, sencillamente ataviado, los ojos de un azul pálido, su sonrisa encantadora al entregar el volante y la dulzura de su acento extranjero, le pareció muy por encima de este mundo; era inmaterial, brillante como la luz de la mañana. Y esa misma tarde, con el folleto en mano, ella fue a la iglesia. Él poco sabía de los movimientos de su madre. Era consciente de que ella iba a algún culto religioso, pero no tenía idea adónde, ni siquiera cuánto tiempo estaba fuera de la casa, tan espeso era el velo de confusión a través del cual miraba los aconteceres diarios. Sólo sabía, y no era poco, que ella volvía con un aire fresco en derredor, como si la acompañaran un centenar de pájaros invisibles; que llegaba con la sonrisa más fácil y las respuestas más dulces. Apenas lo notó las primeras veces, pero poco a poco su placidez le fue haciendo mella y un día le preguntó, sin rodeos, qué la estaba haciendo tan feliz. Ella le habló de ese lugar donde se encontraba con Jesucristo, donde se perdonaban todos los pecados y los problemas terrenales se hacían pueriles. Lo invitó a acompañarla, y él, caído en un pozo tan profundo que ya ni siquiera pedía auxilio, dijo que sí.

Tormenta

Tormenta era la intelectual de ATRU y disfrutaba siéndolo. Ese era para mí su mayor atractivo, porque daba placer conversar con ella, de sus idas y venidas, y encontrarla siempre tan orgullosa, tan contenta.

Nunca la había visto en la sede, tal vez porque le avergonzaba que la vieran entrar y salir de allí. Lo que a ella le interesaba era pasar inadvertida. Y lo había logrado: Tormenta era una señora, discreta en el vestir y el hablar, dueña de una casa y con un marido tradicional, de esos a los que hay que comprarles la ropa y ponerles el calzoncillo limpio sobre la cama cuando salen de la ducha. Tormenta era el alias de su época oscura, cuando tras haber culminado su metamorfosis, había salido a alardear su nueva identidad con un nombre que estaba a la altura de la forma en la que se sentía: poderosa, avasallante, capaz de dejar en escombros la vida que un hombre había tardado tantos años en construir, igual que una tempestad. Ahora no se hace llamar así, ese nombre no es digno de una señora como ella. Ahora se hace llamar Antonia. Pero Aurora y Karin le dicen Tormenta, porque la conocen desde los albores.

"A mí no me vengas con la señora Antonia, que somos pocas y nos conocemos", me había dicho Karin cuando le hablé, perplejo, del nuevo nombre de Tormenta. "Ya no sabe qué inventar para sobresalir".

Conocí a Tormenta en su propia casa, un viejo caserón parecido al de la ONG de Paz y a la sede de ATRU, pero esta vez en pleno Centro, con laberínticos pasillos de habitaciones que no se acaban nunca, techos tan altos que parecen tocar el cielo, claraboyas de vitrales, galerías laterales flanqueadas por vidrieras, escaleras de mármol y unas puertas de cedro, de dos hojas, dignas de un rey y su séquito. Curiosamente, si bien yo siempre había admirado este tipo de residencias desde afuera, jamás había entrado en una, de la misma manera que nunca había visto de cerca a un travesti, y ahora me acercaba a ellos de una forma que cualquier hombre podría considerar como una amenaza; al igual que en las casas, yo me había adentrado por primera vez en las vidas de estas personas.

La majestuosidad de esas casonas sí es cosa de otra época, porque el mantenimiento de semejantes colosos habitualmente no concuerda con la posición económica de los actuales dueños, en general personas comunes, como Tormenta, que muchas veces utilizan las habitaciones como pensión. Lo recaudado a duras penas alcanza para vivir y pagar los gastos de edificios tan grandes, por lo que el aspecto estético siempre queda para mejores tiempos que nunca llegan. Por eso la casa de Tormenta estaba en permanente obra, con rústicos andamios colocados cada vez en diferentes sitios, pero las paredes seguían siempre apenas revocadas, prometiendo un color y una textura que nunca lograban, como una señora que siempre llevara ruleros y máscaras embellecedoras, pero nunca se vistiera de fiesta.

Cuando conocí a Tormenta, ella estaba a punto de viajar a un congreso internacional sobre sida en Barcelona e iba a presentar una ponencia, cuyo *abstract* debía publicarse en inglés en el programa. Aurora le comentó que ahora ATRU contaba con un traductor, y ella, que jamás pisaba la oficina, me mandó preguntar si me resultaba muy inconveniente ir a buscar el material a su casa. No quedaba lejos de la facultad, así que acepté ir una tardecita antes de una clase.

Tormenta deseaba pasar inadvertida y era asombrosa la medida en la que lo había logrado. Nunca olvidaré el momento en el que la monumental puerta se abrió y allí apareció una señora muy cautamente arreglada, con el maquillaje apenas necesario, un vestido que disimulaba con

pudor las formas voluptuosas, y un largo pelo cobrizo recogido en una cola de caballo, no como un peinado bien pensado, sino que daba la impresión de que la hacía sentir más cómoda.

—¿Tormenta? —pregunté tentativamente, porque no podía estar seguro de que fuera mujer o travesti.

—La misma. Y vos debés de ser Gabriel.

Creo que nos adoramos desde el primer momento. Ella estaba encantada de tener un traductor en su casa porque eso la hacía sentirse importante. Para hacer hincapié en la trascendencia de mi visita me agasajaba con la mayor deferencia, lo cual me hacía sentir muy bien. Una simbiosis perfecta, podría decirse.

Pasamos a una especie de *living*-comedor cuya enorme ventana de postigos daba a la calle Mercedes, y señaló para que me sentara una enorme *bergère* de colores desvaídos por el tiempo que le daban incluso más nobleza.

Me contó que no era uruguaya, sino argentina, de Rosario de Santa Fe. Las vueltas de la vida la habían traído hasta Montevideo y así se había relacionado con la organización. Me habló de su trayectoria en ATRU. Ella había sido la primera presidenta y eso la hacía sentir orgullosa. Me habló de los congresos en los que había participado –en Río, Santiago de Chile, Buenos Aires– y de los cursos de especialización para capacitar en salud e higiene a otros travestis. Me habló de lo significativo que era todo eso y del poco apoyo que recibían del gobierno. Todos aquellos pasajes, estadías, viáticos, habían sido financiados por fundaciones comprometidas con la causa anti-sida. El tiempo que dedicaba era puramente honorario, pero ella sabía que si no lo hacía, habría un par de manos menos entre las pocas que trabajaban pensando en el futuro de las travestis, y tenía la ilusión de ir dejando un mundo en el que la situación de quienes estaban en su misma condición fuera un poco mejor a como ella la había encontrado.

Me mostró su ponencia, que esencialmente trataba de información sobre ATRU, sus propósitos y la situación del país respecto a las enfermedades de transmisión sexual, números, prevención, carencias. Lo que ella necesitaba traducir al inglés era sólo un resumen que ya había redactado, pero de todas maneras quiso entregarme la ponencia completa para que yo le diera mi opinión acerca de la relevancia del *abstract*. El párrafo tenía unas cien palabras y yo podía hacérselo en veinte minutos, pero ella insistió en que me llevara todo y volviera, porque igual quería hablar conmigo de “otro tema”.

—Vos también sos profesor de inglés, ¿verdad?

—Sí, y no “también”, sino que es lo que realmente soy.

—Bueno, cuando vengas con el resumen traducido, quiero volver a conversar contigo, porque estoy necesitando aprender un poco de inglés. En los congresos se usa mucho y no puedo seguir dependiendo de otros.

Acordamos que yo pensaría cuál podría ser el régimen de carga horaria, el cronograma de clases y el precio, y se lo diría la próxima reunión.

Así fue como me hice de un nuevo empleo. Empecé a ver a Tormenta todos los martes y jueves de seis a siete de la tarde. No me pagaba mucho –como era mi estigma en este trabajo– pero yo la había ubicado un rato antes de una materia en facultad, así ocupaba una hora muerta y con eso pagaba, por lo menos, los boletos y poco más.

Nos hicimos amigos. Porque a la vez que le enseñaba inglés, ella dejaba filtrar opiniones, comportamientos y gestos que me demostraban la clase de persona que era y me daban la oportunidad de demostrarle también quién era yo. Así me convertí en confidente de Tormenta, que me contó su vida entera en esos ratos en que yo llegaba antes de las seis, cuando

prolongábamos la clase porque la mía de facultad se había suspendido o en algunos recreos que me pedía con el pretexto de que le dolía la cabeza. En realidad, siempre creí que lo que quería era conversar. Supe de sus sueños, su extracción social, sus orígenes y su educación superior que era el factor determinante de que Tormenta fuera quien era.

Su madre había perdido el embarazo avanzado de una nena y Tormenta nació a menos de un año de eso, así que puede decirse que vino a sustituirla. Como si el almita hubiera reencarnado en su cuerpo, Tormenta, con el nombre original de Antonio, nació con genitales masculinos pero desde que tenía memoria se había sentido una niña. Empezando por la túnica recta de varón, que detestaba, pues soñaba con llevar una tableada, como si desde entonces entreviera su destino.

A los diecisiete años, ya se había acostumbrado a sentir cosas que no se esperaban de él. No hablaba con nadie y, si bien de esa manera no podía impedir que se le considerara un bicho raro, al menos lograba pasar inadvertido.

Sólo se sentía bien en las fiestas que organizaba Juan Pablo, donde todos sabían bien quiénes eran, y el joven Antonio podía no sólo dejar de fingir, sino revelar esa esencia suya de mujer, que en la vida cotidiana permanecía oculta como el carozo de una fruta. A Juan Pablo lo había conocido una tarde en una plaza del Centro, donde coincidieron en uno de los típicos bancos de madera y hierro, en el que Antonio se había sentado a leer una revista y el otro a fumar un cigarro. Se habían caído bien; Juan Pablo estaba esperando a un grupo de amigos *gay* –como él– para ir a tomar algo, y cuando llegaron presentó a Antonio y lo llevaron con ellos, como si se hubieran conocido de toda la vida. Después de eso vinieron las fiestas, los "asaltos" como se les decía en esa época. Los hacía Juan Pablo en su casa, pues sus padres eran de los pocos que conocían perfectamente las características de su hijo y, aun así, lo trataban con devoción. No es que a los demás no les demostraran el mismo amor, pero les dolía ese aire de resignación que se percibía en sus familias, como si hubieran sufrido un irremediable fracaso. La casa de Juan Pablo, no obstante, en las noches de sábado se llenaba de música. Temprano en la tarde, la madre les dejaba contra la pared de la sala de estar los caballetes y las maderas para armar todas las mesas que quisieran, y sobre una silla ponía dobladitos y almidonados sus manteles más lindos, que ellos, dependiendo de la cantidad de gente que fuera, usaban o no. También colaboraba siempre con una pastafrola deliciosa, que quienes la conocían de más tiempo decían era su especialidad, y a la hora del comienzo de la fiesta se cambiaba las chinelas por los zapatos de vestir, para entrar al salón y darles un beso a cada uno.

Los invitados eran muy diferentes entre sí pero tenían en común la tolerancia, las ganas de divertirse sin mirar al costado y la sonrisa en el rostro que regalaban a todo el mundo por igual. Había entre ellos muchachos *gay* de diferentes edades y estilos, hermanas y amigas, algunas de ellas con sus respectivos novios y nunca faltaban un par de chicas simpáticas que conversaban alegremente con todo el mundo, pero que en los momentos de música romántica se replegaban en un rincón, una sentada en las rodillas de la otra, acariciándose el pelo y besándose fugazmente.

Comenzaba la década *disco*, muchos y muchas usaban plataformas y pantalones anchísimos, bailaban al ritmo de todo tipo de música, desde cumbias hasta Donna Summer, comían y tomaban lo que habían llevado entre todos, y también parloteaban desordenadamente sentados en las sillas que la madre de Juan Pablo había dispuesto contra la pared.

No podían ser diferentes a como eran, porque eso era lo que eran, pero sí podían ser más felices en un contexto que no los señalara, y eso ofrecían los asaltos en lo de Juan Pablo donde,

como en una dimensión paralela, confluían todas las personas que en la ciudad común y rutinaria de los días de oficina no encontraban lugar sin simular.

Después de las diez de la noche comenzaba el *show*. Lo había concebido un jovencito del grupo al que llamaban Paco, que era hijo de andaluces y de chico había acompañado sin falta a los viejos a las fiestas de sus paisanos que vivían en Rosario. Una de esas noches, en la que agotados de agitarse se habían sentado juntos al borde de la improvisada pista de baile, el Paco le había confesado a Antonio su clandestina fascinación por los trajes femeninos de flamenco, que se entallaban al cuerpo como constriñéndolo con austeridad y, justo antes de terminarse, a dos palmos del suelo, lo soltaban para regalarse un soñado paraíso de sinuosos bucles, como en la cresta de una ola. Decía que su vida sería tal vez como ese traje, restringiendo la verdadera índole de su ser mientras fuera necesario y llegando, en alguna edad avanzada que todavía no podía determinar, a perder tranquilamente la compostura y hacer aquello que su corazón reclamaba. Antonio le sugirió que no era necesario esperar tanto, que allí todos podían mostrarse como querían, y el Paco no necesitó más; a la siguiente reunión llegó cargando una enorme bolsa y le hizo al pasar una guiñada y un gesto que le decía que lo esperaba en el baño. Antonio estaba ayudando a disponer los vasos, las gaseosas y el vino sobre la mesa y en cuanto terminó fue a buscarlo al baño. El Paco abrió un resquicio de la puerta.

—Ah, sos vos —dijo—, pasá, pasá. Justo para ayudarme a terminar de subir el cierre.

Antonio entró y quedó encandilado por la hermosísima extravagancia que encontró frente a sí. El Paco sonreía de oreja a oreja, enfundado en un vestido rojo con lunares negros que le ceñía el cuerpo como un guante y venía a descomponerse en un sinfín de apretados volados blancos.

—Gracias a vos —dijo—; tenías razón, acá, entre ustedes, me puedo sacar las ganas.

Todavía sin habla, perturbado por ese ser visualmente ambiguo, Antonio lo ayudó a cerrarse la espalda del vestido y se quedó allí por largos minutos, mientras él, o ella, se maquillaba con un entusiasmo infantil, sacando los implementos de belleza de un *necessaire* capitoneado flamante, evidentemente sin uso, pero con un tinte amarillento en algunas zonas blancas del estampado que revelaba que había estado escondido en la penumbra de algún cajón, desde hacía años.

Así salió, entre la gente, coronado por una larga peluca renegrida; en el tocadiscos puso un disco de vinilo de una música flamenca que sonaba conocida y se paró en medio de todos a revolotear la falda, a girar las muñecas con ese garbo andaluz, a tomar de la mano y sacar a bailar a los amigos. La fiesta se animó tanto a partir de ese momento, que todos siguieron bailando hasta que les dolieron los pies, y el Paco, que siempre había sido un muchachito apagado, acomplejado, pasó a ser el centro de la fiesta.

Para Antonio, fue la revelación de su vida. Para la reunión siguiente ya se había hecho de un vestido de rumbera que su prima tenía hacía años en el ropero, desde una tradicional fiesta de fin de cursos. Esa noche fueron dos los que se pintaron los ojos y los labios y se pusieron la peluca en el baño con la misma fruición pueril. Fue un momento mágico, en el que se cumplió el sueño de poder ser y hacer lo que días antes había sido sólo una quimera.

Así institucionalizaron el *show*. A las diez de la noche, el Paco salía a hacer de las suyas como bailarina flamenca y no sólo animaba al resto de la concurrencia a bailar, sino que dictaba clases enseñando algunos pasos que todos copiaban en fila como coristas de un musical.

Después venía Antonio, y su vestido amarillo sacudiéndose al ritmo caribeño, a la altura de las caderas, iluminaba la escena como un sol dorado. Antonio sentía que unas puertas se

abrían en su apariencia triste y gris de varón, dando paso a un interior resplandeciente y triunfante, como si su aspecto diario sólo fuera la fachada venida a menos de una casa que, por dentro, se muestra majestuosa a los invitados. Le gustaba revelar su esplendor. Al fin era feliz.

Fue una de esas noches, durante el *show*, cuando descubrió a Rodrigo. Nunca se lo había visto antes en una fiesta en la casa de Juan Pablo, por eso a Antonio le llamó la atención sobremanera cuando, mientras bailaba, sus ojos por casualidad descansaron un instante en ese desconocido y lo descubrió mirándolo, o mejor dicho mirándola en su rol de mujer, con ese interés delicioso de la fiera al acecho. El corazón casi se le escapa corriendo por la boca y se puso colorada. Para la incipiente Tormenta, Rodrigo era un hombre hecho y derecho, y eso fue lo primero que le impactó. Si bien sólo andaba por los treinta, ella tenía diecisiete y le pareció la madurez en persona. Después, mientras seguía meneando las caderas como una rumbera, reparó, entre vuelta y vuelta, en su cuerpo grande, fornido, y en ese aspecto varonil, a decir de ella "ejecutivo", con el pelo negro bien cortito y el saco *sport* azul marino. No bailaba; sólo la miraba divertido desde su lugar contra la pared, marcando con la barbilla el ritmo de la rumba. Cuando se acabó la danza, fue a su encuentro sosteniendo un vaso como si fuera un trofeo.

"Te felicito, artista", le dijo poniéndole la bebida en la mano. Intercambiaron alguna que otra palabra más y, a la una de la mañana, cuando Antonio tenía de vuelta la camisa y el pantalón y el cutis limpio, Rodrigo se ofreció a llevarlo a casa en su auto.

Así comenzó una especie de tímido noviazgo, en el que se veían varias veces por semana, iban al cine, a tomar algo y, de vez en cuando, intercambiaban algún apretón de manos disimulado por debajo de una mesa. El amor iba poco a poco naciendo en Antonio como el agua que va inundando inexorablemente un bote agrietado; no había cómo detenerlo. Lo aceptaba o se tiraba a nadar, huyendo. Eligió quedarse; quiso ahogarse con él en el regalo perturbador de la pasión. Empezaron de esa manera una relación hermosísima en la que compartían todo. Les gustaban las mismas cosas: Rodrigo era abogado y Antonio estaba a punto de entrar a la Universidad a estudiar abogacía. Disfrutaban las mismas películas, los mismos libros, las mismas caricias. Sólo que, penosamente para Antonio, había que mantenerlo en secreto. Toda la vida de Rodrigo se habría desbarrancado si el mundo hubiera sabido de esta relación.

El problema era que Rodrigo, en realidad, era el importante doctor Ortega. Provenía de una familia reconocida en la ciudad de Rosario y había heredado el estudio de su padre, el renombrado viejo Ortega. Ambos eran admirados y envidiados en los Tribunales y venerados por sus clientes. Todo el mundo los conocía. A nadie se le escapaba la marca de los trajes que Rodrigo Ortega llevaba, comprados en las mejores sastrerías de la ciudad, ni el porte con el que entraba a los Tribunales. Desde hacía pocos meses se presentaba acompañado de su hijo, un jovencito apuesto que le llevaba todos los papeles y le hacía de secretario perfecto, seguramente el siguiente Ortega de la dinastía, y al que todos llamaban "Orteguita *junior*". Era un secreto a voces lo que Rodrigo Ortega le había contado a un íntimo amigo suyo: que ese hijo, tan sólo unos catorce o quince años más joven que él, había sido fruto de una relación ilícita que de adolescente había tenido con la empleada doméstica de su familia y al que, habiendo pasado el tiempo y tras haber madurado sus ideas de señorito bohemio, había decidido reconocer. Si bien Ortega era muy discreto, sus más leales amigos se habían encargado de satisfacer la curiosidad de los colegas, tejiendo la leyenda. Después de todo, no había nada de malo en una aventura de pibe, ni en la reivindicación de un hombre joven, y un chico que valía la pena, que lo ayudaba ejemplarmente y con seguridad seguiría sus pasos.

"¡*Hijo 'e tigre*!", decían por detrás con admiración. "Todavía no se casó, pero ya tiene un

hijo varón para que lo suceda, el Ortega no corre, vuela”.

Era una situación creíble. Sólo que Orteguita *junior* no era el hijo de Rodrigo Ortega, sino Tormenta.

Habían comenzado una relación acalorada, de amores en el asiento de atrás del coche en callejones oscuros; de noches enteras en la cama de Rodrigo en el apartamento donde él vivía solo, despertándose con el sol besándoles los párpados; de regalos; de coincidencias; de sueños compartidos. Cuando Antonio cayó en la cuenta, ya lo había dejado entrar lo suficiente en su vida. Incluso vivían prácticamente juntos; fue Rodrigo quien lo impulsó a seguir estudiando y le dio trabajo como su mano derecha en el estudio. Aparentemente fue la ambigüedad en la que vivió esos largos meses lo que la impulsó a iniciar la metamorfosis.

Dentro del dormitorio, juntos y a solas, eran lo que eran, dos seres que se amaban y admiraban con locura, que se dejaban llevar por los mimos que sus manos comenzaban en las otras manos, en las mejillas, en el pelo, avanzando de a poquito en todas las direcciones porque dejaban de ser las manos y ahora eran los brazos, y la boca, y no se contentaban con las otras manos, ni las mejillas, ni el pelo, sino que descendían delicadamente, como gotas de agua resbalando por un vidrio, hasta consumarse en alegrías que pocas veces en la vida Antonio había sentido. Desnudos, uno frente al otro, nada escondían, nada podían encubrir o mentir, y era como si la naturaleza los hubiera puesto en el mundo para amarse así, como eran, por completo.

Fuera de la intimidad, todo cambiaba. Porque Antonio no era quien era, sino que jugaba un papel de varón que no era el suyo, usaba un apellido que no era el suyo y fingía tener por Rodrigo un tipo de amor que, por supuesto, no era el suyo.

Se obsesionó entonces con crear una instancia en la que pudieran estar fuera de las cuatro paredes de su intimidad y sin embargo mostrarse como eran, manifestando lo que sentían, de la mano, sorprendidos por un beso espontáneo o un abrazo, frente a otros.

Rodrigo no quería admitir el escándalo de amar a otro hombre. De hecho, Antonio no era otro hombre, porque su verdadera esencia se había mostrado, tanto para Rodrigo como para sí mismo, el día en que se habían visto por primera vez, en el que los bamboleos de sus caderas los habían cautivado a ambos.

Entonces urdió el plan. Se compró en una tienda de ropa de fiesta un *soirée* largo de seda negra y lentejuelas que le acariciaba la piel como una brisa y consiguió una peluca castaña oscura corte *carré*. Esa noche, Rodrigo se encontró con este ser que Tormenta es ahora, triunfalmente femenino, la sonrisa exacerbada por la alegría y el carmín, el cabello cayéndole sobre los hombros desnudos, favorablemente delicados gracias a su físico frágil de muchachito espigado, la seda cubriendo todo lo que de masculino podía haber en ella e insinuando lo femíneo, una curva delicada en la cintura, unos muslos alargados. Más que el espejo, la halagó la mirada embelesada de Rodrigo, la intuición de que él sentía, al igual que ella, que había hallado el aspecto que su alma le sugería. Era su completo yo manifestado, como la mariposa al salir de la crisálida. Y la prodigiosa sorpresa estaba en que ella se había sentido tan lejos de ser lo que en realidad quería ser y, sin embargo, la clave estaba tan cerca como su propio cuerpo, que no necesitaba más que aderezarse. Podría decirse que estaba al alcance de su mano, pero ni siquiera tan lejos, porque lucir como ella quería estaba sobre su propia piel.

Esa noche fueron a un *night club* de una zona paqueta de la ciudad de Rosario. Sin embargo, no fue un idilio ni un ensueño. El terror que Tormenta tenía de que se descubriera su verdadera identidad hizo sus pasos torpes y su sonrisa tensa. Las miradas de los demás concurrentes le recordaban los ojos brillantes, intimidantes, que de niño había visto dibujados en las

historietas, rodeando en la noche oscura a alguien que se había atrevido a incursionar en la selva. Así eran para Tormenta las miradas de las personas; cada vez que por casualidad se posaban en ella, les atribuía una intención maligna, un centelleo de cazador de brujas que la paralizaba. Rodrigo adivinaba los espasmos en la boca de su estómago, entonces la abrazaba, le cobijaba el rostro en el hueco de su cuello y le musitaba al oído:

—No te preocupes más, mi amor, nadie nos conoce aquí, no te están estudiando, cuando te miran no te ven a vos, ven a una mujer más bailando con un hombre más. Pasamos inadvertidos, ¿no era este nuestro sueño?

Y ella sonreía, agradecida y aliviada, pero al volver la mirada a la gente, otra vez una náusea le subía a la garganta.

No desistió, a pesar de todo, y llegaron a casa a las tres de la mañana. Ella estaba orgullosa de su valentía y se sentía afortunada por la apariencia que había logrado moldear. Esa madrugada, el amor que hicieron brotó de ellos más espontáneo, más instintivo, más alegre. Al fin, la forma y el contenido se habían hallado.

De día, Antonio seguía siendo Orteguita *junior*. Los demás abogados lo tenían por un muchachito tímido, que cada vez que había alguna comilona en la casa de alguno de ellos, a la que todos llevaban a sus hijos, disparaba justo antes de que se armara un partido de fútbol en el jardín. Una noche en la que se juntaron a cenar, los jóvenes habían ideado salir a bailar. Tanto insistieron en que Antonio debía ir y tanto amenazaron con una "morta" si esta vez se negaba, que tuvo que enfermarse del hígado. No fue una actuación; realmente sintió esa repugnancia que se prende del abdomen como una garra, y Rodrigo tuvo que llevarlo a casa, disculpándose ambos de la fatalidad de no poder salir de jarana con ellos. Vomitó un par de veces en casa, pero no se estaba desembarazando de una comida exagerada, como podía parecer, sino de un fardo mucho más molesto, que no sólo le indisponía el estómago, sino toda su capacidad para vivir. No era sólo la clandestinidad de su amor, sino de su completa forma de ser, de lo que quería ver cuando se miraba al espejo y no veía, del verdadero nombre con el que le habría gustado que la gente lo llamase, del trato genérico que su sentir reclamaba a gritos. Un entorno desencajado con su existencia, eso era lo que vomitaba Antonio encerrado en el baño, con lágrimas y gritos sofocados y tirones frenéticos del cabello, mientras Rodrigo preguntaba desde detrás de la puerta: "¿Estás bien, corazón?", pero Antonio no contestaba, porque Rodrigo era también su enemigo; era por él que había tenido que montar esa segunda identidad falsa. El hijo de qué abogado de la alta sociedad iba a ser, si en su casa se laburaba y se contaban los pesos para cada litro de leche y cada pedazo de pan; de qué aventura ilícita, si su mamá había sido siempre una santa, tanto que hasta se había bancado que Antonio le contara toda esa tramoya que ensuciaba la memoria de la relación hermosa que ella había tenido con su marido fallecido, y no dijo nada. Qué *hijo 'e tigre* ni ocho cuartos, era un cobarde que no era capaz de mostrarle al mundo que era más feliz con Antonio de lo que había sido en toda su vida. En fin, seguía vomitando y gimiendo en el baño, y Rodrigo, que comprendía, seguía preguntando detrás de la puerta cerrada con la voz cada vez más vacilante.

Ese día pasó, y también muchos otros, y Antonio siguió viviendo, gozando el amor y sobrellevando su oculta calidad de eterno fugitivo.

En ese tiempo llegó a conocer a todos los Ortega, con sus autos flamantes, los trajes de los hermanos confeccionados por sastres y las pieles de la madre. Lo acogieron bien; Antonio venía a ser el íntimo amigo de Rodrigo a pesar de la diferencia de edad porque, según éste había explicado, era un buen secretario, le interesaba el Derecho, en lo que Rodrigo quería ayudarlo, y además era una persona inteligente y excelente, con la que podía conversar sobre

más cosas que con cualquiera de sus colegas de la misma edad. Todo era cierto, todo, sólo que se omitía el dato de sus pieles más íntimas en contacto febril en cuanto se quedaban solos.

Seguían yendo a bailar a *night clubs* e incluso a confiterías donde había más luz y menos gente, pero nunca tuvieron la desgracia de encontrar a un conocido, e inclusive Tormenta había cruzado inocentes miradas sonrientes frente al espejo del baño de damas con señoras que, como ella, iban a retocarse el maquillaje. Nunca persona alguna pareció notar algo extraño. Estaba bien claro: había encontrado su forma adecuada y, de una vez por todas, el mundo la admitía sin recelo. Mientras no conocieran su verdadera identidad, claro está.

Eso hizo que su cuerpo se convirtiera en una terrible bomba de tiempo. Como un adicto, necesitaba esas instancias en las que se convertía en mujer para sentir que encajaba en el universo, y privado de ellas, caía a menudo en depresiones que le impedían mirarse al espejo para peinarse siquiera, y le daban ganas de llorar al elegir la ropa para un día común de trabajo. No quería ser esa persona que saldría a la calle, como si su verdadero yo tuviera que acompañar en sus tareas a otro ser que se movía en un ámbito sin sentido. Tormenta no quería acompañar a ese muchachito triste a los Tribunales a hacer de secretario e hijo de Rodrigo. Quería quedarse en casa, cocinarle, arreglarse el pelo y ponerse una pollera bien corta para recibirlo cuando volvía del trabajo. Pero cada mañana terminaba conteniendo las lágrimas y lograba ponerse el pantalón de vestir, la camisa y la corbata y una vez más salir al mundo disfrazado de varón.

Nunca pensó en el futuro. Era lógico que algún día tenía que pasar lo que pasó, pero su relación era un idilio eternizado, suspendido en el tiempo y en el espacio, en esa burbuja que habían creado dentro del apartamento. La madre de Rodrigo llegó sin aviso un día en el que Antonio no estaba y, mientras Rodrigo se daba una ducha, ella no se quedó sentada en el *living* con el café que su hijo le había servido, sino que se puso a recorrer todo el lugar como buena madre solícita, tratando de descubrir las necesidades de su hijo y tal vez sorprenderlo en el próximo cumpleaños con el regalo ideal. Descubrió entonces que la cama de plaza y media tenía pantuflas aguardando pies de hombre a ambos lados, y que en un pequeño ropero detrás de la puerta estaba colgada la ropa que ella le conocía al amigo íntimo y secretario de Rodrigo. No necesitó más. Lo acorraló al salir del baño y le hizo admitir todo. Cuando Antonio regresó, se encontró con un bolso empacado con sus pertenencias y un pasaje que la señora misma puso en sus manos, para que se fuera de Rosario.

No sabiendo qué hacer, se fue a lo de su madre a contarle lo ocurrido. Allí se encontró con que ya habían ido a visitarla los hermanos de Rodrigo, preguntando por él y de paso para insultarla con la brutal acusación de la sexualidad de su hijo, como si fuera culpa de la pobre vieja, como si al dañarla a ella de ese modo pudieran volver a juntar los dispersos pedazos de la vida de Rodrigo, ya bastante desarmada, bastante lejos de la imagen que ellos habían soñado que siempre daría.

Tormenta nunca entendió cómo Rodrigo no se les enfrentó, cómo dejó caer sobre ella toda la carga de la relación, cómo agachó la cabeza frente a su madre y le permitió comprar ese pasaje con el que ellos, dueños tácitos de la ciudad, desterraban a Antonio, un ciudadano indigno.

Me confió que ya no se lo preguntaba más. Porque después de eso terminó sola en Buenos Aires, donde acabó de transformarse en Tormenta. Regaló todas sus prendas masculinas y sólo llenó el guardarropa de preciosuras con espacios para pechos opulentos. Orteguita *junior* moría para siempre. Pero Tormenta estaba convencida de que esa etapa de su vida, con toda su opresión, fue lo que la impulsó a llegar a ser quien es, quien siempre fue aunque no se notara

por un error de envase.

* * * *

Entre explicaciones extenuantes del *do* y el *does*, la terrible *s* de la tercera persona y la forma interrogativa, volví, como me había pasado con Paz, a aprender más de la vida que lo que podía darle a mi alumna. Qué podía enseñarle yo a una persona que lo había visto todo, el apremio, el desarraigo, el amor, el cumplimiento de un sueño a toda costa. ¿Un idioma para que se manejara un poco mejor en un congreso? Casi parecía cómico.

V

Nunca se atrevió a preguntar qué pensaban de él los fieles en esos primeros días que asistió al culto, ni siquiera cuando entró en confianza y se convirtió en uno más, orando y cantando juntos, bromeando en el atrio antes y después del servicio. Nunca se animó a preguntarles qué habían visto en él, porque si era similar a lo que él mismo veía, no iba a gustarle saberlo. Debió parecerles un desquiciado. Recuerda que se sentó en la última fila de bancos, con el pelo largo y grasiento pues ya no se ocupaba de su propio decoro. Observaba el local de la iglesia, ese prisma blanco colmado de sillas y el altar delante, simple, cubierto con un mantel también blanco, todo luminoso, como si Dios lo estuviera señalando. Lo escudriñaba todo, como esperando ver surgir de algún rincón, de improviso, la respuesta a todas sus preguntas. Apenas escuchó lo que se decía, y la tensión nerviosa hizo que no quisiera volver hasta una semana más tarde. Pero después de dos o tres veces, floreció como un páramo en la temporada de lluvias. Volvió cada día y, superado el primer impacto, la gente se le acercaba, le sonreía, lo escuchaba y le contaba sus vivencias similares de desesperanza y desamparo.

La vida comenzó a organizarse. Ya no se sentía sin nada que hacer. Se cortó el cabello y retomó su aseo personal. En su casa oraba, leía la Biblia y por las tardes, todos los días, asistía al culto. Volvió a ceñirse a horarios, a ponerse metas a cumplir, en especial con la Biblia, que se propuso leer en una determinada cantidad de meses. Allí encontraría todo lo que puede haber de virtuoso en el mundo. Se evadiría con ella de los sentimientos impuros que florecían cada vez que se le cruzaba la mirada insinuante de un hombre o un torso descubierto laqueado de sudor. La Biblia le daría el asidero que necesitaba para no desbarrancarse.

Fernanda

Empezaba el mes de setiembre. Al finalizar las vacaciones de verano en el hemisferio Norte, el doctor Stirling volvió a escribir, esta vez solicitando el contenido de los talleres de consejería que se dictaban en ATRU para los socios. A raíz de eso, le pedí a Aurora que me preparara el material que trataba en las charlas para que yo lo tradujera, y que a la vez redactara un par de párrafos acerca del régimen de los talleres: carga horaria, número de participantes y otros datos que ella creyera que a los yanquis les podrían interesar. Su rostro se ensombreció apenas, como si la tarea que le estaba encomendando superara su capacidad o sus fuerzas. Entonces se le ocurrió una idea:

"¿Por qué no venís vos mismo a las charlas y le ponés al Estirlin ese lo que te parezca mejor? Además, no te vendría nada mal aprender algo de profilaxis…", y se rio con picardía.

Así quedé invitado a los talleres de consejería de ATRU. Aurora tenía razón. No me venía mal enterarme de algunas cosas, a mí, que de sexo sabía poco y nada. Por decirlo en pocas palabras y de manera sencilla, aún era virgen. Pero esa es otra historia. Lo cierto es que me moría de curiosidad por conocer los temas que se trataban allí. Compré una cuadernola que dividí en dos partes: una para los apuntes formales que más tarde traduciría y la segunda para mis propias anotaciones, que por el momento no podía prever a qué se referirían. El pecho me burbujeaba con la impaciencia del primer taller, que no llegaba nunca.

Ese miércoles amaneció con una tormenta eléctrica que no cedió con el correr de las horas. El taller de consejería comenzaba a la una de la tarde, y eran las doce y cuarto cuando yo estaba terminando de almorzar en la cocina de la academia, mirando la lluvia sacudirse como sucesivas cortinas de nailon ocultando el patio.

—¿Se hará? —preguntó Leonor, asomando la cabeza en la cocina.

Yo ya estaba cerrando el *tupper* vacío donde minutos antes había estado la porción de pascualina de mi madre, y me puse a lavar la manzana, roja, gigantesca, sin dejar de mirar por la ventana, como hipnotizado, la madreselva del muro que temblaba con violencia bajo el azote de la lluvia. No quería ni escuchar hablar de que se suspendiera. Había esperado una semana y media por esta charla.

—No creo que se suspenda —le dije—. ¿Tendrás un paraguas para prestarme?

Leonor se rio, comprendiendo tal vez mi ansiedad. Pero no comentó nada, porque era mujer. Si hubiera sido un hombre, no quiero ni imaginar las groserías que me habría dicho. Pero ella era agradable. Buscó en la sala uno de esos paraguas que siempre había, con las varillas quebradas, que los estudiantes dejaban sistemáticamente olvidados en el paragüero. Había uno solo, con un diseño de rombos celestes y violetas, que agarré agradecido.

"Ese paraguas les va a gustar a tus amigas", dijo. Era la primera vez que la oía haciendo un chiste sobre mis travestis. No supe qué decirle, así que sonreí y me lancé a la calle con la campera de nailon y el paraguas jugando con rebeldía en mis manos. ¡Qué día! Esperaba de corazón que la charla no se suspendiera.

Llegué con el pelo y los pies un poco mojados, pero gracias al paraguas y a la campera el resto de mi cuerpo estaba seco. Batí mis palmas en el zaguán de la escalera de mármol, y esta vez el sonido salió acompañado por un chasquear de varillas desbaratadas. Me gustó ese sonido; era una llamada nueva, que rompía la monotonía de las decenas de llamadas que yo mismo había hecho. Karin bajó la escalera como un rayo y abrió la reja.

—¡Pero, mi amor! ¡Te animaste a venir con esta lluvia! ¡Aurora! ¡Vení a ver quién vino!

—y me empujaba escaleras arriba.

—No se suspendió, ¿verdad? —pregunté.

—Y no, no, cómo se va a suspender. El tema ahora es ver quién se anima a salir con esta tormenta. Mirá, ya es la una y cinco y sólo estás vos y la Fernanda. Se empapó la pobre. Aurora le está haciendo un tecito. Pero a vos te veo bastante sequito, ¿eh?

Así me condujo hasta la salita de ATRU, donde en el centro de un pequeño anfiteatro improvisado, estaba sentada Fernanda. Tenía el pelo platinado y corto, pegado al rostro, achatado y en desorden, por el ataque reciente de la lluvia. Llevaba una camiseta blanca de manga larga con lamparones de agua y unos vaqueros que, a centímetros de las botas de lluvia, se habían adornado con una guarda oscura de barro. Me sonrió sin entusiasmo, como si entre sus dientes apretados aguantara la rabia del aguacero para no descargarla contra el primer inocente.

—Te dije que se nos había empapado la Fernanda —y nos presentó—. Pero sentate, che, sentate.

Nos quedamos solos Fernanda y yo. El ruido de la lluvia era lo único que llenaba el vacío entre nosotros. Entonces aventuró:

—¿Y vos? ¿Venís de parte de la comunidad *gay*?

Aurora contestó por mí.

—No me lo intimides al muchacho, que no es *gay* ni nada por el estilo. Es nuestro traductor —traía una taza de té humeante.

El semblante de Fernanda evidenció su perplejidad.

—¿Traductor?

—Sí, traductor de inglés, de las cosas que mandamos para Estados Unidos. ¿Vos qué te pensabas, que ATRU era una cosa así no más? —respondió burlonamente—. No, señorita, ATRU se mueve en círculos de influencia…

Dejó la taza de té en las manos de la desconcertada Fernanda y volvió a irse por el corredor. Volvimos a quedarnos solos, pero entonces ya teníamos un tema de conversación.

Le sonreí, para quitarme de encima toda la importancia que Aurora, si bien medio en broma, me había atribuido. Y le hablé sobre mis actividades en ATRU, que ella escuchó con curiosidad. Le conté cómo había llegado hasta Aurora y Karin, por medio de Paz, y acerca de los documentos que traducía. Ella me miraba entre estornudos y sorbos de té caliente, con unos ojos que se le iban apagando poco a poco como cristales empañados. Definitivamente, se estaba engripando.

Al final, la charla debió suspenderse por falta de quórum, pero igual dieron un resumen por respeto a Fernanda y a mí que valientemente habíamos asistido. Esa primera charla era sobre enfermedades de transmisión sexual. Me enteré de los síntomas y las definiciones de varias dolencias que apenas había escuchado nombrar. Me interesaban, sobre todo, las vías de contagio y me divertía en mi fuero íntimo pensar en los tipos de sexo –oral, anal, genital– que ellas mencionaban. Imaginaba las posturas y una tibia vehemencia ponía en guardia mis intimidades.

A los dos días volví a ATRU a mostrar el párrafo que había escrito sobre la charla. Aurora quedó conforme: “Como siempre, todo lo que ponés está bien. Traducilo no más”.

Aurora estaba atareada ese día. Había estado toda la mañana entregando canastas que habían llegado muy temprano. Las socias de ATRU debían acercarse al local a retirar su canasta, o enviar un familiar, y casi todas lo hacían el mismo día en que llegaban, pues siempre la estaban esperando. También estaba preocupada.

—Fernanda, esta chiquilina, che, llamó diciendo que está en cama. Del otro día, se agarró flor de gripe. No va a poder trabajar por varios días, y sé que andaba corta de víveres. Acá hay una canasta de más, que mandaron por error, pero habría que llevársela y es un lío, porque vive por allá por Colón.

—¿Vive en Colón? —pregunté con interés.

—Sí, pero en la zona rural, digamos en el medio del campo. Ni siquiera llegan ómnibus, hay que caminar como puta.

—Yo voy mañana a Colón.

Los ojos negros de Aurora se agrandaron.

—¿A qué?

—Voy a ver a mi abuela, que vive ahí. No en el medio del campo, pero como voy a pasar la tarde, no tengo problema en caminar como puta —me reí—. Yo puedo llevarle a Fernanda la canasta.

Aurora se alegró. Su solidaridad la había llevado muchas veces hasta la puerta de varias travestis para entregar los surtidos que no podían ser retirados. Pero esta vez, esa incursión a la punta opuesta de la ciudad le habría significado el sacrificio de medio día.

Así me adentré, antes de ir a lo de mi abuela, en los caminos rurales del barrio Colón. El ómnibus dejó atrás la Avenida Garzón arbolada y llena de gente, movediza como un hormiguero en primavera, con las hermosas casas y chalets asomando desde el fondo de las calles laterales. Me bajé donde los árboles escaseaban y el sol de la temprana tarde daba de lleno sobre los techos pelados, de planchada de hormigón, y los jardines delimitados por alambrados de gallinero. Cargaba, pasándola de una mano a la otra, la bolsa llena de comestibles. Caminé entre yuyos y calles de tierra, crucé la vía del tren y llegué a la diminuta callecita Esperanza, que no aparecía en los planos de Montevideo, como si la ciudad se negara a admitir algo de esperanza en aquella zona tan humilde. Sin embargo, la calle tenía una personalidad muy definida, como en el croquis que Aurora me había garabateado en un pedazo de papel cualquiera.

Era una casita sencilla, de cemento sin revestimiento y un jardincito colmado de plantas al frente. Por la ventana, tras las rejas geométricas, se veía un fuego ardiendo como una invitación. No hacía tanto frío, pero corría una brisa incómoda por momentos en aquellas áreas descampadas.

Fernanda misma me abrió la puerta. Estaba vestida con un *jogging* estirado y descolorido, como si fuera su ropa de dormir, llevaba el pelo rubio todo alborotado alrededor de la cabeza, y su rostro tenía el color pálido y las ojeras de la gripe. Igual sonreía.

—Pasá, pasá —me dijo—. No te doy un beso para no contagiarte.

Me hizo sentar junto al fuego en un sofá tapizado de grandes flores anticuadas.

—¿Te parece que hace mucho calor? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza.

—Lo que pasa es que ando achuchada y no sé de verdad qué temperatura hace.

Dejé la canasta junto a la mesa ratona que había frente a mí. Me agradeció todo lo efusivamente que pudo con su garganta apagada, como un aparato al que ya hubiera que cambiarle las pilas. Me habló de lo mal que había llegado a la casa ese día después de la charla. De la cama y los antibióticos. De su madre, que vivía con ella, cocinándole y llevándole todo al dormitorio como hacía añares no hacía. De lo anclada que se sentía en aquel barrio cuando llovía o, como ahora, estaba un poco enferma, ya que quedaba tan lejos de todo. De lo sola que se sentía. Y de su amiga Martina, su perpetua compañera, testigo de su transformación –

Fernanda también lo había sido de la suya–, de su abrazo comprensivo, su risa incontenible siempre a flor de labios.

Porque Fernanda, a diferencia de René, no había sentido el peso de la soledad. Porque tuvo la suerte –o quizá fue el destino– de que Martín hubiera nacido también en esa callecita de tierra de la zona rural de Colón, donde en verano es una fiesta escuchar a los grillos y las ranas, con la ventana abierta para que entre la luna a reflejarse en el espejo, y en invierno, cuando llueve, no se puede salir sin botas de goma. Esa callecita que pasa inadvertida, podría decirse que les pertenecía sólo a las dos familias que vivían en ella. Dos casas sencillas casi iguales, tal vez de tanto mirarse una a la otra, como sus familias, donde nacieron dos botijas iguales, uno un par de años después que el otro, pero de las mismas características.

Cuando eran chiquitos sus madres los vestían, como corresponde, con jardineros de *jean*, championes y el pelito bien corto, y comentaban entre ellas: "Con los varones, no hay ropa que aguante".

Pero sí, la ropa aguantaba, porque los niños dejaban la pelota dentro de alguno de los jardincitos y fabricaban muñecas con cartón, palitos y trapos, que de otra forma nunca hubieran tenido. Martín, que era el mayor, ya venía entrenado en las amarguras de tener que procurarse por sí mismo los juguetes más deseados. Por eso siempre era una alegría inmensa tener un muñeco de verdad como Fernando, en esas tardes de domingo en que los padres sacaban al chiquito con sus camiones de juguete al callejón y Martín se asomaba con la carita radiante de ilusión. Entonces le decían: "¿Vos lo cuidás, Martincito?", y él salía del jardín a la calle de tierra, contento como si le hubieran ofrecido un regalo.

A medida que Fernando tuvo más edad y más destreza, Martín le enseñó cómo se hacían cabezas de muñecos con medias rellenas, pelos con lanas sueltas que dejaban tiradas sus madres cuando tejían, cuerpitos de retazos y ojos de lentejas.

Cuando Martín aprendió a leer y comenzaron a regalarle libros de cuentos, se juntaban en el cuarto de alguno de los dos –daba lo mismo– a leer la Cenicienta o la Bella Durmiente. Leía con la voz impostada, como una maestra, y se demoraba en las palabras largas y difíciles, aunque nunca admitió que le costara: decía que leía lento para que Fernando, que era chiquito, entendiera. Pero la velocidad era lo de menos. Lo maravilloso era soñar con esos príncipes que un día, con sólo mirarlos a los ojos, comprenderían lo que había dentro de ellos y los llevarían montados en sus corceles. Ni siquiera era necesario verbalizarlo; llegaban a partes memorables, como aquella en que el zapato entra en el pie de Cenicienta y el príncipe descubre que ese ser aparentemente tosco es en el fondo la princesa que él ama, y a los dos se les escapaban suspiros y miradas soñadoras que no era necesario interpretar.

Un día estaba Fernando solo, en su propio cuarto, cuando oyó la voz de su mamá diciendo:

—Sí, Martincito, Fernando está en el cuarto, pasá, pasá.

Martín venía más callado de lo normal, porque siempre les conversaba a las personas mayores hasta por los codos, pero ese día llegó hasta la pieza sin decir palabra. Fernando escuchó a su mamá preguntar:

—¿Y esa bolsa tan grande?

—Juguetes —respondió Martín, muy cortante para su estilo.

Una vez dentro del cuarto, corrió a sentarse junto a Fernando y abrió la bolsa del misterio.

—¿Y esos vestidos?

—Son visos de mi mamá; son viejos, ya no los usa, así que no se va a dar cuenta. Dale, trancá la puerta que yo soy la Cenicienta y vos una hermanastra.

—¡Ah, no, en mi casa mando yo! —dijo Fernando, que sólo tenía cuatro o cinco años, pero

ya era mandón.

—Entonces no te presto los vestidos.

—Entonces yo soy la Bella Durmiente, y ta que eran amigas y a la fiesta iban juntas.

—¿Y de cuál se enamora el príncipe?

—Hay dos príncipes.

A Martín se le iluminaron los ojos, volcó todo el contenido de la bolsa sobre la cama, y ahí encerrados pasaron la tarde, una de las mejores tardes de su vida, mientras los padres dormían la siesta del domingo.

Cuando llegaron al liceo, en la casa de Fernando se necesitaba plata, así que se puso a buscar trabajo por el barrio. Era por la década de los ochenta; había trabajo y mucho más en el barrio, que era como un mundito propio. El centro de Colón borboteaba de movimiento, y en una mercería necesitaban un cadete, así que ahí llegó Fernando. La verdad es que el trabajo de cadete no le gustaba para nada. Lo que le fascinaba era regresar a la tienda con algún recibo o encargo, y se quedaba embobado mirando las prendas de ropa interior que Sara, la muchacha que atendía, disponía sobre los mostradores –esos de antes, de vidrio por fuera con cajones de madera por dentro–, de donde sacaba los conjuntos en bolsitas pequeñas, y de allí surgían apretaditos los sostenes y las bombachas para, con sus dedos de uñas cuidadas, desplegarlos haciendo mágicamente espumarse el encaje negro, rojo o blanco que se encrespaba como flores. Después de la demostración y de que la clienta optaba por lo que más le sentaba, las prendas quedaban abandonadas sobre el mostrador, sueltas a su antojo, como papeles de regalos ya abiertos, olvidados. Entonces era cuando Fernando se les acercaba, mientras esperaba de pie en la tienda a que se le terminara de cobrar a la señora, y con la punta de los dedos los rozaba para sentir la delicia de la seda resbalosa, del bordado cálido, afelpado. ¡Lo que habría dado por una ropa interior así! Pero no tenía mucho más que un sueldito y a los Reyes, que todavía le dejaban obsequios, por supuesto, nunca podría pedirles algo de eso. Fernando siempre había tenido la firme creencia, o superstición podría decirse, de que aquello que más soñamos en la vida finalmente se realiza, como si nuestra mente efectuara hechizos que, como telarañas, tendieran trampas para atrapar las fantasías por las alas, apenas osaran pasar cerca. Así fue que un sábado de mañana, en la semana del cobro de aguinaldos, cuando Fernando entró, apurado porque se había entretenido por la calle y temía el rezongo, se encontró con un recinto ensombrecido y estrepitoso por un enjambre de mujeres que parecían por alguna insólita razón haberse dado cita todas en la mercería. El tiempo que ya llevaban allí se evidenciaba en que comenzaban a marcar el ritmo de sus corazones con la punta de los zapatos sobre el piso de baldosa, otras tamborileaban las uñas largas sobre el vidrio del mostrador y Sarita tenía una cara de agobio que lo decía todo. La espera de Fernando también iba para largo, entonces, al igual que las señoras, se puso a mirar las bombachas y los sostenes que hoy más que nunca habían quedado sobre el mostrador. Una de las mujeres estaba examinando uno de sus conjuntos favoritos, una tanga color rojo muy chiquita haciendo juego con un sostén del mismo color que se abría con un brochecito por delante, lo que seguramente lo haría de lo más voluptuoso en el momento para el cual había sido diseñado. Fernando no resistió la tentación e intervino, como ya había visto hacer a Sara decenas de veces antes.

—Es de los más lindos conjuntos que se ven. La seda es de primera calidad, y las manos de un hombre pueden acariciarla casi sin darse cuenta de dónde termina la prenda y comienza la piel.

La señora lo miró cautivada, con una semisonrisa. Seguramente le fascinó esa capacidad de hablarle como de mujer a mujer sin hacerla sentir avergonzada y, a la vez, de darle consejos

sobre los hombres como si fuera uno de ellos.
—¿Te parece que este será mi talle?
—Uno menos —le aconsejó.
—Pero mirá que soy gordita, eh…
—Sí, ya la veo perfectamente, y eso de gordita no sé quién se lo metió en la cabeza.
Cuando Sara lo vio haciendo una venta, se le acercó y le preguntó en voz baja si se animaba a cobrarle a la señora y a empaquetarle el conjunto; realmente estaba necesitando una mano.
—¡Encantado! —respondió.
Aquel fue su primer día de vendedora en la tienda. Las clientas hablaron maravillas de Fernando, de su sensibilidad en el trato, de su conocimiento de la ropa, de su habilidad al aconsejarles. Ascendió. Ya no fue más cadete, sino vendedora. Y, según decía sin ninguna modestia, la más solicitada. Un mes más tarde, ya había exigido una túnica para atender como la que usaba Sara. "Pero son de mujer", le había dicho la encargada. Poco tardó en comprender que así era tanto mejor.
Ese verano, vio que Sarita dejaba la ropa por completo en el cuartito donde se cambiaban y sólo usaba la túnica. Sacó entonces en cuotas un conjunto color lila chillón y, al otro día, ya era lo único que llevaba debajo de la túnica, con el busto relleno de algodón y todo. Fue tan feliz en aquella época como pocas veces más adelante. Después del liceo volvía a la casa a comer y salía corriendo para la tienda, donde todos lo querían y lo esperaban con sonrisas, frases cariñosas y guiñadas pícaras. Sus padres estaban contentísimos porque con sólo trece años estudiaba y ya aportaba en casa; era todo un ejemplo de muchacho. Y así se pasaba las tardes jugando a las tiendas, atendiendo a señoras de verdad, que se llevaban prendas de verdad, y hasta le pagaban un sueldo por eso. El segundo conjunto que sacó en cuotas –una monada color negro, con apliques en terciopelo– fue el regalo secreto de cumpleaños para Martín.
Así comenzaron. Cuando Fernando cumplió quince, ya los dos tenían una caja en la parte más profunda de sus respectivos roperos donde atesoraban sus ropas femeninas. A esa altura, habían empezado a salir de noche y esa ropa los acompañaba en sus barrabasadas. A eso de las siete de la tarde, cuando oscurecía, el que salía primero llamaba al otro con un batir de palmas desde la callecita. Iban de vaqueros, camisetas y con camperas encima, para poder ocultar por debajo los atuendos femeninos, que no ocupaban mucho lugar de tan chiquititos y escandalosos. Sus favoritos eran unos pantalones bombilla que les llevaba como una media hora lograr encajar. También tenían minifaldas y *tops* que dejaban el ombligo al aire. Martín se encargaba del maquillaje; había logrado hacerse de una variedad divina de sombras y rubores que cabían todos en un monedero, y Fernando había contribuido con una crema desmaquillante que guardaban en el improvisado *necessaire*. Les decían a sus padres que iban a dar una vuelta por el barrio y marchaban hacia el puente de La Paz, donde había un tremendo movimiento: gente que subía y bajaba de los ómnibus interdepartamentales, otra que iba a despedir o a recibir y los que, aprovechando el movimiento, venían a encontrar programa para la noche. Fernando y Martín iban allí a visitar a sus amigas Anita y Cecilia, dos hermanas mujeres que tenían sus mismas edades, que conocían del liceo y con quienes congeniaban muy bien. Ellas vivían frente a la parada de los ómnibus interdepartamentales, y desde el murito de su casa miraban a la gente subir y bajar, a la misma hora, con sus caras cansadas del final del día, los que llegaban a sus casas o los que partían hacia ellas. Entre esa gente de diferentes edades, ya tenían fichados a unos cuantos muchachos a quienes fulminaban con la mirada, por si acaso. Parecían cuatro mujercitas no más, sentadas sobre el murito y a cuál más linda. Porque

cuando llegaban, ya eran Martina y Fernanda, prontas, bien acicaladas. Es que paraban en una placita que quedaba por el camino, detrás de unos arbustos se quitaban la ropa de varón, que dejaban escondida en una bolsa de nailon dentro de la caseta de un contador de OSE, y quedaban hechas unas tigresas. Después de eso, ya sin ocultarse tanto, debajo de un farol se pintaban con un espejito que guardaban en el *necessaire* de Martina, se alborotaban el pelo que siempre, por disimular, llevaban peinado prolijamente pegado al cuero cabelludo, pero ahora cobraba ondulaciones insospechadas, y salían totalmente transformadas en lo que realmente eran, con la noche como cómplice de su segunda identidad.

Cuando llegaban a la casa de las chiquilinas, ellas ya las esperaban en la ventana y, sin falta, salían corriendo a recibirlas, con esos gritos agudos con que les celebraban la indumentaria, que siempre les parecía divina, audaz, notable, y se morían de envidia porque sus padres no las dejarían nunca lucir tan sensuales. En ese murito pasaban la noche paveando. Con suerte, algún buen mozo se acercaba a conversar y, si manejaban bien los gestos y la mirada, se iban a caminar a solas con el recién llegado; más allá del puente, lejos de los faroles indiscretos, probaban el sabor de sus bocas y, dependiendo de las circunstancias, alguna otra exquisitez.

Nunca llegaban a casa antes de la medianoche, pero los padres no se preocupaban porque volvían juntos, y en aquella época y en aquel barrio, dos varones juntos, aunque fueran jovencitos, jamás habían tenido problemas. En la placita, ya de vuelta, recuperaban su apariencia varonil, con la crema y unos pañuelos de papel se quitaban el maquillaje por completo y volvían tal cual habían salido, sólo que con alguna que otra nueva experiencia que venían cotorreando por el camino, con sus voces exaltadas, los ojos fuera de las órbitas y su risa nerviosa de vírgenes descubriendo el mundo.

Un día en el que Martina llegó primero a la caseta del contador de agua, abrió la puertita de *dolmenit* y le susurró, con una voz inquieta:

—¿Y la ropa? ¡No está!

Fernanda creyó que era una broma, se rio y no le hizo caso, pero al acercarse, también metió la mano en la oscuridad y sólo tanteó el frío metálico del contador de agua. Se miraron.

—¡Nos robaron la ropa!

El ataque de risa que les dio, de puro nervio, fue el más largo y agitado que Fernanda recordaba. Después de un rato de desazón, improvisaron la manera de volver a casa sin que fuera obvia su apariencia de mujeres: primero se limpiaron el maquillaje, ya que por suerte habían llevado el *necessaire* con ellas, después se quitaron los *tops*, que se ataron a la cintura cubriendo las caderas conspicuamente resaltadas, y así se fueron, a las doce de la noche, con una brisa fría que les contracturaba los músculos de la espalda, pero fingiendo ser dos muchachos acalorados que venían de jugar un partido de fútbol. De cualquier manera, como siempre, nadie las vio llegar.

Otra noche Fernanda se entretuvo más de la cuenta con un chico en un rincón escondido. Después Martina le explicó que la había estado buscando, pero como no la vio, y se hacía tarde, se había ido. Fernanda estaba segura de que la encontraría en la plaza, y no fue así; en la caseta estaba hecha un ovillo su propia ropa, pero no la de Martina, y consigo se había llevado el *necessaire*, con el desmaquillante y los pañuelos. Otra vez lo mismo; y no se podía volver a casa con las pestañas negras y engrosadas a lo Liza Minelli, el rubor exagerado para las pobres luces del puente y el lápiz de labios sangre fuego. Junto al contador había una canilla con la que el cuidador de la plaza regaba el césped, y con esa agua gélida Fernanda se lavó la cara, que luego secó, primero refregando la cara contra el pasto, luego con hojas de los arbustos

y dando el golpe de gracia con la remera blanca, que esa noche ella misma tuvo que lavar y colgar. No se hablaron por una semana. Hasta el día de hoy Fernanda sigue creyendo que Martina estaba celosa: a ella esa noche el chico con el que salía la había dejado plantada.

Sin embargo, no resistieron más de una semana de enemistad. Fernanda se sentía perdida. ¿A quién iba a contarle que se había enamorado del panadero? Era el chico que repartía los panes en bicicleta y para estar cerca de él, Fernanda fue a la panadería y se ofreció para trabajar haciendo lo mismo, así se lo cruzaba todos los días, en varios puntos del barrio, y podían charlar como colegas. Martina, que por ese entonces no tenía trabajo, se sumó a la idea, y juntas salían en las dos bicicletas a entregar flautas y bizcochos a lugares insólitos, rincones del barrio que no conocían, por calles de asfalto o metiéndose en el barro hasta los tobillos. Un día se rompió la bicicleta de Fernanda, pero no iba a faltar al trabajo, eso nunca, así que se puso los patines y se fueron a repartir, Martina en la bici con el canastito, Fernanda en los patines, y jugaban carreras.

Pasaron otoños y primaveras. Ninguna de las dos se mudó de barrio ni de casa, y siguieron viviendo con sus respectivos padres. Lo que sí cambió fue que definitivamente optaron por mirar al mundo con rostros de mujeres, pero en la casa de Martina no lo pudieron aceptar. Entonces se mudó a la casa de Fernanda, al mismo cuarto, como si fueran hermanas, ¿acaso no lo eran? En esa misma casa, junto a ella, Martina vivió los últimos años de su vida, porque se enfermó en la primavera del año 2000. Tomaba hormonas para moldear su cuerpo, pero se excedió, y el organismo dijo basta. Estuvo alternadamente en el hospital y en la casa de Fernanda durante los largos meses que duró su enfermedad. Allí tácitamente sellaron su hermandad, porque nadie la cuidó y veló por Martina como lo hizo Fernanda. Martina era el ser que Fernanda más quería. Hasta puede decirse que murió en sus brazos. Esa tarde, le insistía en que le diera un cigarrillo, y Fernanda le decía que no tenía. No era verdad, pero por más piedad que le tuviera, los médicos la habrían linchado si encendían un cigarrillo en pleno CTI.

Murió ese mismo atardecer. Lúcida y sabiendo que Fernanda estaba a su lado, porque sus últimas palabras fueron: “Dale, dame un cigarrillo”.

No fueron palabras ilustres, como las que un escritor elegiría para terminar la vida de un personaje importante, como para ilustrar con ellas la lápida de su tumba. Más bien fueron palabras insignificantes, como había sido su vida en aquel callejoncito llamado Esperanza, donde, sin embargo, Fernanda aprendió que por ser diferente, no necesariamente la caracterizaría por siempre la soledad.

* * * *

Fernanda terminó su relato de la misma manera sencilla en la que lo había contado. Casi podría decirse que no había culminado, que seguiría hablando, por la cadencia de su voz que no había variado. Sólo que se detuvo, encendió un cigarrillo, tosió un poco y se quedó mirándome, como sopesando mi impresión.

—¿Qué? ¿Te pone triste? —me preguntó.

No, no me ponía triste. Me había dejado reflexionando sobre la fatalidad de la vida que, irónicamente, le entrega a alguien un fardo más pesado que el que está preparado para soportar, pero a la vez le pone a su lado un compañero de odisea para que juntos olviden la dureza de su destino y avancen sin preguntas ni reproches. Hay un equilibrio en todo, pensé, o tal vez lo dije en voz alta, ya que Fernanda, que me miraba desde detrás del humo que exhalaba, semisonreía, casi con cariño, asintiendo con la cabeza. Pensé en mi propia soledad, en esa

bendita casualidad que me había hecho llegar hasta ellas y en todo lo que ellas me habían enseñado.

—Hay un equilibrio en todo —repitió Fernanda, imitándome o adivinándome.

Le dejé la canasta y deseándole que se mejorara pronto me fui, bordeando la vía del tren en sentido inverso al que había llegado, adentrándome poco a poco en la zona más urbana de Colón. Mi abuela me esperaba, hacía ya más de una hora, con natilla, como cuando era chico. La abracé y pensé si a ella podría contarle, alguna vez, todo lo que me estaba pasando.

VI

Dos meses más tarde estaba integrado por completo a la congregación. El pastor había sabido franquear sus recelos y el muchacho ya lo consideraba una persona confiable, digna del puesto que ocupaba como guía del rebaño –no en vano se le llamaba "pastor"–. Por eso se decidió a hablarle de lo suyo. Una tarde, antes de comenzar el culto, le dijo que necesitaba verlo en privado y le preguntó si podía recibirlo algún día fuera del servicio. La respuesta del pastor fue más efusiva de lo que había esperado; el rostro se le encendió de entusiasmo. Esa misma tarde podía verlo, si es que podía quedarse. Por supuesto que pudo.

Ese día durante el culto, apenas escuchó lo que se decía. Por su mente daban vueltas las palabras que le diría más tarde al pastor. "Soy homosexual". No, no, eso no reflejaba la verdadera situación. Un homosexual es un hombre que tiene relaciones con hombres. Él era virgen. "Me siento atraído por los hombres". ¿Lo entendería? No quería que interpretara una especie de vocación hacia la filantropía. "No me gustan las mujeres", pero ¿era verdad eso? Si las mujeres eran tan lindas, criaturas perfectas estéticamente hablando, los senos, las caderas, cada cosa colocada donde Dios pensó que sería más útil…

Al final, no le dijo nada de lo que había planeado. Cuando tuvo al pastor ahí delante de sí, sentado como uno más en una silla de feligrés cerca de la suya, de su boca prorrumpieron, atropelladas, quebradas por la emoción de salir a flote, las palabras más apasionadas que alguna vez hubiera dicho. Le habló de las miradas de algunos hombres que se cruzaba por la calle, de las palabras dulces que le habían murmurado, de las cuales le había costado escapar. Le habló de experiencias oníricas, siempre con miembros masculinos, erectos, enormes. Le habló de su virginidad, de su férrea creencia en el Señor y de que, sin embargo, sólo Él no lo llenaba; de sus escapadas a las plazas por las noches buscando el pecado que más deseaba en el mundo y del que siempre, a último momento, lograba huir.

Tormenta II

Cada vez que iba a darle clase de inglés, Tormenta estaba sola. Ella me esperaba pronta, con una pequeña mesa circular colocada junto a una ventana que daba a la calle Mercedes, con dos sillas antiguas, de tapizado raído por el tiempo. Sobre el mantel de hule color verde petróleo, su cuaderno, la fotocopia del libro del curso, un lápiz y una goma. Había muy poca luz en aquella salita, que era una especie de *living* y tenía como únicos muebles la mesa junto a la altísima ventana y una *bergère* custodiada por una lámpara de pie que se inclinaba sobre ella, como queriendo perpetuamente estar al tanto de la lectura de su ocupante. Pero Tormenta descorría el cortinado de la ventana, igualmente antiguo y que alguna vez habría sido suntuoso, y con la luz natural llevábamos adelante la clase.

Cuando me iba, ya se encendían las primeras luces de neón del Centro y comenzaban a cerrar los comercios, pero Tormenta seguía sola, apenas acompañada de vez en cuando por una llamada telefónica o el golpe a la puerta de algún inquilino preguntando una nimiedad sobre el agua caliente o la cerradura que no le funcionaba. Entonces Tormenta me miraba fugazmente, arqueando las cejas, como quejándose de su destino, y se iba detrás del problema por unos minutos para volver pidiendo perdón.

Sólo un par de veces en las que me entretuve un poco más de tiempo con sus relatos y chismes, me crucé en la puerta con un hombre maduro, vestido con un mameluco que alguna vez había sido azul marino, que me saludó con una mirada seria y cortés a la vez, como de alguien confiable, en manos de quien se podría dejar la propia vida.

Tormenta no dijo nada la primera vez que nos cruzamos, pero la segunda me presentó como el profesor de inglés. La clase siguiente me comentó, con una sonrisa que exudaba orgullo, que aquel hombre, que trabajaba entre máquinas vestido de mameluco y volvía al hogar al salir del taller, era su marido desde hacía quince años.

A mí me había parecido un hombre serio, típico mecánico de taller de barrio y, además, atractivo. Me habían quedado grabados en la retina sus ojos de mirada tímida, levemente sonriente, que sospecho habrían interesado a cualquier mujer de más de treinta.

Me fui a la facu y de allí a casa, obsesionado por la capacidad de Tormenta de haber conquistado, para sí y para siempre, a una persona de esa índole. Que un hombre común y corriente, no un pervertido ni un extravagante, hubiera elegido a un travesti para compartir lo cotidiano –que es de lo que más hay en la vida–, para conversar de los sabores agridulces de la jornada y mirar juntos la tele, me perturbaba. Me intrigaban los pormenores del proceso que había llevado a un hombre sencillo, corriente, a elegir como compañera de su vida a Tormenta antes que a una mujer. Me costaba creer que un travesti tuviera tantas posibilidades de llevar una vida feliz como una persona común. La verdad, para ser sincero, es que esa perspectiva me ilusionó con la certeza de que nada en el mundo era imposible, si uno era capaz de encarar con autenticidad cada proyecto de vida. Tenía que preguntarle a Tormenta sobre la génesis de esa relación, sumergirme en ella y desentrañar la clave de su éxito. Yo también quería llegar a ser feliz, contra todos mis escollos. Se convirtió casi en vital para mí saber cómo. Pero, ¿con qué pretexto podría preguntarle algo tan íntimo?

Así un día, al comienzo de la clase, midiendo las posibilidades de Tormenta de expresarse en inglés y tras haberle dado una lista de verbos en infinitivo y su correspondiente pasado, me arriesgué con la pregunta:

—*So, tell me, how did you meet your husband*?[3]

Pensé que le molestaría, que respondería escuetamente y cambiaría de tema, dejándome sólo con el conocimiento del momento y el lugar, aunque al menos para mí significaría algo: un par de datos desde donde con mi imaginación podría reconstruir el resto del enigma. Pero me equivoqué, como siempre me había equivocado en lo que yo presuponía acerca de los travestis. En definitiva, ese día ella misma suspendió la clase. Porque tras haber comenzado con dificultad a decir: "*Well*… esteee… *I met he*… digo… *him*…*in a corner where I work*…, no, no, esperá un poquito… *where I work…worked…*", terminó diciendo: "Mirá, te lo cuento en español y chau, no importa perder un ratito de clase, ¿no?".

Y se lanzó a narrarme los detalles de su historia de amor que nunca le había contado a nadie, y por hacerlo moría.

Me contó que aunque habían pasado quince años, los recuerdos le volvían con sus detalles, como si le estuviera sucediendo en ese mismo momento.

Eso ocurrió mientras ejercía su antigua profesión, antes de tener esta casona, fruto del azar y de los ángeles, que Tormenta administra como pensión y le lleva el día entero. Antes de convertirse en una señora, en el alma protectora de una casa como siempre había soñado, Tormenta era parte del paisaje montevideano, iluminando como un farol una esquina de Bulevar Artigas. Decían que era una de las más lindas. Se corría la voz de que los hombres se amontonaban en la esquina, pero ella decía que era pura leyenda, aunque confesaba que le gustaba contarlo para alimentar su ego y ver en la cara del interlocutor reflejada esa sonrisa soñadora de quien ya ha dibujado en la imaginación la estampa de algo hermoso. A veces le cuenta esa leyenda a su propio marido; ya vio esa cara otras veces y sabe cómo provocarla, por eso a menudo se pone a hablarle de sus recuerdos ahí, a su lado, mientras él se prepara para dormir, con un ojo en un programa de deportes, y ella se está sacando el maquillaje.

En aquel entonces, un hombre en bicicleta pasaba todos los días a la misma hora por su esquina. Ella no lo miraba mucho y si hubiera tenido que decir qué tipo de ropa llevaba puesta, qué color de pelo parecía tener a lo lejos, habría tenido que mentir. Sólo sabía que parecía ser alguien de su misma edad –entre los veinticinco y los treinta–, fornido pero ágil, veloz en la bici. No había día en el que, incluso estando ella distraída mirando hacia otro lado, no levantara la mano tímidamente en señal de saludo. Así se convirtieron en colegas del anochecer. Como esa gente que se conoce de vista porque toma el mismo ómnibus a la misma hora, compra el diario en el mismo quiosco al amanecer o se encuentra en el ascensor de un edificio de oficinas, Tormenta y el desconocido compartían un cruce fugaz, el del obrero que se encamina al trabajo en el turno de la noche y la mujer de la calle que comienza ilusionada su jornada nocturna.

Un día en el que ella cambió de esquina, el hombre se animó a acercarse. Fue quizás porque la acera era más angosta, más accesible con su bicicleta, porque era una zona más solitaria o tal vez porque ese día ella se había puesto su atuendo más llamativo –una minifalda y un *top* de lentejuelas negras que no dejaban títere con cabeza–. La razón ya no importa, sino que se acercó por la vereda empujando la bicicleta a un lado y la saludó con una sonrisa directa y la mirada clavada en sus ojos. Allí Tormenta se fijó en sus ojos castaños, transparentes en su simpatía pero turbulentos a la vez, como enardecidos por una razón urgente. Le gustó esa sonrisa; le gustaron esos ojos. Entonces levantó la barbilla y lo miró de otra forma, de esa forma reservada para los clientes más caros, para los que actuaba la seducción de la psiquis

[3] "Cuéntame, ¿cómo conociste a tu marido?".

además de la del cuerpo, a los que, incluido en la tarifa engrosada, hacía sentirse amados, deseados, esperados. Para él lo hizo gratuitamente, sin siquiera pensar en la promesa de una buena paga; por su camiseta descolorida, su bicicleta y sus alpargatas, se veía que no era ni de cerca un magnate. Lo corroboró unos minutos después cuando, tras preguntarle cuánto cobraba, el hombre dejó trepar la mirada al cielo y, como sacando cuentas, le respondió que le pagaban el sueldo la semana siguiente y que entonces volvería a buscarla. Eso la llenó de recelo y pensó que tal vez estaba haciéndole el tren para salir gratuitamente. Tormenta ya conocía a varios de esos, pero lo que más le molestó fue que lo hiciera después de haber intimado en la conversación, después de que ella le dedicara sus mejores miradas, después de que, tras un suspiro, le confesara que una de las quimeras de su vida era el auto que estaba pasando por la esquina, un Mercedes Benz con esa suntuosidad imperdonable. Entonces le dio, si no la espalda, un flanco y se puso a buscar con la mirada a otros hombres; ya había invertido en ese macho muchas sonrisas y sólo aparentaba ser un oportunista. Él pareció darse cuenta de su recelo; puso el pie derecho en el pedal y la saludó cortésmente.

Lo volvió a ver esa semana de lejos, con su mano invariablemente levantada en señal de saludo, desde su bicicleta. Por la conversación que habían mantenido, ella ya sabía que él iba a esa hora, cuando las luces de la ciudad comienzan a encenderse, a la fábrica donde trabajaba por la mañana y de noche era sereno. Se lo imaginaba llegando a la fábrica ya cerrada, desierta como un recinto fantasmal donde perviviría el trepidar de las máquinas, ruidos de pasos en los corredores, voces de hombres gritándose por encima del ruido infernal, radios a transistores chillonas con una cumbia o la cadena Andebu. Pero no, él sólo hallaba un silencio sobrecogedor, interrumpido a veces por el goteo de una canilla, un gato colándose por una banderola o alguna rata arañando el techo de zinc en su desaforada carrera nocturna. Todo eso y él, el tosco jornalero de uñas sucias pero ojos límpidos. Él pasaba y saludaba, fugaz como un relámpago, y Tormenta volvía a concentrarse en la avenida, en los autos y los transeúntes enlenteciéndose para observarla, como frente a una vidriera.

La próxima vez que le dirigió la palabra, no lo reconoció. Se detuvo un taxi frente a la habitual esquina: un Mercedes Benz de esos de los setenta, los que serán por siempre los más majestuosos, que brillaba como recién encerado. Se bajó un hombre por la puerta trasera; venía vestido de pantalón vaquero, camisa y saco *sport*, peinado hacia atrás con gomina, y a dos metros podía percibirse la colonia que llevaba puesta.

—Te dije que esta semana cobraba.

Ella se quedó inmóvil, como fulminada por un rayo. ¿Podía ser el mismo hombre?

—No traés la bicicleta… —se le ocurrió decir.

—Me dijiste que te fascinaban los Mercedes… Lo pedí por teléfono especialmente para vos.

A Tormenta le tembló un poco la mandíbula, con una emoción que en ese entonces no conocía muy bien, y de la mano del hombre se sentó en el asiento trasero del auto que era gigantesco, como si tuviera una cuadra de ancho. Desplegó el ruedo de su tapado de paño sobre el asiento, pero ya no se sentía más Tormenta yendo en un taxi a trabajar como prostituta, sino una *vedette* de la farándula argentina, con un tapado de visón larguísimo, yendo en una limusina a una cita amorosa. El asiento del auto era enorme, y sin embargo aún se pregunta cómo hizo para caber en él.

La llevó a la fábrica. Tal como la había imaginado, era el espectro de un lugar que de noche murmuraba inquietantemente con los recuerdos del día. Allí supo que era una fábrica textil, poblada de rollos de telas de todos los colores, texturas y grosores en cada rincón.

—¿Tenemos algún lugar para ponernos cómodos? —preguntó, mirando a su alrededor desde el centro de un enorme ambiente, rodeada de telares que con sus dientes apretados retenían la tela que no había terminado de salir en el horario de trabajo.

—Shh… Tengo todo preparado —dijo él. Y de la mano la llevó a otro recinto donde, increíblemente, había armado una monumental cama con pliegos y pliegos de telas que había cubierto con sábanas gigantescas, de la mejor calidad, que evidentemente se fabricaban allí mismo. Tormenta dejó su tapado y su cartera a un lado sobre el piso de hormigón y comenzó a desvestirse hasta quedar con la ropa interior que llevaba –un conjunto con corsé y ligas, todo de encaje rojo– y así se trepó literalmente al formidable lecho donde él la aguardaba, gateó de punta a punta muerta de risa, sin poder creer tanta satisfacción, tanto cuidado hacia ella, lenta y sensual como un felino que revisa el terreno donde va a dormir. Es de imaginar el deseo que lo encendió al verla merodeándolo sobre la cama como una fiera, sus cabellos largos cobrizos, cubriéndole la espalda y los pechos, rozándole a veces los pies, el torso o el rostro a medida que lo circunvalaba, cerrando el círculo sobre su cuerpo, como una espiral. Cuando llegó a él, hervía, y la tomó en sus brazos con una fuerza y un apasionamiento rayanos en el amor.

Tormenta volvió trastornada a su casa. Los brazos de aquel hombre le habían devuelto el sentir al alma, algo que hacía ya algún tiempo había perdido con los clientes. Podía sentir en el cuerpo, pero sólo en sus capas superficiales. Y Carlos –así se llamaba– la había abrazado tan pero tan fuerte que parecía haber traspasado la barrera de la piel y la había penetrado en todo sentido. Se fue a dormir, y su pelo sobre la almohada todavía olía a él y a fábrica y a sábanas nuevas y a colonia barata. Deseó fervientemente que se esfumaran esos perfumes a la mañana siguiente.

Como siempre ocurre, en la mañana desaparecen los demonios o los ángeles de la noche. Se levantó fresca otra vez, y todo parecía haber sido un sueño. Retomó su vida de rutina, pero dos días después volvió a verlo. La esperaba con la misma cama preparada y, además, con una sopita calentándose en un primus.

“Es mi cena”, dijo, “¿querés un poquito?” Fue como si no estuviera con un cliente, como si un pretendiente la hubiera invitado a una cena romántica, y para colmo en ese lugar tan inmenso, donde una lamparita pelada colgada del techo delimitaba el espacio de ambos haciéndolo íntimo, pues lo que había más allá de su círculo era un misterio que se engullían las sombras. Ese día, mientras tomaban la sopa, conversaron sobre sus vidas. Tormenta supo que él tenía veinticinco años, que era soltero y vivía con sus padres. Después de una pasión que duró no sabe cuánto rato, porque ni se atrevió a mirar el reloj por miedo a que avanzara más rápido, él le entregó más dinero del que ella normalmente cobraba.

“Para que puedas quedarte una noche, al menos, en tu casa. Me pone celoso que trabajes así”, le dijo guiñándole un ojo, como si bromeara, pero el dinero que ella apretaba en un rollito en el puño no era una broma: era el trabajo de dos noches.

Así empezó el “noviazgo”, que eso era lo que era aunque no lo nombraran. Cuando él iba a buscarla en el taxi Mercedes Benz o Tormenta iba por su cuenta hasta la fábrica, donde él la esperaba con la sopita de siempre y a veces con manicitos y algún salame como copetín, ella se sentía como una adolescente enamorada en el corazón. Pero eso lo disfrutaba sólo por dentro; por fuera –debía guardar las formas–, él era sólo un cliente. Se veían por lo menos dos veces por semana. Siempre le pagaba lo más que podía y celosamente preguntaba si esa semana había visto a algún cliente más. Ella a veces le mentía que no, pero eso era imposible; el alquiler, el agua, la luz y la comida no se arreglaban con dos noches de amor.

Gozaba sobre todo conversando con él, porque la trataba como a una auténtica mujer,

indagando sobre sus raíces y sus sueños, dejando a un lado las preguntas morbosas sobre su metamorfosis, que a todos los demás les gustaba hacer. Él quería de ella el alma femenina; eso Tormenta lo comprendió pronto y, desde ese momento, no volvió a dejar que viera sus genitales, que aprendió a cubrir con discreción. Supone que él estuvo de acuerdo, ya que nunca lo mencionó.

Por esos días, la pareja que tenía en Buenos Aires le escribió diciéndole que había llegado a juntar el dinero para comprar la casa en el Tigre que juntos habían soñado. Lo habían ahorrado entre los dos, cada uno por su lado, él trabajando como encargado de un supermercado en Belgrano y ella en Montevideo, como estrellita en las noches de los hombres solitarios. "Ya no tenés que trabajar más. Quiero que vengas, la compramos y nos vamos a vivir juntos, para siempre".

Las circunstancias por las cuales Tormenta se encontraba trabajando en Montevideo son muy complejas, pero la verdad era que ya había olvidado que estaba en esta ciudad por negocios, y una intensidad muy diferente, muy poco empresarial la ataba a ella. Para Tormenta este llamado fue como un yunque colgado al cuello. Es verdad que en Buenos Aires había forjado una especie de matrimonio, pero hacía un par de meses que ni siquiera lo recordaba. El entorno, el aire de Montevideo, el rumor de la brisa murmurándole al oído sólo traían amorosamente un perfume que le alborotaba la piel: el de Carlos.

De cualquier manera, no podía dejar plantado al antiguo compañero con sus sueños. Empacó todas sus cosas y se volvió a Buenos Aires. A Carlos lo dejó en la oscuridad inhóspita de la fábrica todas esas noches, sin corazón. Ni siquiera le avisó que se iba, ni por qué lo hacía. Él deambuló por la esquina de Tormenta y muchas otras calles durante semanas, sin encontrarla. Comenzó a beber y su familia se alarmó por ello. Él les habló de una tal Tormenta. Deploraron el recuerdo de esa mujer, como si se tratara de una enfermedad que lo hubiera infectado.

"Con razón no te quedaba ni un peso. Esa Tormenta debe de ser una puta." Las palabras de su madre hicieron que Carlos abandonara su lugar a la mesa y con un golpe de puño sobre el mantel derramara el vino, que se extendió a borbotones como sangre. Su padre y sus dos hermanos mayores se levantaron a su vez, enojadísimos, apuntándolo con el dedo índice como si blandieran armas de fuego. Que si quería arruinar el almuerzo que comiera solo; que a una madre no se le responde así; que el vino lo comprara él, a ver si lo iba a andar tirando. Mientras tanto, su madre lo miraba intrigada. Ella ya lo había perdonado. Ahora quería, con todo su corazón, conocer a esa Tormenta que se lo había arrebatado.

En Buenos Aires, encontró a su enamorado más fogoso que nunca. Se sentía lleno, plenamente hombre. Ahora tenía el dinero y podría darle todo para que ella estuviera allí simplemente para recibirlo; podía comportarse completamente como un hombre. Le hizo el amor más esmeradamente que nunca. La colmó en la cama de besos como jamás antes le había dado, y sus caricias eran más ardientes, untándole todo el cuerpo de su sudor de caballo desbocado. Pero Tormenta no estaba allí; sino gozando en los brazos de Carlos.

No podía quedarse así, para siempre en Buenos Aires. Tenía que volver a ver a Carlos, explicarle qué ocurría, despedirse mudamente con otra noche de amor. Inventó un pretexto: le debían una plata en Montevideo y había dejado una valija entera con ropa muy costosa; tenía que volver para arreglar esos asuntos. Su pareja la miró con desilusión en la terminal del Bus de la Carrera. "Otra vez… ", le dijo. Tormenta lo calló con un beso y una promesa, que nunca cumplió y hasta el día de hoy le pesa.

Cuando Carlos detuvo su bicicleta en la esquina, donde Tormenta había estado hacía una

hora y media poniendo precios altísimos para que nadie la eligiera, supo que no quería hacer más nada en esta vida que mirarlo a los ojos, tomarle las manos, dormir con la cabeza sobre su pecho enmarañado. No se separaron nunca más. Un tiempo después se fueron a vivir juntos a la misma casa donde él vivía con sus padres, sin mayores conflictos, porque cuando la presentó a su familia nadie notó algo extraño en ella. No es que les preocupara, porque Tormenta, en el trato diario con Carlos, no tenía, a los ojos de ambos, particularidad alguna. Él nunca más había vuelto a ver sus genitales, si es que alguna vez los había visto. Nunca preguntó por su antigua identidad, ni dudó en presentársela a sus conocidos cuando los encontraban juntos en la calle. Carlos era un hombre sencillo. Supo tomar de Tormenta lo que lo hacía amarla y bloqueó en su entendimiento lo que se le volvía escabroso. Por eso no tenían miedo a la censura, porque jamás lo verbalizaron, y es la palabra la causa más directa de las desventuras. Con esa seguridad que sentían, esa inocencia descarada, ¿quién podía dudar de que su mundo era normal, tal como ellos mismos lo veían? El padre y el hermano de Carlos incluso suspiraron "¡qué mujer!", y la madre, a quien Tormenta más temía, la recibió con una sonrisa brillante, como si despidiera estrellitas. Se adoraron desde el principio. Le preguntó su nombre, y ella respondió "Antonia", que le pareció un nombre más recatado, y a partir de ese momento así se llamó en su vida de señora respetable. La madre indagó también a qué se dedicaba, y Tormenta le respondió que era enfermera; no era verdad ni completamente mentira, ya que había hecho alguno que otro curso sobre el tema. Hasta el día de hoy confía en ella para que le recete informalmente, y si bien Tormenta le insiste en que consulte a un médico, ella prefiere la intimidad de su nuera.

En realidad, la madre de Carlos sabe que desde que tienen esa casa inmensa está retirada. De qué profesión, no lo sospecha, pero cuando pasan las tardes juntas mateando y la va a buscar algún inquilino para algún detalle, sabe que ahora Tormenta es la dueña, la señora de la pensión. Tormenta es consciente de que a Carlos no le gusta que su madre vaya tan seguido; que se pone celoso; que lo que quiere es que lo espere a él solito con la cena lista, para charlar de cómo le fue en el trabajo; que le cuente algún chusmerío de la pensión; si el viejo de la pieza del fondo de nuevo tuvo un altercado con el pobre santo de la habitación de al lado; sacar juntos las cuentas, que si la luz o el agua, mirar el informativo y decir "cuántos accidentes que hubo hoy, qué disparate", pedirle que le haga un masaje en las cervicales, que últimamente no puede más de la nuca, debe ser la humedad. Tormenta le dice que no se queje, que su madre lo extraña, y si bien va seguido, él se entera poco porque está trabajando o durmiendo, como tantas veces que al hablarle, ella nota que está hecho un tronco, que no ha oído ni una palabra de sus dulces reproches. Entonces Tormenta apaga la tele –ese bendito programa deportivo de medianoche– y lo arropa.

* * * *

Tormenta dejó de relatar y me miró, suspirando. Vi el rostro sonriente de una mujer feliz. Una mujer que ha sabido, desde lo anónimo de su existencia, marcar un camino propio por el que ella quería transitar, y no por donde simplemente le había tocado. Y eso me admiró. Tuve que irme, porque se había cumplido la hora de clase y hoy tenía parcial en la facu, así que no podía llegar tarde. Ella, leyendo estos reparos en mi mirada, me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

"Andá, Gabriel, andá, que hoy no tuvimos clase de inglés, pero sí sesión de psicólogo, que seguro se cobra más caro, así que hasta te quedo debiendo…", dijo riendo.

Me fui contento, sintiéndome más poderoso que nunca. Era una sensación extraña, pero así fue como me sentí, sin poder darle una explicación en palabras. Tal vez se reducía al siguiente pensamiento, que tuve al cruzar la enorme puerta de madera y zambullirme en la calle Mercedes, atestada de vehículos a esa hora: “No es tan difícil, después de todo”.

VII

El pastor no se asustó de la negrura que brotaba de ese pecho, como el humo de una chimenea atorada. Escuchó con seriedad hasta el final. Luego, tomó la Biblia que tenía en su regazo y recurrió, como si ya lo hubiera planeado, a los versículos que le darían la respuesta. "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne" (Gn 2, 24). También apeló a la destrucción de Sodoma y Gomorra (Gn 19, 1-29). Al chico le deslumbró ese dominio de la materia; él mismo había pasado dos meses estudiando y recordaba sólo vagamente los pasajes que el pastor mencionaba. "…en el Reino de Dios no tendrán parte los que cometen inmoralidades sexuales, ni los idólatras, ni los que cometen adulterio, ni los hombres que tienen trato sexual con otros hombres…" (Cor 6, 9-10).

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó, con la culpa pesándole como una piedra de molino atada al cuello.

—Todavía no pecaste —respondió el pastor—. Dios te entregó una cruz, difícil de cargar pero no más difícil que las de otros fieles. Hay mujeres que no pueden tener hijos, con todo lo que eso significa. Hay personas que carecen del sentido de la vista, o del oído, y otros no pueden caminar, así privados de tantas cosas que vos y yo disfrutamos. Todos acarreamos alguna cruz. La tuya es tu deseo errado, por la cual se te requiere tu entrega a la castidad. Sé casto, entrégate al Señor y esos sentimientos no volverán a perturbarte.

Karin II

La idea de que nada es tan difícil me rondó durante semanas, como un ángel tratando de decirme algo.

No podía señalar la causa exacta de mi obsesión, hasta un día en el que me encontré a solas con Karin en ATRU y me animé a preguntárselo. Yo había ido a buscar un par de folletos que habían recibido de Estados Unidos y ella estaba allí, tan profesional, tan hermosa, tan persona completa a quien no puede faltarle nada… Hasta me dijo, al pasar, que al terminar el liceo había hecho dos años en la Facultad de Economía.

—¿Economía? —le pregunté, sorprendido.

—Y sí, nene, ¿por qué te creés que me eligieron a mí como tesorera?

Y entonces me brotó la pregunta, como sangre de una herida recién abierta:

—¿Por qué te prostituís, Karin? ¿No podías haber hecho una vida diferente?

—Ay, Gabrielito, ¿una vida diferente? Como si nunca me lo hubiera propuesto… Pero, ¿a vos te parece, con esta carita? —me preguntó, describiendo con su dedo índice coronado por esa uña larguísima, roja, un óvalo imaginario, como un marco antiguo para un retrato de su propio rostro.

Me sentí un poco avergonzado, temeroso de que me hubiera malinterpretado. No es que yo hubiera querido fingir que Karin nada tenía de extraño, sino que aun en su diferencia yo había aprendido a ver su característica sólo como eso, una característica y, por el contrario, había descubierto su persona, que me parecía perpetuamente insondable y sorprendente. Me preguntaba qué estaba haciendo una mujer como Karin, parada en una esquina de Bulevar Artigas, soportando gritos guarangos de hombres como el esposo de Leonor que, a diferencia de él, no se habían arrepentido y seguirían por siempre creyendo que ellos son los respetables mientras que desgraciados como Karin no merecen el mismo trato. Qué hacía allí parada, atrayendo estoicamente vulgaridades de hombres panzones, envilecidos por la falta de un propósito, cuando ella era participante activa de ATRU. Yo la había visto preparando y brindando charlas de consejería, con una calidad poco común; había terminado sus estudios de bachillerato e incluso había llegado a tener incipientes estudios universitarios. Si hubiera sido una mujer desde su nacimiento, no sería una prostituta –pensé–. Sería una secretaria, una cajera en un banco, sería una niñera a quien habrían elegido precisamente por su educación y talante. Pero se prostituía. Se situaba al margen del mundo y cargaba sobre sí con las miradas reprobatorias que los seres humanos tienen necesidad de dirigir hacia algún lado. Para eso, para las miradas oscuras, siniestras o burlonas, para eso estaba Karin.

Se sonrió mientras me miraba enrojecer y, comprendiendo mi mortificación, se puso a hablar sin esperar respuesta.

—Te entiendo, Gaby, te entiendo. Ya sé lo que estás pensando. Claro que alguna vez imaginé tener una vida diferente. Mirá cómo será, que estuvo ahí, al alcance de mi mano. Iba a trabajar con un hombre, a hacerle trámites, papeleos, lo que él necesitara. Eso sí me habría hecho sentir importante. Andar por los bancos, estudios contables, entre vales y cheques y *vouchers*, todo eso. Me habría encantado hacerlo, pero no se pudo, y nunca más me atreví siquiera a soñarlo.

Y así se puso a contarme su historia, la de un sueño que casi tocó. Me confesó que todavía le avergonzaba recordarlo. Sobre todo le dolía, más que la policía, más que la mirada inquisitiva del gerente blandiendo con sospecha el cheque, la destrucción en ese momento de

sus sueños, sus humildes, modestos sueños de dejar la calle y dedicarse a hacer un trabajo normal, como el de una gestora que hace trámites para empresas. Admitió que le había sorprendido la ocurrencia de aquel hombre; no le extrañaba ahora, cuando me contaba su historia, porque él había elegido certeramente a uno de los sospechosos de siempre.

* * * *

Lo había conocido en una esquina, como a la mayoría de los clientes. Cuál esquina, ya no se acordaba, tantas fueron las que la acogieron en las noches frías o calurosas de la ciudad. Era un cliente asiduo, de esos que la iban a buscar dos o tres veces por semana. Después de dos meses de trato, llegaron a charlar de muchas cosas: de las noticias, de cómo había subido el dólar, de lo que un político pasado en edad había salido diciendo en la tele, de anécdotas de otros de sus clientes que el hombre festejaba de buen grado, de que a él se le había roto el auto y cuánto le había costado arreglarlo. Ella podía seguirle el tren; no en vano había estudiado. Él debió notarlo, por eso un día le dijo: “Necesito que me hagas un favor”.

Tenía unas cuentas para pagar y quería que Karin se encargara de eso. No era que no tuviera tiempo, ya que él mismo la pasaría a buscar por la pensión donde ella estaba viviendo, la llevaría hasta el banco en su auto y la esperaría en la puerta. No era que no tuviera suficiente dinero, ya que él le entregaría todo el necesario en la mano antes de entrar, es decir, no había posibilidades de que se aprovechara de ella. Tampoco era una actividad sospechosa: sólo el pago mensual de la electricidad, el teléfono, el agua. Todo era muy transparente excepto por una cosa, ¿para qué la necesitaba a ella? Karin no hizo ninguna pregunta. Entendió que este hombre estaba entrenándola. Que la había visto con pasta para hacerle de gestora y quería probar cómo se conducía en el mundo a la luz del día. Ella estaba decidida a demostrarle que podía ser la mejor. No hacerle preguntas formaba parte de esa seducción. Con seguridad eso fue lo que lo convenció de su idoneidad.

Como a las dos de la tarde, media hora antes de que el hombre pasara a buscarla, Karin ya vestía su trajecito *beige* que guardaba para las ocasiones en las que jugaba el papel de la mujer honrada. La pollera le iba más allá de las rodillas, aunque la chaqueta le ajustaba sugerentemente el busto. Dejó que el pelo le cayera suelto sobre los hombros y se adornó con perlas, que para ella siempre han sido símbolos de la mujer fina y austera. Para entrar a un banco como gestora de un señor, no estaba nada mal.

Él quedó abrumado por su aparición; podía leérselo en sus labios húmedos y entreabiertos. “Va a querer verme esta noche sin tardanza”, pensó Karin. Así fue. Él iba en el auto conversándole de asuntos neutros, comerciales, pero deslizaba casualmente miradas semisonrientes que le recorrían todo el cuerpo. Pero esa es otra historia.

El hombre detuvo el auto frente al banco –en doble fila porque en pleno Centro a esa hora es un infierno–, le entregó las facturas, el dinero y le indicó a qué ventanilla debía dirigirse a pagar. Ella lo hizo al pie de la letra. Sobre todo, le fascinaba poder entrar a un sitio público y que nadie se volteara para verla, nadie esbozara una risita socarrona. Ella estaba acostumbrada a lo contrario. En las esquinas, esas esquinas que cada tanto variaban y para ella eran su oficina de trabajo, la gente pasaba a pie o en los autos y no era indiferente. Siempre algún piropo grosero, algún gesto despectivo, alguna mano desde lejos señalándola. No se quejaba; ese era su trabajo, decía. Pero cuando hacía sus propios mandados cerca de la casa, donde la conocían hasta los perros callejeros, ella sabía adivinar a través de la sonrisa de los vecinos un dejo fiestero en las comisuras de sus labios. En el banco, sin embargo, nadie la miró siquiera. Era

una mujer elegante entre muchas otras, todas apuradas, todas haciendo golpear con fuerza sus tacos sobre los baldosones de mármol del edificio gigantesco, al ritmo del tiempo que no podían perder. Salió de allí embrujada. Quiso formar parte de eso. Se propuso, obcecadamente, que trabajaría para este hombre, a como fuera.

Él le dijo que se quedara con el vuelto. No era mucho, pero a Karin le extrañó que se le pagara por el placer que por primera vez había sentido en un lugar como ese. Que le pagara por sentirse persona.

Así siguieron las cosas. Continuaban viéndose de noche, generalmente martes y viernes, y al menos una vez por semana ella lo acompañaba a plena hora pico al Centro a hacerle los trámites. Karin iba cada vez más suelta, cada vez más hermosa, cada vez más mundana, más administrativa, más señora. Él le dejaba cada día un poco más de propina, así que al cabo de un mes, con esas escapaditas diurnas había hecho la ganancia de tres noches. Estaba encantada. Casi le parecía vislumbrar la salida de ese mundo de rutina de esquina, de noches de hoteles malolientes o servicios apurados entre los arbustos de un jardín. Se le abrían las puertas del mundo común y corriente, que durante toda la vida había observado sólo desde detrás de las ventanas.

Entonces llegó el día para el cual el hombre se había estado preparando. Paró el auto frente al banco y le entregó un cheque "al portador". Karin miró lo que él le ponía en las manos y vio que la suma era exorbitante. Ya no la recordaba, pero sabía que era una cifra que, por alta, hubiera dado lo mismo; una cifra que ella ni yo hubiéramos imaginado. Doscientos mil dólares, acaso, pero no podía asegurarlo. Miró a su "jefe" a los ojos.

—Pero, esto es demasiada plata para que me la den a mí, en efectivo, y encima traerla yo sola.

—Pero no, corazón —respondió—, si yo te espero acá, en la puerta. Además, imaginate cuánto va a ser la propina.

Allí fue Karin, con el trajecito *beige*, los zapatos en punta y el cheque en la mano. "¿Me pedirán documento?" se preguntaba. Había olvidado averiguarlo antes; muy lindo ser gestora, pero nunca había necesitado mostrar la cédula, con la foto de su rostro lavado, el pelo austeramente recogido en una cola y su nombre masculino. Ya era muy tarde para volver atrás a preguntarlo. Estaba en la mitad del *hall*, el guardia de seguridad de la entrada ya le había dedicado el gesto de saludo habitual, y había pocas personas en las colas para los cajeros. Se puso al final de una. Mientras decidía si seguir allí o volver a preguntar sobre el documento, llegó el turno de la persona que la precedía y, al darse vuelta, vio que detrás de ella de improviso se había formado una respetable fila. Si se iba, perdería el turno y, con él, cerca de veinte minutos. El cajero ya la miraba expectante. Tuvo que acercarse. Le entregó el cheque. El joven lo observó con detenimiento y preguntó, casi rutinariamente:

—¿En efectivo?

Karin asintió. Le tranquilizó la pregunta; el procedimiento parecía ir bien.

—Entonces espere un momentito, que voy a autorizarlo –dijo el muchacho y desapareció por una puertita que daba a un pasillo inescrutable desde el sitio de Karin.

Al cabo de un rato, reapareció por la pequeña puerta.

—¿Me permite el documento?

"A la mierda" pensó, "van a saber quién soy, qué soy", pero no tuvo otra alternativa que entregarle la cédula. El muchacho volvió a desaparecer. Cuando lo vio nuevamente, salía por la puertita junto con un agente de policía.

—El gerente pregunta si sería usted tan amable de pasar a su oficina —dijo el cajero desde

atrás del vidrio, mientras el policía se le acercaba por el costado.

No dejó que el agente la tocara. Lo acompañó elegantemente, con dignidad.

En la oficina del gerente, con venecianas grises que velaban la calle bulliciosa, escritorio de roble inmenso y sillas giratorias tapizadas en paño negro, volvió a encontrarse con miradas burlonas que comenzaban en los ojos y se definían en las comisuras de los labios.

—Señora… —comenzó diciendo el gerente con su mano extendida como si sostuviera algo, indicándole el asiento, mientras otro policía, de pie al costado del escritorio, bajaba la vista y se entretenía mirándose la punta de los zapatos, luchando contra una sonrisa empecinada que se sugería en sus mejillas.

—No sé si entiende la gravedad del asunto. Este cheque que usted pretendía cobrar…

—¿No tiene fondos? —aventuró Karin.

—Sí, tiene fondos, señora, pero hace un tiempo nosotros venimos vigilando esta cuenta, que se está alimentando a un ritmo veloz con depósitos de cheques extendidos por empresas que denunciaron haber sido estafadas. Bueno, usted eso ya debe saberlo…

—Yo no sé nada de esa cuenta —dijo, y el corazón le temblaba adentro del pecho—. Yo soy gestora de trámites de un señor.

—¿Cómo se llama ese señor?

En ese momento se dio cuenta de que nunca le había preguntado el apellido. Se llamaba Ricardo, eso sí, pero no parecía un dato serio. Le dio vergüenza su propia estupidez y trató de eludir la pregunta diciendo que él la estaba esperando en la puerta del banco en un Peugeot 505 azul. Que si la acompañaban, ella se los presentaría. El gerente miró al agente que estaba a su lado y con un gesto de la cabeza le indicó que saliera. Después de cinco minutos, que parecieron horas, el policía volvió diciendo que ni frente al banco ni en los alrededores había Peugeot 505 azul alguno.

—Usted se ha metido en un gran lío, o la han metido, señora.

—Yo sólo hice lo que me pidieron.

—Y yo le creo, pero hace meses que venimos investigando esa cuenta, y usted es la única punta que tenemos para interrogar, así que va a tener que acompañar a los agentes.

Los policías se aprontaron para tomarla de los brazos y esposarla; ella lo previó en los ojos de ambos cuando se encontraron y en un gesto de una mano que iba directo al cinturón.

—A mí ese papelón no me lo hacen pasar —les dijo—. Primero que nada, no se les ocurra esposarme. Segundo, no me toquen, que no tengo cola de paja y voy sola. Y tercero, me sacan por la puerta de atrás, no quiero ser el comentario de toda esa gente.

Pidió esos tres deseos como si lo hiciera a un genio, con todo el corazón, pero la verdad es que no creyó que le fueran a ser concedidos, de la misma manera que alguien que se encontrara con un genio lo miraría con incredulidad. Sin embargo, se cumplieron.

Estuvo detenida una semana en la comisaría. Ese fue el plazo de espera hasta el juicio. Tenía sobre su cabeza un ventanuco que brillaba como un diamante o se convertía en un lóbrego agujero negro dependiendo de la hora del día, aunque Karin no tenía idea de cuál era esa hora, puesto que le habían sacado el reloj. Dormía de a ratos y cuando menos lo esperaba, por lo que el transcurrir de las jornadas se daba de una manera desprolija, caótica, sólo ordenada por esa ventanita de barrotes y el almuerzo y la cena que le alcanzaba un miliquito joven que llegaba a ella serio, nervioso por su cercanía, como si momentos antes sus compañeros lo hubieran estado aguijoneando con la presencia de Karin y las historias míticas que se cuentan sobre los travestis. Al menos no traía en sus ojos esa mueca insolente de los de más edad; éste venía incómodo y vulnerable como una señorita, y eso era lo que más la

divertía. Entonces era ella la que le dedicaba una sonrisa burlona y una mirada coqueta, que él esquivaba a toda costa. De no ser por la presencia de ese pequeño policía, los días que pasó allí hubieran sido desesperantes.

Al fin, cuando fue conducida ante el juez, como era de esperarse, el veredicto fue "inocente". Se habían dado cuenta de su cara ingenua, de su ignorancia de ese mundo y de que, aunque hubiera querido, no podría haber perpetrado esa gran estafa.

A su cliente y "jefe" la detención de Karin le había dado tiempo de organizar todas sus cosas y huir, cambiar de apariencia, auto y domicilio. La policía nunca imaginó que les habría convenido ahondar en el caso de Karin lo antes posible para dar con el verdadero delincuente. Seguros de su culpabilidad, la habían archivado en el fondo de sus calabozos, víctima de la parsimoniosa burocracia de los casos considerados ya resueltos. Si la hubieran creído al menos presuntamente inocente, podrían haber dado con el tipo. Pero él había elegido bien. Karin había sido considerada culpable desde el primer momento, por el nombre en su documento que no coincidía con su apariencia, por su voz cascada imitando las cadencias de la de una mujer. A ellos no les había quedado duda.

* * * *

Karin me dijo que, de cualquier manera, le complacía recordar que el criminal se quedó sin su botín y que el dinero, al haber sido hasta ese momento sólo virtual, tal vez fue devuelto a las empresas defraudadas.

Pero para ella significó la vuelta sin ilusiones a la calle; la confirmación, depresión mediante, de que su sueño de gestora era una quimera. Y terminó diciéndome: "Es que el mundo no te deja chance, Gaby. Con la mano en el corazón decime si contratarías a un travesti".

No supe contestarle, es verdad, pero latía dentro de mí la intuición de que había una respuesta; no era posible que Karin, habiendo dicho eso, tuviera en definitiva la última palabra.

VIII

Hizo todo lo que el pastor le dijo. Se entregó a la oración, a la que acudía a toda hora, no sólo en el culto sino también en su casa, encerrado en su cuarto, de rodillas en el piso. "Señor, aparta de mí este cáliz, Señor, aparta de mí este cáliz".

Pero Dios parecía no escuchar sus súplicas. En la piel virgen, las sensaciones iban agolpándose como promesas, una tras otra, pujando por ocurrir. Cada día eran más las vivencias que nacían en su mente y quedaban allí atrapadas sin poder salir, ni siquiera ayudadas por sus propias manos, porque el muchacho imaginaba el ceño de Dios fruncido sobre él y buscaba aplacar en el ruego todas sus ansias. Seguían abrumándole las miradas de los hombres en la calle, en el ómnibus; tantos de ellos parecían tener mensajes para él, que muchas veces tenía que reprimir el deseo de aullar por tener tan cerca y tan vedados los objetos de su obsesión.

Hasta que llegó a la carta de Santiago a las doce tribus de Israel esparcidas por el mundo. Le llevó tiempo llegar allí, casi al final del Nuevo Testamento. Había tomado la lectura de la Biblia entera con una disciplina férrea que no le permitía salirse del orden de sus libros sagrados, así que alcanzó el mensaje que había estado buscando, siete meses después de haber llegado a la iglesia por primera vez. "Si alguno está enfermo, que llame a los ancianos de la iglesia, para que oren por él y en el nombre del Señor le unten aceite. Y cuando oren con fe, el enfermo sanará, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados" (Sant 5, 14-15).

Ya no se sentaba en la última fila, ni lucía como un indigente; tampoco caminaba por la ciudad buscando sin saber bien qué. La confianza que a esa altura tenía en el Señor era infinita; ya no necesitaba ocultarse tras un disfraz, ni salir en busca de un futuro soñado, pues todo a lo que se entregaba estaba entre las paredes blancas de la iglesia. Por eso, cuando leyó el pasaje de Santiago creyó oír la voz de Dios que le daba una respuesta concreta: si daba el paso de la unción, el Señor estaría dispuesto a librarlo de este trago amargo.

Ángel

Ángel se convirtió en mi mejor amigo. No había tenido otro así en mi vida y lo encontré en la casa de Tormenta. Un día me lo crucé en la puerta cuando yo entraba. Me miró con una sonrisa apenas sugerida en las comisuras de los labios, pero todo su semblante indicaba simpatía. Era un muchacho de mi edad, alto y endeble como un junco; sus hombros estrechos y huesudos se insinuaban bajo la camiseta blanca de algodón, que le llovía, demasiado grande para él. Llevaba el pelo castaño muy corto e iba afeitado hasta la obsesión: me llamó la atención la pulcritud y la homogeneidad de ese rostro, que yo jamás podría lograr aunque me pasara horas frente al espejo con la afeitadora eléctrica. Más tarde supe que Tormenta, que ya tenía una estrecha amistad con él, le había contado sobre su profesor de inglés; de ahí la semisonrisa que me había dedicado, porque Ángel sabía, desde nuestro primer atisbo, quién era, aunque yo nada sabía de él.

Otro día que estábamos en la clase, le propuse a Tormenta que me describiera a algunos de los inquilinos de la casona. Con su escaso inglés y la riqueza de detalles que estaba empeñada en darme, sólo logró hablar de uno aquel día, y ese fue Ángel. Lo eligió en primer lugar porque era, además de un inquilino, su amigo y porque estaba orgullosa de que, siendo él del interior del país y encontrándose a la deriva en Montevideo, ella había sabido cederle una pieza a un precio especial, bajísimo. Ella era quien lo alentaba en sus estudios y nunca dejaba que le faltara un plato de comida caliente. En definitiva, podía decirse que Tormenta había adoptado a Ángel como a un hijo.

Lo había conocido allí mismo, en la pensión, una noche de frío en la que él había llegado pidiendo quedarse sólo por esa noche, ella lo convidó con una sopa caliente y lo animó a hablar de sí mismo. Entonces confirmó lo que había sospechado desde el primer intercambio verbal: él estaba, según decía ella, en el límite entre *gay* y travesti. Todo era cuestión de tiempo, decía, tropezando con las palabras en inglés como si fueran piedras en el camino. Más tarde, cuando intimé con Ángel, supe lo equivocada que estaba Tormenta, que se basaba en una explicación perpetuamente simplista de las cosas, cuando éstas son siempre mucho más complejas. Es que Ángel era *transformista*, gozaba metiéndose en ropas de mujer en espectáculos de algunas discotecas, pero estaba conforme con el rol masculino que cumplía en el mundo, el nombre, la ropa, el trato que se le daba. No sentía necesitar algo diferente. Sin embargo, la interpretación maniquea de Tormenta había hecho posible la amistad entre ambos porque, al sentirse identificada con Ángel, ella le ofreció todo lo que estuvo en sus manos para rescatarlo de su desamparo. Vio en Ángel al Antonio de ojitos tristes y rostro demacrado que ella misma había sido veinticinco años antes y quiso darle el buen comienzo que ella misma no había tenido. Aunque Ángel no era un Antonio incipiente, como ella siempre supuso.

Pero eso lo supe mucho más adelante. El primer diálogo lo tuvimos una tarde en la que llegué para la clase y Tormenta no estaba. Había tenido una reunión en el Ministerio de Salud Pública, por una encuesta que se estaba realizando para recabar datos sobre grupos con prácticas de riesgo, y supuso que probablemente llegaría a casa unos minutos más tarde que yo, por lo que le pidió a Ángel que me atendiera. Él me hizo pasar a la sala habitual de clase, como Tormenta le había indicado y, ofreciéndome un café, se sentó después en la *bergère* para hacerme compañía. Seguramente eso de que me acompañara había sido un pedido especial de Tormenta, ya que si por él hubiera sido, habría salido corriendo; puedo asegurarlo sobre todo ahora, que lo conozco bien. Ángel es de una timidez exacerbada. Se sentó y me observó tomar

los dos primeros sorbos de café, apretujando los dedos de las manos como si manejara un amansa-locos, y cuando nuestras miradas se cruzaron sonrió tontamente y se encogió de hombros, respondiendo así al mudo comentario que se habría reflejado en mis ojos, sobre la dificultad del diálogo entre dos personas que jamás antes se habían hablado.

Era un silencio incómodo y yo hice el esfuerzo por llenar el aire de palabras. Corroboré su nombre y él hizo de cuenta de que no sabía el mío. Hablamos de nuestros estudios y trabajos –él estaba haciendo un curso anual de algo relacionado con la computación y por las mañanas trabajaba como auxiliar administrativo en un estudio contable, donde se sentía muy extraño porque sólo había conseguido el empleo hacía una semana. Me llamó la atención la femineidad que dominaba cada movimiento de su cuerpo, cada entonación de sus palabras. Era delicado como una niña, cándido como un niño. Tenía las uñas largas y cuidadas, y como un tic, con la punta de los dedos se alisaba el cabello –tan corto que no podía despeinársele–, mientras buscaba las palabras. Se rio –la eterna broma– de que no sabía absolutamente nada de inglés y me comentó que le interesaba pronunciar bien la letra de algunas canciones de los ochenta para un "espectáculo" que estaba preparando. No me explicó en qué consistía, pero yo ya lo sabía por las conversaciones con Tormenta. Me dijo que estaba trabajando en una canción de Diana Ross.

—Esa que dice "*op-sai-taun… boi-iu-tor-mi*"… ¿te suena?

La verdad era que no la había escuchado jamás en la vida, al menos con esa melodía precaria que Ángel improvisaba, ni con esa voz poco impostada y, menos aún, con esa pronunciación pretendidamente inglesa que daba ganas de tirarse al piso y ponerse a llorar. Pero no le dije nada de eso. Le dije, simplemente, que no conocía nada de los ochenta pero que, si él quería, podía ayudarlo a sacar la letra de la canción y enseñarle a pronunciarla. Se le iluminaron los ojos de párvulo. Entonces me explicó que iba a participar en un concurso de imitadores en un boliche de la Ciudad Vieja y que, si bien actuaría con *playback*, necesitaba mover los labios exactamente como lo haría la cantante, si quería puntuar alto.

—Te agradecería muchísimo que me ayudaras… Yo ya participé en otros eventos de este tipo, pero siempre imité a cantantes en español… Es la primera vez que me animo a hacer algo en inglés, pero la verdad es que Diana Ross me encanta, sería un lujo poder representarla bien…

En eso estábamos cuando llegó Tormenta, hizo algunos comentarios acerca de que habíamos trabado amistad y Ángel se despidió. Enseguida comenzamos la clase de inglés.

Al terminar, Ángel me estaba esperando en el rellano junto a la majestuosa escalera que llevaba a la puerta de calle.

—¿Cuándo venís de nuevo? ¿El jueves?

Sí, el jueves era la siguiente clase y él lo sabía bien.

—¿Te molestaría mucho venir media hora antes? Yo me encargo de conseguir el casete con la canción y también la letra, y vos me guiás un poco, aunque sea un ratito. ¿Puede ser?

Me sonreí por fuera y por dentro. Claro que podía, y lo más sorprendente era el entusiasmo que yo mismo estaba sintiendo por participar en el espectáculo de este niño que jugaba a ser artista. Tuve ganas de tomar parte en su juego, como si fuera una flamante caja de ludo recién descubierta bajo el árbol de Navidad.

Él se perdió pasillo adentro, hacia su habitación que para mí todavía era un misterio. Se fue caminando rápido, casi a los saltitos, como si moviéndose aprisa fuera a lograr acelerar el tiempo y que se hiciera jueves lo antes posible.

El jueves llegué cuarenta minutos antes de la clase con Tormenta. Ella se estaba dando una

ducha, así que fue Ángel quien me abrió la puerta, con la ansiedad dibujada en los ojos. Mientras subíamos la escalera, me contó que su debut era un sábado, dentro de dos semanas, y por eso estaba tan nervioso. Le pregunté si ya tenía los demás detalles resueltos y él, mientras me guiaba por el pasillo desconocido hacia su habitación en los confines de la casona, me dijo que sí, que ya tenía la vestimenta y la peluca, e incluso la coreografía más o menos dominada, pero que se daba cuenta, frente al espejo, de que los movimientos de sus labios parecían ridículos.

En el corredor, una muchachita trancaba su puerta al salir, el pelo lacio colgándole sobre la espalda como una cortina de seda negra; una señora mayor con ojos de lechuza asomaba su pico de ave por una hendija del postigo, desde donde se vislumbraba la luz amarillenta del cuarto.

La habitación de Ángel no podía ser menos pretenciosa. Una bombita pelada colgando del centro del cielorraso iluminaba una cama sin respaldo, una mesita de luz desvencijada, una pequeña mesa a modo de escritorio y, frente a ella, una única silla de madera pintada de marrón oscuro. Pero la cama estaba cubierta por una colcha hecha de retazos de colores muy vivaces, al costado había una alfombra mediana estampada con un dibujo de Bugs Bunny, y sobre la pared llamaba la atención una cartelera de corcho donde estaban pinchadas las fotografías de todas las actuaciones en las que se había disfrazado de mujer.

Me hizo sentar en la silla y él se acomodó sobre la cama, poniendo sobre sus rodillas un pequeño radiograbador viejo, que a mí me recordó el que me habían regalado en mi décimo tercer cumpleaños, en el que yo escuchaba a todo volumen música torpemente "enganchada" que grababa de la radio.

—Acá está el casete —me dijo, con un brillo casi infantil de entusiasmo en los ojos—. Es del año del pedo; espero que la calidad de sonido sirva para trabajar con la letra.

Me señaló la mesa que servía de escritorio, a la que ahora yo daba la espalda.

—Agarrá de ahí, de arriba de la mesa, esas hojas *fanfold*. Son letras de canciones de Diana Ross. Me las bajó de Internet un amigo que tiene computadora. Creo que la que quiero que me enseñes es la segunda, fijate.

Ahí estaba *Upside down*[4], la canción que Ángel había intentado cantarme dos días antes. Lo cierto es que no la conocía, por más que él se hubiera esmerado en la melodía, tan vieja era. Ángel presionó el botón de *play* y allí comenzó a sonar la canción, tan rítmica y con una voz tan pura, que comprendí que iba a ser muy fácil enseñársela.

…but no one makes me feel like you do.
Upside down, boy, you turn me
Inside out, and, round and round…[5]

Le pedí que, por ser el primer día, en el tiempo que teníamos me permitiera escucharlo a él cantarla con el casete de fondo, para saber qué tenía que corregirle exactamente. Para poder los dos tener la letra a la vista, terminamos sentados sobre la alfombra apoyando las espaldas contra la cama, codo con codo, yo teniendo el papel en mis manos y Ángel sosteniendo el

---

4 "Al revés", "De cabeza", "Patas arriba", según se quiera expresar.

5 "…pero nadie me hace sentir como tú. Tú me pones de cabeza, al revés y me das vuelta…".

grabador en el ángulo que formaban su estómago y sus muslos. Así se puso a cantar, primero con recato, luego incrementando poco a poco su soltura, sacudiendo su cabecita a un lado y otro al ritmo de la música, entornando los ojos como un enamorado y modulando esas palabras en inglés…, de la manera más espantosamente incorrecta que yo hubiera escuchado alguna vez a cualquier alumno. Me recordaba cuando yo mismo era un niño, y todavía no había comenzado a estudiar inglés, y deambulaba solo por escenarios imaginarios en el patio de mi casa, con una ramita de una planta cualquiera haciendo las veces de micrófono, y mi boca emitiendo sonidos que no podían ser en otro idioma que en inglés, pues era el idioma de moda, el que hacía que todo sonara más sofisticado, refinado, selecto. Entonces mi imaginación creaba canciones sin pies ni cabeza, con ritmos irregulares inventados en el momento y frases sin sentido imitando los fonemas más comunes –*iuuu, laaaav, reinideeiiii*– y todo llegaba a su fin cuando descubría la nariz de mi madre asomada a la ventana de la cocina, fruncida por la furtiva risa que le provocaba mi actuación. Entonces yo disimulaba, agachándome y fingiendo buscar hormigas con la punta del micrófono, que en ese momento perdía su hechizo y volvía a convertirse en ramita.

La diferencia actual era que yo, en mis recuerdos, tenía siete u ocho años, mientras que Ángel era un muchacho de veintidós que estaba practicando para una actuación pretendidamente seria ante cientos de personas. Entonces me tenté. La risa se me escapó por un momento en forma de una tos, un ahogo, una partícula en mi garganta, pero Ángel dejó de cantar y me miró, divertido, adivinando en el rojo de mis mejillas la causa de mi atragantamiento, y dijo: “Si querés reírte, reíte no más, mirá que no me enojo”.

Y así terminamos los dos desternillándonos de risa, las hojas *fanfold* y el grabador patas para arriba sobre la alfombra, en un espiral de risas que se retroalimentaba, ya que cuando uno de los dos parecía calmarse, sólo tenía que mirar de reojo al otro o sentir el bufido de una nueva carcajada sofocada para volver a descontrolarse como al principio. Así permanecimos durante un largo rato, ya no sé cuánto, hasta que se oyó un golpear de nudillos contra el vidrio detrás de los postigos. Era Tormenta, preguntándole a Ángel si yo ya había llegado, avisando que estaba pronta para la clase. Ahí salí yo, el profesor, con las mejillas húmedas de las lágrimas y una sonrisa todavía ensanchándome la cara, prometiéndole a Ángel por encima de mi hombro que el martes volvería a la misma hora. Tormenta nos miró con el ceño un tanto fruncido pero una semisonrisa insinuada en la boca, como si supiese que había algo cómico, pero no pudiera entender qué. Dos minutos más tarde, ya en clase, le hablé de la forma de cantar de Ángel, tratando de contagiarla o al menos hacerla partícipe de nuestro jolgorio, pero el asunto ya había perdido su encanto. Tormenta emitió una risita forzada, de compromiso, y volvió sus ojos al libro de texto. Mucho más adelante, con Ángel conjeturamos que podría ser que estuviera celosa.

Lo importante fue que a partir de ese momento comencé a ver a Ángel con más frecuencia, con el pretexto de enseñarle la canción. La pronunciación en inglés poco a poco mejoraba en el contorno de su boca, en el asomarse de la lengua entre los dientes, en la exageración de las *be* y las *pe*, de las cuales le expliqué, como a mí me habían hecho en el profesorado, que eran sonidos llamados *plosive* –“como explosivos” acotó él, muerto de risa– y para que resultaran ingleses, una hoja de papel debería temblar frente a los labios. Así estábamos largos ratos, yo sosteniéndole un papel frente a la boca y Ángel pronunciando *boy… boy… baby… baby… but… but…*; algunas veces lo hacía con una seriedad que mejoraba sustancialmente la postura de su boca, pero otras, en las que se aburría como un niño, exageraba los gestos semicerrando los ojos y haciendo sobresalir los labios como una vampiresa del Hollywood de los cincuenta.

Fue en esas dos semanas previas al *show* cuando nos hicimos inseparables. Nos contamos muchas cosas de nuestras respectivas vidas. Creamos un lenguaje en común, que a esa altura era privado, porque sólo él y yo lo entendíamos. Por primera vez yo tenía un amigo. El viernes previo al debut, fue Tormenta quien me abrió la puerta, a las seis y media de la tarde, cuando la sombra ya caía sobre los plátanos de la calle Mercedes. Me esperaba con una sonrisa pícara en el rostro.

—¿Ángel? —le pregunté.

—Sí, sí, te está esperando, pero no estaba en condiciones de bajar…

Y ella misma me acompañó por el corredor hasta la puerta de la habitación, golpeó con los nudillos y llamó en una voz muy queda:

—¿Señora *Daiana*? Su representante artístico acaba de arribar…

Y ahí fue cuando se abrió la puerta y lo vi, bueno, *la* vi a Diana Ross, la cabellera negra enrulada cayendo sobre los hombros de una chaqueta de piel blanca, la cara de un color café mate que ocultaba el rosado pueril de Ángel, una minifalda dorada que dejaba al descubierto unos muslos delgados, larguísimos, también oscurecidos por unas medias de nailon llamativamente opacas, y unas plataformas rojas altísimas que, para mirarlo a la cara, me hicieron levantar la cabeza hasta que mis ojos casi tuvieron que estrellarse contra el techo; tan por encima de mí había quedado. Incluso las manos, con esas uñas carmín larguísimas, habían sido maquilladas para semejar las manos de una mujer negra, y vaya si lo lograban. Allí estaba, frente a mí, Diana Ross. Hermosa Diana Ross, glamorosa Diana Ross, sofisticada y altanera. Una verdadera aparición.

—Te estábamos esperando para hacer el ensayo general, con vestuario y todo —dijo Tormenta—. ¿Estás pronto, Ángel? Hay que apurarse, que en una hora llega mi marido y no quiero andar dando explicaciones.

Entonces ella se asomó al pasillo; unos treinta metros separaban el cuarto de Ángel de las habitaciones del frente, que eran la casa propiamente dicha de Tormenta.

—No hay moros en la costa, vamos, vamos, vamos, ¡ya!

Y salió Diana Ross, taconeando ruidosa y torpemente, apurándose, pero con pasitos cortos, procurando no caerse, *cloc, cloc, cloc* por el corredor de baldosas hasta la sala de Tormenta, donde dábamos las clases de inglés.

Se entreabrió el postigo y se asomaron los ojos de búho, pero sólo alcanzaron a verme a mí, que iba detrás, caminando pausadamente para disimular; nuestra ruidosa diva ya había alcanzado el área protegida de Tormenta.

La sala de las clases había sido modificada. Todos los muebles, desde la *bergère* hasta la mesa con sus sillas, habían sido arrinconados contra las paredes, y el equipo de música en el que siempre hacíamos los “*listening*”[6] estaba preparado sobre la mesa para empezar la función.

Fue una verdadera fiesta. El grabador a todo volumen y la coreografía sensual de Ángel, que dos por tres se detenía, ponía la pausa y preguntaba:

—Ese movimiento, ¿no queda ridículo?

Nosotros dos negábamos con la cabeza.

—No… Que no… Seguí que está buenísimo, mata, mata…

Y retomaba la música, Tormenta y yo de pie, como los espectadores de una verdadera discoteca, siguiendo el ritmo con la cabeza y, en algún momento en que la música subía

---

[6] Ejercicios de comprensión auditiva.

llegando a un clímax, con un batir de palmas entusiasmado de risas y mutuas miradas de aprobación.

Al día siguiente fue el verdadero *show*. Nunca antes había ido a un espectáculo donde conociera a alguno de los artistas, ni me había sentido tan nervioso por algo que alguien iba a realizar. Me había compenetrado en el papel de Diana Ross como si fuera yo mismo quien iba a aparecer en el escenario.

Adentrándome en la Ciudad Vieja por la calle Veinticinco de Mayo, la oscuridad y la hora avanzada –era pasada la medianoche– me hacían ver cómo el mundo de oficinas, señoras de *tailleur* y caballeros de traje apurados, de taxímetros y ómnibus que hacían difícil cruzar la calzada, se había transformado en un mundillo nocturno, poco convencional y eufórico, como si cada ser que me cruzaba se preparara para un gran evento: la noche, ámbito donde surgen tantas cosas, amores, encuentros ilícitos, placeres furtivos. Yo también había sentido la noche de esa manera hacía algún tiempo, pero ahora iba con un propósito, el de encontrarme con Ángel y alentarlo en su espectacular empresa, lo cual hacía que la noche perdiera sus tonos amenazantes y se me hiciera expectante y dulce.

La discoteca funcionaba en un edificio de dos plantas, ubicado en una esquina de la calle Veinticinco de Mayo, que esconde por la noche su alma colonial adornada de balcones y rejas españolas, de la cual sólo guarda el detalle de unos faroles de luz mortecina que recuerdan la colonia dormida, pero en este caso anuncian un lugar que está mucho más que despierto. Adentro, se olvida que aquello forma parte de la llamada Ciudad Vieja. Es una discoteca con todo lo que ello implica: oscuridad, focos intermitentes, rincones románticamente iluminados, una barra donde se acodan individuos de todas las especies, vestidos de negro como para un funeral, o de colores chillones como para una obra de teatro infantil; se ven cabellos de diversas texturas y tonos y maquillajes atemorizantes, o rostros de príncipes y princesas de otras épocas. La pista de baile es algo similar: estos especímenes sacudiéndose según su cuerpo les dicta, con sus miradas eufóricas, frenéticas, a diferencia de las de la barra, somnolientas, que vagan perdidas por las paredes más lejanas del antro. Y al fondo, el escenario, una tarima de tamaño respetable donde se llevan a cabo los espectáculos por los cuales la discoteca es reconocida.

“Ángel ya debe de estar adentro, entre bambalinas”, pensé y no me equivoqué, porque apareció enseguida el presentador, un joven de vaqueros y musculosa blanca, que se dirigió al micrófono para anunciar que el concurso de imitadores comenzaba. La primera fue Madonna.

Me aburro, voy a la barra y pido un vaso de refresco. Sé que no es lo que más se vende, pero no tomo alcohol; yo no tomo. Junto a mí hay un hombre que fuma un tabaco fuerte y que me mira divertido.

—¿Abstemio? —me pregunta.

Lo miro a los ojos y me llama la atención el color claro que se destaca, luminoso aun en la oscuridad de la discoteca, encuadrado por pequeñas arrugas incipientes. Me encojo de hombros, sin responderle. Es sólo un desconocido, y yo estoy esperando la actuación de Ángel.

* * * *

Ya estaba ahí. La luz blanca lo enceguecía, dándole de lleno en la cara, y oía, aunque no podía verlos, las voces de los cientos de espectadores que se iban apagando una a una, intrigados por su presencia, que en ese momento –¡ay!– ojalá no llamara tanto la atención. Dio un paso más; la plataforma roja de madera, enorme, hizo *cloc* sobre el escenario, retumbando en el silencio que cada vez se hacía más profundo. No sabiendo qué hacer, con timidez se

acarició una manga; sus dedos resbalaron sobre la piel de conejo blanca de la chaqueta y de pronto, sin avisar, la música comenzó a sonar, estridente, ahogando el último eco del grito de su hermana, que desde alguna parte dijo: "¡Buena, Ángel!".

Pero no se escuchó nada más. Sólo la música y el retumbar de los tacones que nadie más que él podía oír, mientras marcaba con sus piernas, de aquí para allá, el ritmo *disco*.

Trataba de concentrarse, de repetirse "esto está ocurriendo, esto está ocurriendo" para atrapar el momento en un puño y, una vez pasado, saborearlo como una fruta, pero la música, el ritmo, la luz encandiladora o la suavidad de la piel de conejo que de vez en cuando le acariciaba el mentón con algún movimiento de su rostro se le escurrían como arena entre los dedos.

"*Upside down...*" suena Diana Ross en los parlantes, y sus pies se mueven al compás; hace ese movimiento *sexy* tantas veces ensayado y oye, por encima de la música, la multitud enloqueciendo. Ese paso que había practicado mil veces en la sala de Tormenta, que nosotros alentábamos con aplausos y del que él desconfiaba diciendo: "¿No quedará ridículo?".

Ahora, si bien no puede verme, me imagina al pie del escenario, sonriendo con una mueca socarrona, como si dijera "Yo te dije...". Y no se equivoca. El escenario es más grande que la sala de Tormenta, le deja más espacio y el movimiento sensual se expande, se enlentece en el erotismo de lo soñoliento.

"*Upside down...*" termina, ¡ay!, demasiado pronto, la canción en el parlante y la boca acompañante ya se cierra. Vuelve a oír a la gente, los aplausos, los chiflidos, los "Divinaaaaa", "Diosaaaaa", "Genioooo". Allí debajo lo esperan los amigos, su hermana, a la que abraza menos efusivamente que al resto, desde un poco lejos, porque la panza de sus seis meses de embarazo lo intercepta. Ella le cuenta en un segundo, atropellada como siempre, al oído: "Me sacaron a bailar, con esta panza y todo...".

Ángel sigue saludando y ella se le queda al lado, prendida de la manga de la chaqueta como cuando eran chicos y entusiasmada quería contarle algo. "Como dije que no, me preguntó qué problema tenía… si era *torta*…"

Los compañeros de trabajo le regalan una sonrisa desconocida, tan alegre, desuniformizada, distinta a las que intercambian en la oficina. La hermana continúa diciéndole: "Me abrí el saco, y le dije: '¡Ser *torta* no sería ningún problema! Pero sí tengo un pequeño problema…', y le mostré la panza…". Y se ríe con esa risa tan propia de ella, de cascada de agua, de monedas desparramándose por el suelo.

"¡Le cambió la cara, de prepotente a dulce!", dice y vuelve a reír.

Ahora lo saludan, con más reparo, personas que nunca vio. Felicitaciones y otras frases que no escucha. La hermana ya le soltó la manga y se perdió en el gentío. Yo logro llegar hasta él y le digo: "Yo te dije...", y le pongo en su mano un vaso de refresco.

Comienza un nuevo *show*; la gente deja de fijarse en Ángel.

Un rato más tarde, ya volvemos por Dieciocho de Julio. Nos esperan varias cuadras hasta la pensión de Tormenta, donde va a transformarse nuevamente en Ángel. No tenemos plata para el taxi; ómnibus, además de que no se ve ni uno a estas horas, con esta pinta ni pensarlo. Entonces vamos caminando, él con sus tacones rojos, la minifalda dorada, la chaqueta de conejo y la peluca enrulada. Pensamos primero en transitar Colonia; está más oscura y hay menos gente. Pero Ángel, invariablemente más sensato que yo, me dice: "No pasa nada. Dieciocho es siempre más seguro".

Allí vamos. Son las tres de la mañana. El Centro es un mundo que parece casi irreal. Muy pocos carteles luminosos sobreviven; las vidrieras, oscuras, no reflejan señoras de tapado y

cartera, dubitativas examinando los precios, sino que cobijan en sus rincones, contra las rejas, miradas sombrías, desencajadas de la noche: jóvenes en cuclillas que parecen habitar otro mundo; vagabundos de rostros oscuros y marañas blancas, durmiendo enredados en sus andrajos. Policías impecables, parlotean en parejas para matar el tiempo. Los pocos autos que pasan son conducidos por esos jóvenes que van de *pub* en *pub*, de puerta en puerta de discotecas para ver cómo está el ambiente sin decidirse por ningún sitio. Algunos grupitos de adolescentes salen de los *bowlings*, y más de una parejita de enamorados, abrazados para combatir el frío, esperan resignados en la parada del ómnibus a que se haga el alba.

A nuestro paso se modifica un poco este panorama repetido. Las cabezas de los policías y de los enamorados se voltean, intrigadas, siguiendo a Ángel con la mirada. Los adolescentes dejan escapar esas risas nerviosas como las que todos nosotros, alguna vez, no hemos sabido ocultar. Sólo los vagabundos, desde sus ojos incrustados en las greñas, como bichos en sus madrigueras, no se sabe qué piensan. Un chico arrinconado en un zaguán, aspirando de una especie de pipa improvisada de plástico, nos dedica una mueca desencajada. Y desde los autos, muchachos de todas las edades al pasar vertiginosos por la avenida asoman las alegres cabezas que aúllan “¡Guacho diví...!”, “¡Mamítaaaa!”, “¡Atame y llevame contí...!”. Nos desternillamos de risa, aguzamos los oídos, esperamos más sorpresas. No ocurre mucho más.

Yo pienso en la diferencia entre esta ciudad, que ya es la casa de Ángel, donde con simpatía le sugieren, lo invitan, lo integran, y su familia, la casa de su hermana donde no podrá ir sino hasta mañana sobriamente vestido de varón porque su madre se está quedando allí, y para ella debe jugar el rol de macho en el teatro de la existencia. Se lo digo, pero él responde que esa ambigüedad ya no lo asusta, ¿acaso no es así toda su vida?

Ya en su habitación de la pensión de Tormenta, mientras lo ayudo a quitarse el *top* de lentejuelas y las prótesis que hacen el papel de senos, me dice que está convencido de que la vida, sin que lo sospechemos, tiene cada detalle planificado, como peldaños que nos conducen a la meta para la cual fuimos concebidos.

El primer escalón de Ángel fue aquel día, que ahora volvía claramente a su recuerdo, en que se había vestido con la cortina que su madre estaba terminando para la ventana del comedor. Ahora rememora lo que le pasaba por la mente envuelto en el encaje como espuma cubriéndole desde la coronilla hasta los pies, como una novia, y eso es lo que le resuena, una novia caminando solemnemente, en silencio pero llena de voces su cabeza, las voces calladas de lo que imaginariamente oía y respondía, y miraba complacido su figura multiplicada por decenas en los espejitos de la vitrina del comedor francés. Sus padres dormían la siesta. Caliente, la tarde temprana entraba dorada por el ventanal, golpeaba la puntilla blanca y volvía a salir, enamorada como el propio Ángel de la visión ilusoria. Se despertó el padre; los gritos furibundos lo fueron cercando hasta su cuarto donde justo a tiempo pasó el cerrojo, dejando la cortina –el traje de novia bailarina– tirada afuera, en el pasillo. El padre gritaba:

—¡Por esta tarde no salgas!

Y la madre protestaba:

—¡Tan blanca, tan limpia estaba la cortina!

Ahora que se quita los tacones rojos, le vuelven sensaciones de otros tacones bajo sus pies, los de esos zapatos de punta, también de su madre, dentro de los cuales se le perdían los piecitos, avanzando torpemente por la casa, tropezando con los muebles. Ahora, le sorprende que no se le salgan los zapatos en el momento menos pensado y que no tenga que esconderse de los pasos de la madre, que llegaban desde la puerta de calle. Ahora se sube con ellos a un escenario, la multitud se enardece, lo acompaña marcando el ritmo; por una noche completan

su figura al fin completa de mujer. Pero algo no ha variado: ese encantamiento como el de los cuentos de hadas que alguna vez leyó, que al subirse a un par de tacos lo embruja, y el espíritu femíneo lo posee y ya no es Ángel, el muchachito tímido, sino una estrella, una vampiresa irresistible, capaz de hechizar a cualquier hombre.

La peluca es otra historia, dice quitándosela. Este cabello que lo remata cerrando su imagen, renegrido y brillante, abundante como el de una auténtica negra, tiene la magia de los juguetes que no son tales, de los objetos venerados de los mayores que, pocas veces, los niños pueden usar para sus juegos; ollas de aluminio y no de plástico, bebés de carne y hueso y no muñecos. Como siempre, los juegos con los objetos reales no son posibles hasta que uno ya no juega, y se nos entregan sin gracia, sin entusiasmo, sin el encanto tantas veces imaginado desde nuestra pequeña estatura, porque ahora, que tenemos la olla de aluminio, ya no nos gusta cocinar. Ah, pero si hubiera tenido una verdadera peluca entonces, cuando se adornaba la cabeza con una bolsa de nailon terminada en flecos, o cuando, ya más sofisticado, se enredaba a modo de una extravagante permanente la cinta interminable y brillante de un casete... Ah, si hubiera tenido una de verdad entonces, cuando se ponía a cantar con el puño simulando un micrófono... Ahora, esta peluca conserva en parte su hechizo pero siente que mejor le habría quedado aquella noche en su cuarto, en Tacuarembó, a los quince años, en la que sus padres habían viajado y su prima Laurita se quedó a dormir. Ángel le regaló todo un *show* con el vestido de fiesta de la madre, las sandalias de la propia Laura y la peluca de cintas. Si ese día hubiera tenido la peluca negra, tal vez no habría guardado en su corazón esos recuerdos agridulces de sueños mal consumados.

Me cuenta que el escenario le parecía extraño, tan grande comparado con la sala de Tormenta. En casa de la hermana, donde sí tiene espacio, no podía ensayar como otras veces, porque su madre estaba de visita; había venido de Paso de los Toros por unos días, y a Ángel se le acercaba la fecha del *show* y no podía ensayar semejantes cosas delante de la vieja, que invariablemente, con esa sonrisa cómplice de quien se las sabe todas, le pregunta: “¿Y tenés novia? A ver cuándo me traés un nieto...”.

Ángel sabe que tendría que responderle, acercarle una silla y contarle todo –esa es su cuenta pendiente–, pero ella parece que sabe, porque cuando anda dudando y casi que se pone a hablar, sale respondiéndose sola: “No, dejá tranquilo, que todavía no tenés un trabajo como se debe para afrontar una familia”. Y entonces Ángel aprieta los labios; cómo va a decírselo a la pobre vieja, que se aferra a la fantasía de que todavía es un niño y que un día llegará a comportarse como un hombre.

Ángel cree que esa fue la razón por la cual a los dieciocho años huyó a Montevideo. Habla de huir, porque si bien lo hizo previo relato de sus proyectos a toda la familia y todos estaban contentos, él escapaba de esa presión que le tomaba el pecho y lo sofocaba: la obligación de, como hijo varón, dejar descendencia. Lo decidió después de aquel día, que el padre debe de haber ya olvidado –no así Ángel–, en el que aquél golpeó muy fuerte la mesa, perturbando las superficies de los platos de sopa y gritó: “¡En mi casa no quiero maricones!”.

Piensa que su madre tiene razón: sigue siendo un niño y por eso oculta la evidencia de haberse portado mal. Ojalá pudiera contarles esto que siente dentro, la belleza que lo inunda cuando, enfundado en esta chaqueta de piel blanca, encaramado a los tacones, la boca se le funde en sus gestos con las palabras de una canción de los ochenta.

* * * *

A las cinco menos cuarto tomo el primer ómnibus para el Paso Molino. Falta mucho para que amanezca y el coche va casi vacío; pocos son los que, como yo, recién dan por terminada la noche. Por el contrario, el guarda y el conductor fingen que ya es de día con una cumbia a todo volumen, tal vez para darse ánimos.

Voy distraídamente apretujando una caja de cigarrillos vacía con un número de teléfono escrito dentro y pensando en Ángel. Pienso en sus confidencias de esta noche, tal vez empujado por la euforia de su brillante espectáculo, y en todo lo que tenemos en común. Y pienso, por segunda vez en la vida, en hablar con alguien. Esta vez no buscando enmiendo, sino apoyo.

IX

Dar el paso de la unción significaba hablar de su problema con los más veteranos dentro de la comunidad, confesar públicamente su arrepentimiento y su deseo de sanar y encomendarse a Él.

Ni una vez dudó en hacerlo. Esa noche apenas durmió a la espera de la mañana, en la que iría sin tardanza a hablar con el pastor. Al atardecer del día siguiente ya estaba todo dispuesto. Durante el culto, el pastor lo llamaría al altar junto con las personas de más trayectoria y más consolidadas en la fe dentro de la iglesia –los "ancianos" según las Escrituras–, presentaría la intención al resto de los fieles y todos los corazones de aquel recinto se unirían en sincera oración para librarlo de su mal.

Nunca dudó de que lo lograran. La noche antes de la ceremonia compartió con las sábanas un sueño de cuento de hadas, en el que se enamoraba de una joven que podría presentar a su madre y a su padre. Esperaba cerrar los ojos ante el óleo sagrado cruzado con el pulgar del pastor en su frente, y al abrirlos ya no sentir el deseo que lo trastornaba. Así, como tras un suspiro, aparecería una joven que encontraría irresistible y presentaría, en agradecimiento, a la comunidad entera.

Puso todas sus esperanzas en el contacto con ese aceite, como si fuera el mismo ruedo de la túnica de Jesucristo. Ungido con la sustancia sagrada, la misma que se había utilizado para la purificación de los leprosos, que había mantenido encendidos día y noche los candelabros del Tabernáculo, con la que se habían ungido a los sacerdotes y reyes para impregnarlos de la fuerza del Espíritu Santo, él también sería finalmente sano y salvo.

Cerró los ojos. Sintió una tibieza afectuosa que resbalaba en forma de cruz en su frente. Oía las oraciones apenas murmuradas por los creyentes junto a él en el altar y el susurro de las decenas de fieles a sus espaldas. Sintió al Espíritu bajar sobre sí en un aletear fresco, como de verdaderas alas. "Señor, hágase tu voluntad" oró, "en tus manos encomiendo mi espíritu". Y quiso morir y volver a nacer… Cuando abrió los ojos todavía estaba allí y el pastor y los "ancianos" lo miraban sonrientes. Se había cumplido.

Gabriel

Al llegar la primavera, nuestros encuentros de domingo se hicieron típicos: Ángel y yo sentados en la vereda, recostadas nuestras espaldas sobre el murito de la rambla, queriendo tercamente jugar partidas de conga mientras charlábamos. No se iban, testarudas, las últimas nochecitas frías, y Montevideo, los domingos a esa hora, comenzaba a vaciarse relativamente; algunos se refugiaban en los bares con sus grandes ventanales al Río de la Plata o en los autos detenidos en los "besódromos", pero aún quedaban otros como nosotros, que con buzos deportivos afelpados por dentro salíamos a que el viento nos diera en la cara, a que las narices nos miraran desde dentro de los autos que pasaban, a que casi nos atropellaran las bicicletas y nos husmearan los perros que salían de caminata con los vecinos de Pocitos. Era nuestra manera de adelantar el verano obcecadamente, como si respirar cerca del mar pudiera hacer que penetrara en nuestra piel, para llevarlo con nosotros. Pero el viento hacía que el pelo se nos metiera en los ojos, nos obligaba a cerrarlos, forcejeaba para arrebatarnos las barajas y más de una vez, contorsionado por las carcajadas, tuve que dejar de apuro la bolsa de bizcochos sobre el murito y salir corriendo tras una carta. La baraja volaba como una mariposa, se burlaba de mí deteniéndose para esperarme y retomar el vuelo cuando casi la atrapaba. Y la risa de Ángel, que no podía ayudarme porque tenía entre las rodillas apretado el mazo, en una mano el mate y en la otra la bolsa de bizcochos que también había intentado volverse mariposa. Cuando yo volvía con la baraja me sentaba a su lado otra vez, riendo, quitándome el pelo de la cara, tomando el mate que él me ofrecía, notando entre mis labios que la bombilla tenía arena que había venido con el viento, escupiendo, volviendo a reír. Así era nuestro ritual propiciador del verano que demoraba en venir. Nos divertíamos.

Un domingo llamé a Ángel y lo invité a ir a la rambla. Era un puro formalismo, ya que si salíamos cada uno por su lado sin avisar intenciones, siempre nos habríamos encontrado en el mismo punto de la costa de Pocitos. Pero de todas maneras nos llamábamos, y eso también se había convertido en parte del ritual. Sin embargo, para hacer lo que siempre hacíamos, ese domingo me sentí en la obligación de dar una excusa y le dije que necesitaba hablar con alguien. Él no necesitó más y la voz se le llenó de expectativa, como si se hubiera agregado sal a un plato austero.

Así nos encontramos, otra vez con las espaldas contra el murito de la rambla, luchando con las barajas y los bizcochos y el mate y el pelo, cuando Ángel levantó la vista y dijo:

—¡Esto es una joda! ¡No puedo hacer ni un juego porque no veo las cartas con este viento de mierda! ¿Por qué mejor no lo dejamos y me contás de qué querías hablarme?

La situación me pareció familiar. Esa necesidad de hablar y no saber con qué palabras decirlo. Entonces comencé así:

—Quería contarte…, porque me tiene bastante conflictuado…, que yo soy como vos, Ángel…

—¿Como yo? Sí, me queda claro, tenemos mucho en común, por eso nos hicimos amigos, ¿no?

—No, no, quiero decir… en lo sexual…

—¡Qué! ¿Que también sos puto?

Asentí, curiosamente sin que me ardieran las mejillas.

—Pero, Gabriel, yo ya lo sabía… Si se nota.

—¿Que se nota? ¿Cómo que se nota? ¡Nunca me dijeron algo así!

—No, mi amor, no te asustes. Yo me doy cuenta.
—¿En qué?
—Y qué sé yo… Algo. Tu mirada, o tal vez por las cosas que te interesan… Ningún hombre, quiero decir macho, me habría dado tanta bola en el asunto de la actuación. ¡Si no se sabía si era yo o vos el que iba a actuar, del entusiasmo que tenías! ¿Por qué te creés que nunca traté de levantarte?
—No sé, nunca pensé en eso… Creo en la amistad…
—¡Pero qué boludo! Es porque a mí me gustan bien machos, Gaby, ¡por eso! Y obvio que vos sos como yo. ¡Siempre te vi como una maricona! —y se rio, iluminando sus ojitos con esa luz que traía reflejos de casa de muñecas.
Le pegué con el puño cerrado en el brazo, con una fuerza que salía más del cariño que de la agresión. Me sentí liberado. La naturalidad de Ángel me hizo comprender que no había nada malo en lo que yo sentía; era simplemente eso: lo que yo sentía.
Le conté entonces todo, toda mi historia. Comencé por mi padre violento, mis desenfrenos infantiles, mi madre conciliadora. Continué con mi despertar a ese deseo equívoco en la tardía adolescencia, mis continuas depresiones, mi desquiciada búsqueda a ciegas de una felicidad no controversial, huyendo de las perversiones que yo había aprendido así a nombrar. Mi pérdida de peso, mi padre sugiriendo que él no iba a ayudarme, que bien podrían hospitalizarme. Y mi madre encontrando la iglesia, como si Dios mismo me hubiera llamado. Le hablé de Santiago, del pasaje de la unción que tantas ilusiones me había hecho.
Para mi sorpresa, Ángel no actuó según los cánones de amigo comprensivo. No me palmeó la espalda, no asintió con el mentón, no me abrazó ni se le llenaron de lágrimas los ojos. Se reía. A carcajadas se reía el condenado. Y en cada risotada de Ángel yo sentía que se iba, así, entreverada en el viento, una tonelada de peso de mis hombros.
—¿Y? ¿Funcionó? —me preguntó, refiriéndose a la unción, entre divertido e incrédulo.
—No, Ángel, qué va a funcionar… —y su risa inofensiva volvía a alborotar las gaviotas que se habían juntado en la arena, muy cerca de nosotros.
Le conté cómo comencé a ir cada vez menos a la iglesia después de aquella tarde. No podía explicar bien si fue por vergüenza o por decepción. No apareció princesa alguna, y el acecho de algunos hombres se me hizo cada vez más insostenible. Le conté que en realidad no iba a la iglesia, porque quería esconderme de la inquisitiva mirada terrenal de las personas que iban allí. Esos que esperaban verme “enderezado”, con novia, tal vez casado y con hijos. Porque pasaron tres años y nada de eso llegó. Entonces decidí seguir por mi cuenta, obedecer al pastor, buscando testarudamente la castidad, pero sin rendirle cuentas a nadie. No me ocultaba de Dios, que a Él nada se le escurre, sino de la iglesia, hecha por hombres, con sus propias y contradictorias interpretaciones de las Escrituras. Nunca me escondí de Dios, le dije. Pienso que la ceremonia de la unción no fue un fracaso. Quizá, por el contrario, fue un mensaje poderoso del Señor en el que me decía, lo suficientemente claro si estaba preparado para oírlo, que a Él no le interesaba mi sexualidad. Claro que yo no estaba preparado. Por eso insistí unos tres años más en la castidad. Seguí leyendo la Biblia, a la que me aferraba en tiempos de flaqueza, y nunca más me sentí abandonado como antes de acudir a la iglesia; nunca más volví a perder peso, a ser el vivo retrato de un cadáver, a rondar las calles como una aparición. Entonces me sentí un hombre fuerte. Fuerte y casto. Hasta que Dios, tal vez necesitándome para cosas más útiles, puso a Paz, a las chicas de ATRU y a Ángel en mi camino. Era como si el Señor me dijera: “Ya basta de librar esa batalla. Te necesito para otra cosa”.
Todo eso le conté a Ángel, que dejó su risita trivial y comenzó a mirarme muy serio.

—Bueno, y ahora ¿qué tenías en concreto para decirme?

—…

—Algo te hizo confesar todo esto justamente ahora. No sólo porque seamos amigos nada más. Algo te pasó y, como amigo que decís que soy, quiero que me cuentes qué fue.

—En la discoteca, el día de tu actuación, me dieron un número de teléfono…

Entonces le hablé del desconocido en la barra. De sus ojos claros y su piel opaca. Del violento olor a tabaco que había persistido en mis narinas durante días, después de aquella noche. De la obsesión que se me había desatado, obligándome a voltear bruscamente cada vez que el humo de un desconocido me alcanzaba en la calle. Mis ojos, mi nariz, mi estómago, mi piel entera lo seguían buscando, le dije, esperando que la casualidad hiciera por mí lo que estaba en mis propias manos hacer: llamarlo por teléfono.

Él se me había acercado, mofándose amistosamente de mi vaso de refresco. Me había preguntado si era abstemio. Yo me había encogido de hombros; no le había respondido. Pero después me había ofrecido un cigarrillo, y también le dije que no fumaba, lo cual le divirtió aún más. Insistió en preguntarme el porqué. No había razones. Le expliqué que nunca había fumado y que la bebida nunca me había provocado lo que tantos afirman, por lo que no tenía sentido meterme en el cuerpo alcohol, que no era del todo saludable y no me causaba placer alguno. Asintió. Me dijo que era médico y, sin embargo, tenía los vicios contra los que él mismo predicaba. Así me enganchó en una conversación trivial, donde cada minuto sentía cómo mi cuerpo era invadido por esos ojos transparentes como agua, como si mi ser fuera un pequeño bote con fisuras por donde su encanto iba penetrando. Yo le hablé de mi trabajo como profesor de inglés y él ironizó, aventurando un "Ailaviú" que hizo que ambos nos desternilláramos de risa. Cuando apareció Ángel en el escenario, ese hombre ya había invadido mis vísceras por completo. Mi materia era un deseo que se había aglutinado, latiendo en mis sienes, donde pujaba por manifestarse. Su mirada, su risa, sus palabras, sus actitudes, todo me sacudía las entrañas. Pero nos silenciamos por un momento para concentrarnos en la actuación de Ángel. Cuando *Upside down* acabó, el hombre estaba escribiendo algo en el interior de una cajilla de cigarros despanzurrada, que enseguida deslizó sobre la barra hasta mis dedos que allí descansaban. "Supongo que ahora irás a felicitar a tu amigo artista. Andá, y cualquier cosa quedamos para otro día".

En la cajilla había escrito "Aníbal" y un número de teléfono. Lo guardé en el bolsillo del vaquero y me fui a ofrecerle algo de tomar a Ángel. Todavía conservaba la cajilla, tres semanas después. Y como si guardara la esencia de cigarrillos encendidos, quemaba. Me quemaba la vista si la apoyaba sobre mi escritorio o la pinchaba en mi cartelera de corcho. Me quemaba las manos si la agarraba y me quemaba la piel del lado de adentro de los bolsillos. Tenía que llamarlo, por eso hablé con Ángel. Necesitaba que alguien me diera ánimos, y Ángel no me falló.

* * * *

Esperé a Aníbal en un bar del Centro. Había pedido un cortado y le estaba poniendo azúcar cuando él llegó, por lo que no lo vi entrar. Se sentó frente a mí, sorprendiéndome con una mirada entre pícara y expectante. No lo recordaba tan canoso; su pelo se enrulaba en una mezcla de grises y negros. No recordaba tan hendido su rostro anguloso, que se surcaba alrededor de la sonrisa como trazos que un dibujante hubiera enfatizado. Pero los ojos, esos ojos que estallaban en luminosidad azul cada vez que levantaba la vista del pocillo, eso sí lo

recordaba. Y su risa, que reventaba cual incontables cencerros y se extendía por el bar, esa también la recordaba, aunque antes, en la discoteca, con el ruido de cientos de voces y ritmos, no había tenido el placer de escucharla tan diáfana y contagiosa como ahora, en el discreto murmullo de las conversaciones del bar.

Sus manos, apenas las había notado anteriormente. También atravesadas por fuelles incipientes, eran grandes, gigantescas, como una promesa de albergue. Hablaba sin parar. Hablaba y se reía. No dejaba esos resquicios en el aire que a mí, con mi timidez, me habrían desesperado. Hablaba y reía. Era cálido como un maestro cuando me miraba con esos ojos transparentes, como si me escrutara el alma.

Habíamos terminado de tomar el café cuando miró el reloj y estiró la mano, tímidamente, tal como si sus dedos fueran un hombrecito escrupuloso que se me acercaba a pasos timoratos, hasta llegar a posarse sobre el dorso de mi mano.

"¿Querés venir a casa, que te muestro esas fotos de que te hablé?", me dijo. A mí se me subió el cortado a la garganta. La respuesta fue que no, que tenía traducciones para hacer. Esa fue la primera respuesta que me surgió, y por ese día la definitiva, porque si bien en mi mente comenzó a tomar forma una segunda, un sí desesperado que moría por dormir como pichón en el hueco de sus manos, no me atreví a cambiar el rumbo que el encuentro había terminado tomando. Aníbal se levantó y dijo que también tenía que irse, y que me llamaría en otro momento.

Su olor me persiguió por días. Su olor a cigarro, y el tacto del hombrecito irresoluto de sus dedos posados sobre la piel de mi mano. Pero no volví a llamarlo. Una vez más, yo me había vencido a mí mismo.

Waterloo

En esos días Ángel estaba preparando un nuevo espectáculo y otra vez necesitaba mi ayuda. Esta vez se trataba del grupo sueco Abba y el tema *Waterloo*. Nos juntamos en su pieza varios días para estudiar la letra y la pronunciación. Él ya había ganado en soltura respecto a la modulación de los fonemas ingleses y yo iba cambiando mi opinión acerca de su imposibilidad de aprender el idioma. Tal vez podría llegar a ser un buen alumno, quién podía decirlo.

La canción era hermosa. Yo la había escuchado alguna vez, seguramente en las estaciones de radio que sintonizaba mi madre, pero admito que Ángel era todo un experto en música de los setenta y ochenta puesto que conocía datos del grupo que a mí nunca me habían llegado a oídos. Él había elegido la canción cuidadosamente entre un repertorio de veinte, que yo ni siquiera sabía que existían. Me dijo que le había atraído por algunas inflexiones de la voz de las artistas, que a él se le traducían en su imaginación –definitivamente visual– en pasos de baile y meneos de cadera que podría explotar a gusto durante el *show*. A mí me gustó por una razón totalmente diferente y que no estaba, hasta el momento, al alcance de Ángel: las palabras. Que Napoleón, el invencible, el que nunca había perdido una batalla finalmente hubiera tenido que doblegarse en *Waterloo* y que, a la vez, fuera cantado con una alegría tal como la de las voces de las mujeres de Abba, tocaba algunas fibras en mi interior que hasta ahora habían permanecido atrofiadas. Me cautivó. Se lo dije y él me rogó que se la tradujera. Entonces le hablé de esa historia que se asemejaba al destino del compositor: someterse, entregarse a un amor que, venciendo todos sus intentos por resistirse, lo había derrotado. Curiosamente, era un fracaso cantado con euforia, una pérdida experimentada como un logro, un padecimiento sobrellevado con placer. Con seguridad no era esa la manera en la que Napoleón lo había vivido, pero la canción se refería a la “invencibilidad vencida” del luchador cuando, finalmente, había sido sometido. Su ambigüedad me había extasiado. Ángel se rio de lo que él siempre llamaba mi “profundidad”. “Ay, qué profundo, Gaby, qué profundo. Pero vamos a practicar, que la letra igual nadie la entiende, y a mí, si no ensayo, me va a salir como el culo”.

Continuamos durante días y días y, de a poco, Ángel se iba haciendo del vestuario para el espectáculo. Se inspiraba en una revista vieja con fotografías de Abba y cada vez que nos reuníamos me mostraba una nueva prenda de vestir que había conseguido por aquí y por allá. Primero fueron detalles aportados por Tormenta, como una boa de piel de conejo o una red plateada para sujetarse el pelo. Más tarde, una tía veterana le prestó unas plataformas doradas que le encomendó insistentemente, pues eran recuerdo de sus noches de discoteca. Incluso Ángel se puso en gastos y compró un pantalón *oxford* de color rosado en una tienda de segunda mano. Una semana después, tenía más ropa y accesorios de los que iba a poder ponerse encima.

La tarde en la que vi todo ese vestuario desplegado sobre la cama fue una de las más memorables de mi vida. Recuerdo que él fue a abrirme la puerta principal y venía subiendo la escalera de mármol con una sonrisa encendida, nerviosa, como de quien está a la espera de un regalo.

“Ya está todo”, me dijo. “Hoy me ayudás a elegir la ropa”.

Y cuando abrió la puerta, fue como si se me abriera una ventana a un cielo de verano después de semanas de confinamiento; como si hubiera estado preso en un calabozo subterráneo y esta fuera la primera visión del sol. Contrastando con la sencillez de la pieza, la bombita pelada, las paredes blanco grisáceo por el tiempo y la humedad, allí sobre la cama

yacía, como el tesoro de los cuarenta ladrones en la cueva, el ajuar de Ángel con cientos de colores y brillos que se escapaban de la cama como rayos de luz. Remeras pequeñísimas de escotes atrevidos, sombreros de diferentes diseños, capelinas y pañuelos de gasa para ceñir a la frente y dejar caer dos tramos vaporosos a un lado de la cabeza, pantalones a rayas, ajustados o rematados en volados, chalinas, cinturones fantasía imitando pieles de reptiles o en simples colores chillones, sandalias de taco aguja, plataformas rojas, doradas, verdes, blancas, chalecos de gamuza o con guardas de diseños nórdicos, flecos, lentejuelas, hilos de luz. Toda esa maravilla se desplegaba sobre la colcha de retazos, que ahora permanecía invisible bajo el peso de aquellos prodigios. No pude resistir la tentación de acercarme a acariciar esos objetos de devoción para Ángel. Tomé una chalina de hilos plateados y el deseo que se manifestó como una punzante sensación en mi garganta, como una canción por brotar, como una carcajada reprimida, hizo que me la enroscara alrededor de los hombros.

Ángel me observó con una mirada de suspenso, una sonrisa insinuada en los ojos, una pregunta que no terminaba de formular. Al fin indagó:

—Vos… ¿No querés…?

—¿Qué? ¿Transformarme también? ¿Pero vos qué tomaste?

—¿Y por qué no? Es el momento ideal. Ropa hay de sobra y es una de las pocas canciones donde queda lugar para otro…

—…

—Gabriel, no me mires con esa cara, ¿no sabías que Abba eran dos mujeres? Agnetha y Frida se llamaban. Perfectamente podríamos actuar los dos.

Una vez más en ese año de locos de mi vida, me fui a casa perturbado por fantasmas que me indicaban lo que debía, lo que quería, lo que podría, y me trastornaba con la pregunta sobre lo que finalmente haría.

Al llegar, encontré junto al teléfono un papelito, escrito con la letra de mi madre, que decía "Llamó Aníbal". Paso a paso. Eso era lo que haría ahora.

* * * *

El apartamento de Aníbal quedaba en un edificio elegante y antiguo del barrio Palermo, sin ascensor, por lo que tuve que subir cuatro tramos de escaleras que se enroscaban alrededor de un patio central. Llegué sin aliento, lo cual me vino bien, porque ya al tocar timbre en la puerta de calle y oír la voz de Aníbal diciéndome "Subí", la respiración se me había vuelto entrecortada, pero podía disimularla con el pretexto de las escaleras.

Era un apartamento lleno de libros. Libros apilados contra las paredes, algunos en verdaderas bibliotecas de roble, incluso con vitrinas, o improvisadas con tablones de madera colocados sobre ticholos, pero el resto apoyados uno sobre otro en los rincones del piso o sobre cualquier mesa, amenazando con desmoronarse desde sus inestables torres. Los había de medicina, pero también de psicología, literatura e historia.

Me dijo que era el apartamento donde había nacido y que había heredado de sus padres hacía unos años. También la mayoría de los libros eran de su padre, excepto los de medicina y psicología, que eran los que él mismo compraba.

—Pero me gustan todos, aunque no los haya elegido. Crecí entre libros.

Por el estilo de los muebles, su señorío y su austeridad, me figuré que habrían sido de sus padres. También colgaban de las paredes reproducciones conocidísimas y, del techo, arañas de lágrimas de cristal.

—No cambié nada. Me gusta todo como está. Desde que mi padre me echó de casa, viví en cualquier pocilga: pensiones, apartamentos diminutos que ya venían con muebles de cuarta, o habitaciones que amigos gentilmente me cedieron, pero donde no podía imponer mi estilo. Siempre extrañé esta casa así como estaba. Y cuando murió mi padre, hace cinco años, me vine corriendo y no moví ni un cuadro. Es como recuperar los años que me robaron, ¿se entiende?

No le pregunté por qué el padre lo había echado de la casa. Me imaginé que era porque él se había animado a hacer lo que yo nunca hice.

—Ahora tengo treinta y ocho años. A los treinta y tres, cuando ya me había logrado hacer un lugarcito respetable como médico y estaba ahorrando para comprarme mi propio apartamento, alguien me llamó y ¡zas! supe que me había ligado éste. Mi padre ni se enteró de que me recibí de médico; hacía diez años que no nos veíamos.

Así que desde los veintitrés. Más o menos mi edad. Me pregunté –y un temblor enturbió las aguas de mi pecho– si yo seguiría el mismo camino. Si mi padre estaría a punto de echarme.

Pero Aníbal ya me hablaba desde la cocina, y la apertura de un frasco de metal que apenas vi de lejos había hecho que se inundara el aire de un aroma penetrante a café.

—Vení, vení, acercate. La cocina no está muy católica que digamos, pero no creo que te dé para asustarte. Estoy haciendo un café. ¿Querés, no?

Asentí con la cabeza y me acerqué despacio. Un gato enorme, que me recibió con un maullido poco amistoso, estaba enroscado sobre el microondas. Me sobresalté.

—No te asustes. Es Carlota, mi gata. No le gustan los extraños. Ya se va a acostumbrar a vos.

Y siguió hablando. Era el maravilloso bálsamo que Aníbal tenía para mi timidez. Yo no tenía que hacer nada. Puso en mis manos una bandeja y me indicó que la llevara al *living*. Me preguntó cuántas cucharaditas de azúcar y él mismo me las sirvió y revolvió. Me mostró decenas de fotos, ya no recuerdo de quiénes. Sólo me preguntaba, de vez en cuando, cosas que yo podía contestar con monosílabos. Y narraba y sonreía, y siempre tenía una actitud que a mí me salvaba de las incomodidades de mi apocamiento.

No tuve que hacer nada. Porque cuando tuve su nariz en mi oreja, aspirando mi colonia y diciéndome con su voz grave “Mmmm, qué olorcito”, yo no tuve siquiera que responder. Me quedé quieto, sintiendo a mi vez el olor a café y a tabaco que salía de sus labios entreabiertos y se me acercaban, centímetro a centímetro. Y cuando alcanzaron mi boca, y por primera vez en la vida sentí su lengua, ese molusco lento pero resuelto acariciándome los labios, los dientes y mi misma lengua, no tuve ni siquiera que sonrojarme: él tenía los ojos cerrados y parecía no notar nada que trascendiera aquel contacto.

Ya casi no recuerdo los acontecimientos que se fueron desencadenando uno a uno, como piezas de dominó cayendo, sin que yo pudiera hacer nada por detenerlos. No sé cuándo tocó mis genitales, cuándo le abrí yo mismo el frente de la camisa buscando, con la ansiedad de quien abre un regalo, ese pecho que se me tenía prometido. Tampoco sé cuándo terminó llevándome a su cama, cuándo me descubrí completamente desnudo, bañado en un sudor sublime que lubricaba cada parte de mi cuerpo. El deseo, como una neblina espesa velando mis sentidos, hacía que yo mismo me descubriera, con sorpresa, en actitudes que nunca había soñado. Afortunadamente, porque esa tarde hice cosas que, si hubiera podido planificar, nunca habrían sucedido.

Lo que sí recuerdo, por la familiaridad del contacto que traía a la memoria otro contacto no reciente, es el frío del ungüento resbaloso con el que untó la parte hasta ahora más secreta

de mi cuerpo, la zona que, a fuerza del deseo racional de atrofiarla, pocas veces yo me había tocado con semejante fruición. Preparaba mi piel para su entrada triunfal, para su saqueo sin resistencias. Y yo me entregaba a esta nueva unción otra vez esperanzado, otra vez suplicando en mi intimidad que se me diera la felicidad, que se me diera la conformidad que debía tener entre mi cuerpo y mi sentir, para poder seguir adelante con mi vida. Quería terminar con la pesadilla anterior. Rogué por las mismas cosas –aceptación, dignidad, autoestima–, aunque esta vez presentía que no tendría que seguir luchando, que sólo debía entregar las armas, claudicar ante el invasor. Como Napoleón, ya viejo y cansado de pelear. *Finally facing my Waterloo* –habían cantado Agnetha y Frida–, *how could I ever refuse, I feel like I win when I lose*[7]. Aníbal venció las murallas de mi fortaleza e invadió mis escondrijos con su ejército. No había nada más que hacer. Sólo gritar y llorar y cantar.

Al día siguiente fui a ver a Ángel. No le dije nada. Nada de nada. Porque no le conté lo que me había ocurrido el día anterior, ni tampoco llevaba una respuesta pensada respecto a nuestra posible actuación en común. Pero él pareció adivinar todo. No necesité decirle nada. Él ya había elegido una indumentaria para mí y la había desplegado sobre la cama. Había guardado todo el resto. Dijo que había elegido de acuerdo a su propio gusto y a mi tamaño, ya que con mi altura no todo servía. Entonces, ahí estaba el conjunto que la semana anterior habíamos elegido para él –vestido blanco largo, boa de piel marfil y tacones haciendo juego– y lo que supuestamente yo me pondría –minifalda y chaleco de gamuza *beige* con largos flecos cayendo como ramas de sauce a lo largo del imaginario cuerpo, y un par de botas altísimas, Dios sabría hasta dónde llegarían, a las rodillas, tal vez no tanto…

—Las botas eran de mi tía Olga cuando era disquera. Como ves, ¡tenía una pata la tía Olga! Creo que te pueden ir bien. ¡Ah! Y la chalina de red plateada. No pega mucho, pero ¡me gustó tanto tu cara de felicidad cuando te la pusiste el otro día! —agregó, con una guiñada cómplice.

Yo no pude evitar retrucarle.

—¡Qué cara de felicidad ni ocho cuartos! —pero volví a tomar la chalina y enroscármela alrededor del cuello, riendo.

Teníamos ocho días hasta el *show*. Los días más febriles de toda mi vida. Después del trabajo y la facultad, me iba a lo de Ángel a ensayar hasta más o menos las once de la noche, y cuando Ángel ya me echaba –él se levantaba a las seis– me llegaba hasta el apartamento de Aníbal, jadeante de caminata y ansiosa pasión. Él me esperaba en pijama de seda, y con sus manos y su ternura, lejos de secar mis sudores, los exacerbaba. Alguna noche me convenció de quedarme a dormir con él, cosa que acepté aliviado, ya que estaba llegando a casa alrededor de las cuatro de la mañana para levantarme a las ocho y había ido acumulando un sueño que me tenía cabeceando durante los viajes en ómnibus. Dormíamos abrazados, mi cabeza apoyada en el hueco que se formaba entre su rostro y su hombro, nido que él mismo armaba para mí donde, durante toda la noche e incluso en sueños, yo podía recibir en mi boca su aliento de semental desaforado y me sentía seguro, protegido. Al otro día me levantaba oliendo a él por todo el cuerpo: en el pelo, el torso impregnado de sudor seco, mis manos, y entrar en la ducha era como un crimen, como matar la vida que de mí se había apoderado.

El día de la actuación se acercaba. Estábamos en los últimos retoques. En el cuarto diminuto de Ángel corríamos la cama contra la pared, poníamos el grabador encima para que molestara menos, y entreverándonos, nuestras patas largas enredándose por los tobillos,

[7] Finalmente enfrentando mi Waterloo, […] cómo podría rehusarme, si siento que gano al perder.

practicábamos los pasos de la coreografía mil veces, la mitad de las cuales terminábamos carcajeándonos por el suelo. No queríamos molestar a Tormenta. Sería nuestra sorpresa. Ella estaba invitada a la discoteca y allí descubriría que yo también era parte del espectáculo. Pero entre tanto, era cosa nuestra.

La última noche, Ángel me dijo:

—Tenés que inventarte un seudónimo.

—¿Cómo que un seudónimo?

—Y claro, no te podés presentar con tu nombre de verdad, sobre todo vos, ¿te animarías? Además, no se usa. Yo, por ejemplo, soy Frida. Justo como el personaje que voy a hacer esta vez, la morocha de Abba. Lo elegí por ella y siempre que actúo, aunque sea Ángela Carrasco, me presento como Frida. ¿Y a vos? ¿Cómo te gustaría llamarte?

—…

—¿Por qué no Agnetha? ¡Así seremos inseparables para siempre!

Yo estuve pensando un rato. En realidad fueron unos segundos durante los cuales Ángel me miraba, expectante. Creo que en el fondo anhelaba que yo aceptara el alias para así cerrar su círculo perfecto, y que nos convirtiéramos en los segundos Abba de la historia. Pero yo le dije:

—No, nada que ver con Abba. Me voy a llamar Rut.

—¿Rut? ¡Qué nombre tan feo!

No llegué a explicárselo a Ángel. No me pareció que estuviera interesado en una explicación. Pero mientras me iba a casa sentado en el asiento “de los bobos”, al lado del guarda, sonreía satisfecho de haber tenido la mente clara para elegir tan certeramente el nombre que me representaría.

Durante mis febriles estudios del Antiguo Testamento había revisado el libro de Rut más de una vez. Había algo en la historia que me seducía. Su breve relato era un oasis en medio de la violencia y la desolación de la época de los jueces. Entre las guerras por territorios, muertes, destrucción de ciudades y venganzas, la narración íntima, casi doméstica de la vida de esta joven siempre me había intrigado. Proveniente de un pueblo politeísta, habiéndose casado y enviudado de un israelita eligió, antes que volver a sus dioses paganos, seguir a su suegra y adoptar por siempre al Dios de su marido, el Dios de Israel. Que Noemí, la suegra, le hubiera permitido seguirla, no era lo que me cautivaba. Ni me extrañaba que se hubiera ganado el respeto de la gente de Belén por su discreción y la obediencia que manifestaba hacia las leyes. Pero que Dios le hubiera permitido entrar en la genealogía de Jesús, dejando que se volviera a casar con un israelita y siendo por ese matrimonio bisabuela del rey David, eso sí que me embriagaba. La aparición de una extranjera politeísta en la sagrada ascendencia demostraba que Dios no era nacionalista ni racista, y seguramente estaría en contra de toda forma de discriminación y acogería en su regazo a todos aquellos que lo reconocieran, no concediendo migajas de compasión a insignificantes pecadores que no merecen la pena ni siquiera desterrar, sino dándoles lugares de privilegio si le demostraban lealtad. Yo quería, a pesar de haber definido mi identidad *gay*, que el Señor me considerara para las misiones más importantes en la Tierra, como había hecho con Rut, sin importarle su procedencia. Adoptar ese nombre era, entonces, una especie de plegaria.

* * * *

En la discoteca, Ángel me arrastró de la mano hasta detrás de bambalinas. Él ya era un

experto. Sabía caminar a prisa con su mochila al hombro sin pechar a nadie y entrar por la puertita a la zona vedada sin que persona alguna, contrario a lo que yo esperaba, se fijara en nosotros. Ya había suficiente cantidad de gente, de esos especímenes que no encajarían en la vida diurna, pero que en la nocturna tenían un encanto sensual tan atemorizante que atrapaban mi mirada, como el fondo de un abismo llama a quien le teme. Si hubieran sido pinturas, habría llevado más de una para la pared más grande de mi cuarto. Vestidos negros que caían en gasas como si recién salieran de un baño de inmersión, tatuajes intimidantes con todos los terrores del reino animal y las mitologías, maquillajes inauditos, como de personajes escapados de una película de vampiros. Esos eran los extravagantes. Por qué eran así, yo no lo sabía. Pero entre ellos, mis ojos confundidos se chocaban con otros seres que parecían recortes de fotografías tomadas de la vida cotidiana en el ómnibus, en el *hall* de facultad: muchachitas de pelo corto y vaqueros, chicos de largos cabellos desprolijos y camisetas con la cara impresa de Kurt Cobain. En ese momento recordé que yo era uno de ellos y que en unos minutos me convertiría en uno de los singulares, y tampoco podía encontrar las razones. Tal vez a mí me encubriría el rol asignado por el escenario, rol que, una vez abajo, jamás asumiría. Pero el instante de la actuación, eso valdría la pena.

Un rato antes, el presentador que era llamativamente amanerado, había aparecido en la salita detrás del escenario y nos había admirado los trajes y las pelucas. Ángel y yo habíamos estado arreglándonos uno al otro durante casi media hora: el maquillaje, la caída de la ropa a lo largo del cuerpo. Nos merecíamos un piropo. El presentador admiró, por sobre todas las cosas, mi peluca platinada y lacia que me llegaba hasta la mitad de la espalda.

—¿Así que Abba? —preguntó—. Entonces vos debés ser Frida… —señaló a Ángel— …¿te presento así? —Ángel asintió—. Y vos sos… ¿cómo era el nombre raro de la rubia…? ¿Ana? ¿An…?

—Agnetha —ayudó Ángel.

—Sí, pero no, a mí presentame como Rut.

—¿Rut? *Okay*, Rut.

Minutos más tarde comenzó el momento que nunca había soñado experimentar. Estábamos todavía ocultos y la voz impostada del presentador nos anunciaba al público. Se hizo algún silencio, pero no todo el que me habría hecho sentir incómodo.

“Con ustedes, interpretando uno de los favoritos de Abba…”.

Se aplacaron la música de fondo y los centenares de voces, que poco a poco se fueron apagando como luces al amanecer. El silencio ya llegaba a sentirse en el aire, como un peligro inminente. Pero no llegó a concretarse, porque de improviso:

“… ¡llegan Friiiidaaa y Ruuuut!”.

Los ensordecedores acordes del comienzo de *Waterloo* se dejaron oír, ahogando el murmullo que recordaba que había un público ahí afuera.

Entonces salimos Ángel y yo transformados, de la mano como dos grandes amigas, a entregarnos a esos focos que afortunadamente no nos permitían ver nada. *Waterloo* era todo lo que se oía, y uno al otro era todo lo que veíamos, chequeando la coreografía del compañero para sincronizar tal como lo habíamos ensayado. El *tum-tum-tum* de la música era todo lo que se sentía dentro del pecho, con una fuerza como jamás había escuchado, impensable en los ensayos con el grabadorcito de Ángel y el impedimento que imponía la lechuza que teníamos de vecina de pieza. Había imaginado que sería hermoso, pero nunca había esperado tanto. Las luces haciendo resaltar nuestro maquillaje y el color de nuestros trajes; los detalles de la boa blanca de Ángel, la chalina plateada que a veces veía volar con mis movimientos frente a mis

ojos; el sonido de los tacos sobre las tablas se hacía más contundente, a medida que tomábamos confianza, y los movimientos que habíamos ensayado, allí arriba, rodeados del halo del espectáculo, parecían sensuales, encantadores, casi diría profesionales. Y esa sensación de sentirme en el cuerpo de una mujer… Recordé a Tormenta diciendo que la esencia había encontrado su forma, a Karin y su fascinación al pasar inadvertida entre los bancarios, a Fernanda probándose sostenes en la tienda de lencería. A Ángel mismo, acariciando el borde de su manga de conejo. Ahora yo tenía una peluca rubia que se mecía en mi espalda y unas botas dignas de una *vedette* de revista. ¡Ay!, sí que se sentía bien.

At Waterloo Napoleon did surrender
I have met my destiny in quite a similar way
The history book on the shelf
Is always repeating itself...
Waterloo - I was defeated, you won the war
Waterloo - Promise to love you forever more
Waterloo - Couldn't escape if I wanted to
Waterloo - Knowing my fate is to be with you
Waterloo - Finally facing my Waterloo. [8]

Epílogo

Desde mi Waterloo han pasado varios meses, pero sorprendentemente no llegan a sumar un año. Los meses más largos de mi vida. En ellos conocí el amor y también el desencanto. Aníbal me regaló los placeres más exquisitos del cuerpo y del alma, que yo jamás hubiera soñado probar. Pero todo se terminó. No importan las circunstancias. Supongo que no tienen nada de especial, que son los incidentes que llevan a la ruina a un determinado porcentaje de las parejas que fracasan. Quiero decir que no me considero un caso especial, sino más bien uno dentro de lo corriente. No se sufre menos, no obstante. En los asuntos del corazón, mi escasa experiencia me dice que la desgracia de muchos no es consuelo de tontos. A menos que yo no sea tonto. Me agrada esa interpretación. Lo cierto es que adelgacé cinco kilos y sólo salía de casa para ir a trabajar y estudiar. El pobre Ángel tuvo que escucharme hablar sólo de ese tema cada vez que se animaba a llamarme, lo cual ocurrió realmente muchas veces, por eso lo considero un gran amigo. Yo quería buscar una explicación a la frustración, un designio divino, una razón humana. El mundo se me había oscurecido, y los sonidos, los olores y los colores de la Creación parecían haber sido hechos con un poco menos de talento. Pero un día, después de tres o cuatro semanas, me desperté en la mañana y vi que las paredes de la habitación habían recuperado el brillo rosado que les daba el amanecer y sentí que la pesadilla había terminado. Mágicamente, me había recuperado. Tampoco me creo original en esto. Un desengaño, una depresión, un amigo y una mañana de sol. ¿Quién no ha pasado por eso?

Sigo viendo a las chicas de ATRU. No podría no verlas, ya que trabajo en su sede. Aurora insistió tanto en fundaciones, dentro y fuera del país, que su proyecto tuvo éxito. Ahora sigo

---

[8] En Waterloo Napoleón se rindió / yo encontré mi destino de manera similar / el libro de historia en el estante / siempre se está repitiendo…
Waterloo - yo fui derrotado, tú ganaste la guerra / Waterloo - prometo amarte para siempre / Waterloo - no podría escapar si quisiera / Waterloo - sabiendo que mi destino es estar contigo / Waterloo - finalmente enfrento mi Waterloo.

siendo su traductor, pero me pagan bien y además –y aquí viene su innovadora idea– soy el profesor de inglés de todas las socias. Es parte de la capacitación que se les está dando. También reciben cursos de dactilografía, computación, costura y repostería, en vistas a una reinserción en el mercado laboral como alternativa a la prostitución, o cuando por la edad esa opción se les haga ineludible. En ese gran proyecto de reubicación de estas personas postergadas, arrinconadas, yo me encargo de una pequeñísima parte, pero que es lo mejor que sé hacer. Jamás me he sentido más útil en la vida.

A Leonor siempre la tendré en el rincón más cálido de mi corazón. En estos meses ella me ha visto transformarme. Primero me hice los claritos, lo cual ella festejó como una hermana mayor. Dijo que me hacía verme más "moderno", que a los alumnos les gustaría tener un profesor más "cheto". No sé cuáles serán los cánones de moda a los que ella se atiene, pero le agradecí el entusiasmo, sobre todo porque para mí era un gran paso, un paso que no tenía que ver con la moda, sino con una nueva configuración de mi personalidad, y era bueno tener a alguien a quien no le pareciera insólito, excepcional, sino más bien novedoso, como una travesura infantil sin trascendencia.

El siguiente paso fue dejarme crecer el pelo, que ahora me llega un poco más allá de los hombros. Aquí, ella no me dijo nada. No creo que por censura, sino porque fue un cambio gradual, aunque no dudo que estuviera esperando que de un día para el otro yo pasara por la tijera; espera que no llegaba a su fin… Igual, desde su dulzura, jamás hizo observación alguna.

En febrero me llamó Aurora para que le tradujera una carta que venía llena de cifras desde Estados Unidos, que resultó ser la aprobación de su proyecto de capacitación de travestis, a largo plazo. La organización madre les concedía decenas de miles de dólares anuales para la compra de insumos y la contratación de docentes. Y allí fue cuando mi vida cambió: ATRU me tomó como su profesor de inglés con tarifas internacionales.

Entonces llamé a Leonor y le expliqué que había conseguido un trabajo *full time* y que no podría seguir dando clases en la academia. Cuando le dije cuánto me pagarían, oí sus gritos de júbilo a través del tubo. "¡Pero qué guacho!", exclamó, más como colega que como directora, "¿y no hay lugar para mí?".

Creo que la alivió el hecho de saber que no iba a tener eventualmente que despedirme. El año 2002 apunta a que no será muy bueno para los uruguayos. A partir de la crisis que comenzó en Brasil y siguió con Argentina, las cosas se han puesto difíciles y ya he visto a Leonor perder alumnos como las hojas de un árbol en otoño. Entonces me dijo que ella misma se encargaría de todos mis alumnos, ahora que el número había menguado mucho. La alivió monetariamente, es cierto, pero a veces pienso que también puede haber sido un alivio moral. No sé. Leonor es un ser demasiado puro. Quizás ni siquiera se dio cuenta de mis cambios esenciales y yo estoy poniendo en ella mis propios fantasmas. Pero mejor no averiguarlo.

Mis padres son otra historia. Fue cuando volví a casa con los claritos recién hechos que mi padre armó un escándalo tal –mesas y sillas por el suelo mediante–, que tuve que irme a pasar la noche en la habitación de Ángel. No volví más. Tormenta me acondicionó una pieza que yo le pagaba con un curso de inglés, más intensivo que el que habíamos tenido hasta entonces, y allí permanecí viviendo, como en una nueva familia, durante un par de meses. En febrero, cuando tuve la noticia del proyecto de ATRU, ya había roto con Aníbal pero comenzaba a sentirme mejor. Entonces hablé con Ángel y, sacando cuentas, decidimos alquilarnos un monoambiente en pleno Centro. Ahí vivimos ahora. Comenzamos con dos colchones pelados en el piso, pero de a poco, trajinando los remates, nos estamos haciendo de algunos muebles. Recién comenzamos, y para empezar está bien. Además, los colchones se pueden parar contra

la pared –no así una cama– y ensayamos nuestras coreografías a lo grande. Es nuestro *hobby*. Otra ventaja del monoambiente frente a las piezas en lo de Tormenta son las visitas. No podíamos llevar gente a la pensión, pero aquí no han faltado las veces en las que uno de nosotros tuvo que quedarse sentado en el *hall* del edificio porque el otro estaba arriba acompañado.

Veo a mi madre frecuentemente. Viene a visitarnos por lo menos una vez por semana y nos ordena el apartamento, mientras nos lanza una ristra de consejos mezclada de rezongos cariñosos.

A mi padre no lo he vuelto a ver desde Navidad. Mamá organizó la Noche Buena en casa, con mi hermana y su marido y nuestros tres tíos y cinco primos, y entre el gentío y la algarabía sólo tuve la oportunidad de saludar a mi padre con un beso y un "feliz Navidad" neutro, como si en lugar de haber sido pronunciado, hubiera venido impreso en una tarjeta de ocasión. Fue la última vez que volví a cruzar una palabra con él. Será hasta su cumpleaños, que es en un par de meses, pero todavía tengo tiempo para decidirlo.

Parece ser que mis plegarias dieron fruto. O tal vez no fueron mis oraciones, sino el sencillo cumplimiento del plan que el Señor tuvo para mí desde siempre, aunque yo no lo supiera. Tal vez Él me quería así, aquí, como hoy soy, para cumplir una misión que no podría haber consumado si me hubiese casado con la doncella del cuento de hadas que imaginé. En este lugar donde hoy me encuentro, llegan a mí seres a los que un tradicional padre de familia, supongo, no accede. Bailando en una discoteca o en reuniones con amigos, me he topado con personas deprimidas, con problemas emocionales por estar pasando por conflictos como el que yo atravesé, y mi testimonio y vivo ejemplo se convierte en la luz que habían estado buscando. Nunca antes de conocerme, dicen, han podido hablar de sus contiendas interiores, de sus pesadumbres, de sus desconsuelos. No es que yo tenga un don especial, quizá es sólo que intuyen que compartimos una misma historia. Soy Rut, la extranjera, que a tierra de extranjeros es capaz de llevar el mensaje del Único Dios.

No sé bien cuál es mi misión de cada día, pero todos los días puede presentárseme, por eso invariablemente la espero y la encuentro en los ojos tristes de un amigo, en una mujer desquiciada en la calle, en un hombre honorable que en el fondo, para este mundo hipócrita, no sería nada respetable, y por eso no se respeta a sí mismo… El aceite de la unción, que si bien en un momento yo había visto como inútil, me ha servido para mantener encendida mi lámpara, que iluminará a quien sea que lo necesite, y para esperar, humildemente y desde el lugar que se me ha encomendado, al Salvador.